



El hielo bajo
tus pies

Hermanos McGregor I



Josephine Lys



El hielo bajo
tus pies

Hermanos McGregor I



Josephine Lys

©2019, El hielo bajo mis pies © 2019 Josephine Lys

Corrección: Violeta Triviño

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Para mis lectoras. Sin vosotras nada de esto sería posible.

Gracias por hacer realidad los sueños.

Y a Lorraine Coco por decir las palabras exactas, por escuchar cuando nadie más lo hacía, por su ayuda incondicional, por ser mi amiga.

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPITULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPITULO XXII](#)

[CAPITULO XXIII](#)

[CAPITULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

[CAPITULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPITULO XXX](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE JOSEPHINE LYS](#)

[PRÓXIMA PUBLICACIÓN](#)

[HERMANOS McGREGOR II](#)

CAPÍTULO I

Highlands, Escocia, 1180

Le llamaban de muchas formas: diablo, ángel de la muerte, ira vengadora, furia de las Highlands, el demonio de Escocia. Todos adjetivos locuaces y nada halagüeños para los oídos de una joven novia. Meg McGregor se repetía eso una y otra vez para justificar su temerario plan. Un plan que la había llevado hasta las puertas de aquel castillo, de aquella monstruosa fortaleza gris, reducto del clan McAlister.

El odio entre el clan McAlister y el clan McGregor se remontaba a varios siglos atrás cuando un McGregor fue acusado de asesinar a su esposa McAlister. Desde entonces, las continuas guerras entre los dos clanes habían sido épicas. Los hombres contaban las historias repletas de sangrientas batallas y de atroces ofensas siempre que se reunían, y las nuevas generaciones crecían escuchando esos relatos que con el paso del tiempo, cada vez más engalanados por sus interlocutores, se habían convertido en auténticas leyendas.

El rey Guillermo de Escocia más que harto del encarnizado odio entre los dos clanes, decretó que el jefe del clan McAlister, Evan McAlister, «el demonio», contrajera matrimonio con una de las hijas de Dune McGregor, jefe

del clan McGregor antes de que acabase el año, y así forjar un lazo de unión entre ambos y acabar de una vez por todas con aquella enemistad que había sangrado a ambos clanes a lo largo de los años. Faltaban solo cinco meses para la fecha límite impuesta por el rey.

Meg volvió a pensar en la angustia y la rabia que sintió cuando su padre, Dune McGregor les dio la noticia. Conocía demasiado bien a su padre como para saber que aquello lo había destrozado por dentro. El jefe del clan McGregor, el jefe de un clan fuerte y orgulloso, era un hombre a temer por sus enemigos. Un jefe justo y con un genio vivo, pero también un padre maravilloso. Saber que tenía que entregar a una de sus dos hijas a su enemigo era algo difícil de aceptar, aun sabiendo que aquella orden era irrevocable.

Por eso Meg había ideado un plan. Si tenía que casarse con el diablo en persona, quería saber a qué se enfrentaba, porque aunque ella era la hija menor de Dune McGregor, no iba a dejar que le destrozaran la vida a su hermana mayor casándola con tal engendro. Aili era demasiado dulce y buena, y si lo que contaban de Evan McAlister era cierto, quebraría el espíritu y destrozaría el tierno corazón de su hermana en menos de una semana. Y no estaba dispuesta a que eso sucediera. Aili siempre se había sacrificado por los demás. Cuando murió su madre, asumió a una edad muy temprana el rol de madre para Meg y de señora de la casa para el resto de la familia y del clan. Había cuidado de su padre y de su hermano mayor, Logan, y se había echado

sobre sus hombros una carga muy pesada para una niña de tan solo doce años.

Meg sonrió al recordar a su hermana. Aili tenía el pelo negro como lo noche, que caía sobre sus hombros como un manto de seda. Sus ojos eran del color del mar embravecido y su tez como la porcelana. Era hermosa tanto por fuera como por dentro y querida y respetada por todo el clan. Y lo más importante, estaba enamorada del joven McPhee, y Meg no iba a consentir que la felicidad de su hermana, a la que quería con toda su alma, le fuese arrebatada por el orgullo de dos hombres.

A pesar de que Meg solo tenía dos años menos que Aili, siempre había sido la oveja negra de la familia. Testaruda, vital y rebelde por naturaleza, había heredado el genio de su padre, algo que la había hecho meterse en más líos de los que se esperaba de una dama. Su pelo alborotado por unos rizos ingobernables del color del bronce que le caían hasta la cintura, la volvían loca y por eso siempre los llevaba recogidos. Si no se los había cortado era por la insistencia de Aili, que decía que eran muy hermosos. Meg sabía que era amor de hermana, porque a ella le parecían de lo más normal. Sus ojos, castaños claros, parecían dorados a la luz del sol y brillaban siempre que su sonrisa se instalaba en sus labios, normalmente por la ocurrencia de alguna idea que hacía temblar hasta al mismísimo Dune McGregor.

Unas pecas, dispuestas al azar, surcaban la parte superior de sus mejillas, cosa que no le importaba demasiado, ya que no era nada coqueta,

salvo cuando su hermano lo utilizaba para meterse con ella. Aún hoy en día, siempre que discutían o quería sacarla de quicio la llamaba «pequeña mocosa pecosa». Aili siempre le decía que no era consciente de su propia belleza y Meg le ponía una mueca para luego abrazarla por intentar que ella no se sintiese como el patito feo de la familia.

—¿Estas segura de lo que vas a hacer, chiquilla? —preguntó Adam McDuff.

Meg miró al hombre que la había acompañado hasta allí. Era primo de su madre, que también había sido una McDuff, y aunque los años lo habían tratado con cierta cortesía, podía verse en las cicatrices de su cara y de sus manos que era un hombre a tener en cuenta. La esposa de su tío había sido una McAlister y la hermana de esta llevaba muchos años siendo la cocinera del jefe del clan McAlister.

Cuando Meg le pidió permiso a su padre para pasar unos días con su buena amiga Evelyn McDuff, Dune McGregor aceptó pensando que le vendría bien a Meg pasar una temporada lejos del clan, y más después de la orden del rey. Habían sido unos días difíciles para todos.

Lo que no sabía era que, en realidad, esa visita era la excusa perfecta para que Meg pudiera llevar a cabo su descabellado plan.

Adam McDuff miró nuevamente a Meg. Todavía no llegaba a comprender cómo se las había ingeniado para meterle en aquel lio. Se había

negado en redondo a ayudarla hasta que, después de dos días persiguiéndole sin darle tregua alguna, terminó por aceptar. Era eso o la asesinaba, y no creía que el jefe McGregor permitiera tal ofensa; al fin y al cabo era su hija.

—Estoy segura, Adam —dijo Meg con más resolución que la sentía en realidad.

McDuff sonrió a desgana. Había que reconocer que aquella chiquilla tenía valor.

—Repasémoslo una vez más —le dijo MacDuff, haciendo un gesto con su mano cuando vio que Meg iba a discutir.

—Está bien —dijo Meg haciendo una mueca— aunque no le veo la necesidad, la verdad. Creo que soy capaz de recordar lo que me has dicho, no soy tonta, McDuff.

Adam alzó una ceja y Meg sonrió.

—Soy tu sobrina, hija de tu hermano Brian y de su mujer, Edna McAlister —comenzó a recitar la chica—. Tu hermano era la oveja negra de la familia porque se separó del clan y se fue a vivir a las Lowlands, cosa que nunca le perdonaste y razón por la que nunca hablas de él. Hace una par de meses me presenté en tu casa pidiéndote ayuda. Mis padres fallecieron y no tengo a dónde ir. Así que le pediste ayuda a la hermana de tu mujer para que me buscara una ocupación en el castillo, ya que, al fin y al cabo, la mitad de mi sangre es McAlister. ¿Es correcto? —preguntó Meg mirándole a los ojos

cansada de repetir una y otra vez la misma historia.

McDuff afirmó con la cabeza mientras la miraba fijamente.

—Un fallo y no me gustaría estar en tu pellejo, muchacha. McAlister es un hombre con el que no se debe jugar —dijo McDuff ya más serio—. Tu padre me matará si se entera alguna vez de esto y McAlister me cortará los hue... —Adam carraspeó y dejó la palabra a medias al darse cuenta de lo que iba a decir delante de la muchacha que lo miraba fijamente con una chispa divertida en los ojos— para luego matarme igualmente —concluyó McDuff con cara de derrota.

—Todo va a salir bien. En menos de un mes estaré de vuelta y mi padre no se enterará de nada.

—Por tu bien y el mío espero que tengas razón —dijo McDuff— porque te estás metiendo en la boca del lobo, y McAlister es un lobo muy peligroso.

CAPÍTULO II

Meg miró la olla que tenía ante sí como si fuera un monstruo de dos cabezas. Había ayudado a la curandera del clan en muchas ocasiones, ya que le gustaba y se le daba bien, pero la cocina era un terreno inexplorado.

—Muchacha, mueve la comida si no quieres que esta noche no tengan nada que echarse a la boca el jefe McAlister y el resto de los hombres. Llevan dos días fuera y volverán hambrientos.

Meg miró a la mujer que la había llamado la atención. Hacía solo media hora que la conocía pero ya sabía que sería un hueso duro de roer. Después de que entraran a aquella especie de fortaleza-castillo —el más feo que jamás sus ojos habían visto, el derruirlo sería un favor que hicieran a la humanidad—, McDuff le presentó a Helen McAlister, la hermana de su difunta mujer. Helen la repasó de arriba abajo, y después de abajo arriba para luego quedarse un buen rato mirándola a la cara. Meg intentó estar tranquila a pesar del examen al que estaba siendo sometida, aunque la cara de asco de la señora, seguida por el sonido de su lengua en señal de disgusto, hizo que Meg se pusiera en tensión. El inicio era prometedor, si lo que quería era pasar una temporada en el infierno McAlister.

McDuff habló con la hermana de su mujer, quedando más que patente

que la relación entre ambos no era la más cordial, sin embargo Helen consintió en hacerle este favor, con el que, según sus propias palabras, quedaban en paz. Después de eso, McDuff se fue sin mirar atrás y Meg se quedó a solas con Helen, que la conminó a que la siguiera a la cocina.

—Empezarás por ayudarme en la cocina, muchacha, y después ya veremos qué más obligaciones tendrás. Lord McAlister ha dado el visto bueno así que haz bien tu trabajo y todo irá bien. Te quedarás en el castillo, ya que yo vivo aquí desde que me quedé viuda hace años. Te he asignado una pequeña habitación en la otra ala, junto a la mía.

Meg había asentido a todo y se había dejado llevar. Sin embargo, su entusiasmo por verse introducida ya en el clan sin sospechas, se redujo a cenizas cuando Helen la puso frente al hogar, donde se estaba haciendo un estofado de carne y al lado, algo de color verde pegajoso que a Meg se le antojó como un moco gigante.

—Muchacha, mueve ese guiso, y échale la jarra que tienes encima de la repisa al estofado.

Meg no quería ser quisquillosa, pero en la repisa había dos jarras. Miró de nuevo a Helen para preguntarle cuál de ellas, cuando la mujer la miró con incisiva intensidad para después soltar con un gruñido.

—¿Sufres algún tipo de retraso, muchacha? Porque McDuff no me dijo nada de eso. ¡Vamos! —casi gritó al final, volviéndose para seguir con su

quehacer, que por lo que pudo observar era la elaboración de un pastel de manzana.

A Meg había dos cosas que la sacaban de sus casillas. Una era que insultaran su inteligencia y otra que la llamaran «muchacha». Se calló, porque no era prudente decir nada en sus circunstancias, pero tuvo que morderse la lengua. Ya que parecía que Helen no iba a sacarla de sus dudas, cogió los dos recipientes y los olió, esperanzada en el que el olor de su contenido pudiese orientarla. Ambos olían a hierbas y condimentos. No iba a perder más tiempo en decidir, así que vació en la olla el de la jarra que le pareció que olía un poco mejor y lo removió para que se mezclara con el guiso, dejando la otra encima de la mesa que había a su izquierda.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que diera un pequeño saltito. Debía controlarse. Estaba nerviosa y si iba a estar allí unos días y enfrentarse al jefe del clan McAlister debía empezar a templar sus nervios. Un hombre de edad avanzada se la quedó mirando con curiosidad antes de dirigirse a Helen, que le miraba con los brazos en jarras.

—Menos mal que llegas. El brebaje que te he preparado no va a durar todo el día. Debes tomarte solo un trago. Lo he hecho más fuerte de lo normal para que haga más efecto —espetó Helen frunciendo el entrecejo al terminar.

—Pues ya estoy aquí. No me mires así mujer, el viejo Donald me ha entretenido con sus historias. Ya sabes cómo es.

Helen movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Está bien, pero tómatelo ya, Gawen. Lo he dejado encima de algún sitio... —dijo Helen, arrugando el entrecejo e intentando hacer memoria.

—Ah, ahí está —dijo señalando la jarra que Meg había dejado encima de la mesa. —No recuerdo haberla dejado ahí —continuó con la cara contrariada— pero qué más da. Lo importante ahora es que te lo tomes. Con tus síntomas no es bueno que estés tantos días sin abonar la tierra.

Meg intentó no pensar en las últimas palabras de Helen, porque si había entendido bien, aquella mujer le había hecho un brebaje de hierbas al tal Gawen a fin de terminar con un problema intestinal. Maldijo para sus adentros. Si se había equivocado de jarra....

—¿Y esta muchacha quién es? —preguntó Gawen después de tomar un pequeño sorbo del bebedizo.

Aquella pregunta sacó a Meg de sus pensamientos.

—Se llama Meg McDuff —dijo Helen asintiendo con la cabeza en su dirección— aunque su madre era una McAlister. No sé si te acordarás de ella. Era la hija del viejo William.

Gawen pareció pensativo durante unos segundos mientras se tocaba el pelo con la mano.

—¿William Seis Dedos, el que corría desnudo cuando se despertaba por la noche y parecía que seguía dormido, o William el que tenía una oveja

dentro de su cabaña y la vestía como a su esposa muerta? —preguntó de repente con interés.

A Meg se le cayó de la mano la cuchara de madera cuando escuchó la pregunta. Estaban de broma, ¿no? Esperó un par de segundos a que le dijeran que era una broma de mal gusto, pero sus caras, serias e inexpresivas, indicaban que aquello tenía toda la pinta de ir en serio. Así que o tenía un antepasado al que le gustaba enseñar el trasero a todo el pueblo o uno que estaba loco de atar. Esperó un poco más, conteniendo la respiración. Esperaba que Helen le hiciera el favor de contestar por ella, pero aquella mujer, que no había hecho otra cosa que lanzar lindezas por su boca desde que ella había llegado, ahora parecía haberse quedado muda.

—Ehh, lamentablemente yo no llegué a conocer a mis abuelos y mi madre no hablaba de ello, creo que le daba mucha pena recordarlos —dijo Meg con cara de pesar.

Meg sintió resbalar unas pequeñas gotas de sudor por su espalda, debajo de aquel vestido de lana que en el aquel momento la estaba matando del calor. El silencio se le hizo eterno a pesar que creía haber reaccionado bien a su pregunta. Lo que había contestado era coherente y no la comprometía en nada.

Helen la siguió mirando unos segundos más antes de hablar.

—La verdad es que tu madre era muy reservada, apenas hablaba cuando era una muchacha y no me extraña que no quisiera hablar de su clan y de su

familia. Debió ser muy duro para ella seguir a un marido que la llevó hasta las Lowlands —dijo Helen poniendo cara asco al pronunciar el nombre de aquella región. Meg pensó que solo le había faltado escupir en señal de repulsa.

—Efectivamente —respondió poniendo la misma cara que Helen.

Lo que parecía un leve atisbo de sonrisa se adueñó de los labios de la mujer. Meg pensó que después de todo quizás sobreviviera a su primer día con el enemigo.

CAPÍTULO III

Evan McAlister intentaba en vano centrarse en sus pensamientos. Desde que habían salido de los dominios del clan McLane, tanto su hermano Andrew como su primo Calum no dejaron de parlotear, como si de dos críos se trataran.

—O dejáis de hablar o juro que os arranco la cabeza a los dos —dijo Evan con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas.

Andrew miró a su hermano, reprimiendo a duras penas una sonrisa.

—Estás de muy mal humor desde que le dijiste al viejo Balthair McLane que el compromiso que daba ya por hecho entre su hija y tú ha pasado a ser historia.

Evan miró a Andrew. Su hermano lo conocía demasiado bien como para saber cuándo debía morderse la lengua. A pesar de ello, tenía toda la razón. Estaba de un humor de perros. El viejo McLane había montado en cólera cuando le dijo que el matrimonio con su hija ya no era factible debido a la orden real. Ante eso no podía hacer nada y McLane lo sabía, como sabía también que a pesar de que no se formalizase la alianza entre los dos clanes, no le convenía dejar de tenerlo como aliado. Por eso, a pesar de su furia inicial, no habían quedado en malos términos.

—Creí que al jefe McLane le iba a dar un ataque —aseveró Calum—.

¿Visteis lo rojo que se puso? Pensé por un momento que iba a reventar, aunque después de ver tu cara, Evan, rebajó bastante su indignación. Le faltó pedirte perdón —siguió Calum ajeno a las miradas de Andrew, que le decían claramente que lo dejara ya.

Evan dirigió una mirada fulminante a Calum, que por fin pareció coger la indirecta, callándose al instante.

Tres años más joven que él, Andrew era de los tres hermanos el que tenía el carácter más extrovertido. Siempre estaba de buen humor, siempre positivo, con una eterna sonrisa en los labios. Parecía que nada podía ensombrecer esas facciones tan parecidas a las suyas y a la vez tan distintas. Mientras que Evan tenía el pelo castaño y ojos verdes, Andrew era pelirrojo y sus ojos eran de una tonalidad verde más oscura, con pequeñas motas marrones, lo que le aportaba una profundidad y un punto canalla que no pasaba desapercibido entre las féminas. Su hermano, junto a Malcom y Colin, eran sus hombres de confianza. En cambio, Calum guardaba en su interior demasiado rencor y furia por la muerte de su padre como para poder confiar ciegamente en su criterio. Evan confiaba en que con el tiempo, con la madurez que los años, Calum aprendiera a controlarse.

Malcom se había quedado al frente del clan en su ausencia mientras que Colin iba a su lado en ese momento con una media sonrisa socarrona en los labios.

—¿Y tú por qué sonríes? —le preguntó a su mano derecha y amigo de toda la vida con voz cortante.

Colin no se hizo de rogar.

—Porque te conozco y se lo que estás pensando —dijo este, elevando una de sus cejas—. Piensas que lo de casarte con una de las chicas McGregor te traerá un montón de problemas y quebraderos de cabeza. Y no te equivocas. Hay mucha gente en contra de ese matrimonio, empezando por miembros de tu propio clan.

Evan siguió mirando al frente cuando contestó.

—Es una orden real y mi clan la acatará —dijo con esa seguridad que emanaba de él de forma innata—. Este matrimonio, a pesar de lo que crea el rey, solo traerá más resentimiento entre ambos clanes, pero confío en mi gente y saben que no hay otra opción.

Colin afirmó con la cabeza en señal de acuerdo antes de continuar.

—Eso no te lo discuto. Nuestro clan te seguiría al mismísimo infierno si hiciera falta, pero no son ellos los que me preocupan. Son los otros clanes que se están relamiendo en este preciso instante, sabiendo que esta unión abrirá una fisura con nuestros aliados naturales cuya enemistad con el clan McGregor seguirá a pesar de tu matrimonio, y eso..., nos coloca en una posición incómoda.

Evan ya sabía eso, pero también tenía la certeza de que muchos de esos

clanes preferían seguir manteniéndolos como aliados que indisponerse con ellos.

—Con un poco de suerte —continuó Colin algo pensativo— son los McGregor los que se rebelan contra esta orden y nos ahorran el tener que matarlos a todos en la boda.

—No creo que eso le hiciese mucha gracia a la joven novia —dijo Andrew guiñándole un ojo a Colin.

Evan le miró con cara de pocos amigos, pero Colin sonrió divertido.

—Y no te quiero contar tu noche de bodas —siguió Colin—. Yo de ti me cuidaría las espaldas con una McGregor. Dicen que son grandes y robustas, que su lengua es viperina y que no dejan indiferente al que las conoce. Algunos dicen que hasta tienen vello en la cara, como un hombre.

Esto último lo dijo en un tono de voz apenas audible, mirándolo con pesar.

Evan maldijo en su interior. Todavía faltaban cinco meses para esa maldita boda y ya tenía que estar aguantando ese tipo de sandeces. Los McGregor podrían ser unos malnacidos pero no se rebelarían contra un dictado real, sin embargo, de lo que no estaba tan seguro era de que Dune McGregor se quedara de brazos cruzados viendo el tiempo pasar. Y sabía que lo que tuviese en mente no sería beneficioso para su clan.

Evan miró al horizonte. A lo lejos ya podía verse de forma algo borrosa

el hogar de los McAlister, su hogar. Situado en la península de Kintyre, aquellas tierras eran hermosas. El brezo, fuerte y resistente, podía verse en todo su esplendor. Aquel arbusto era el reducto de una de las flores más habituales pero también más hermosas de Escocia. Revestían las montañas con sus colores, púrpura y amarillo, haciendo de aquellos parajes una delicia para la vista.

Ese pensamiento le llevó a un recuerdo de su niñez.

Visualizó como si fuese ayer mismo a su hermano Kerr, junto a él, corriendo por aquellas montañas con espadas de madera, imaginando que eran grandes guerreros, luchando y riendo sin parar, hasta que Kerr, que era el más patoso de los dos, normalmente caía montaña abajo rodando para acabar magullado y muerto de risa a los pies de la loma. Recordó una de aquellas veces, él no tendría más de cinco o seis años, en el que vio caer a su hermano. Ese recuerdo hizo que sintiese un nudo en la boca del estómago, igual que aquel día.

Recordó cómo corrió como el viento, con la respiración agitada y las piernas al límite por el esfuerzo para llegar a su lado. Le llamó gritando su nombre y el condenado no respondió. Cuando llegó junto a él, con el miedo asfixiante de pensar que le podía haber pasado algo, encontró a su hermano con una pequeña brecha en la cabeza y riendo a más no poder. En ese momento le hubiese estrangulado por no contestar y casi matarlo de la preocupación, y

sin embargo, terminó en el suelo junto a él riendo.

Ese hermano ahora yacía bajo esas mismas montañas, enterrado junto a su esposa, víctimas de unas fiebres que se llevaron a ambos con pocas horas de diferencia.

De eso hacía solo dos años, pero a él le parecía una eternidad.

Su muerte, tan repentina e injusta, fue un duro golpe para Andrew y para él. Kerr solo tenía veintitrés años, los mismos que tenía Andrew en la actualidad. Era un hombre joven y fuerte con una vitalidad envidiable. Cuando pensaba en lo que hizo esa enfermedad con él en pocos días, una rabia ciega e intensa le carcomía por dentro.

—Tengo ganas de llegar y probar el guiso de Helen. Esa mujer guisa como los propios ángeles.

Las palabras pronunciadas por Calum sacaron a Evan de sus recuerdos.

El rugido de sus tripas delató a Evan y dieron la razón a Calum. Hacía más de diez horas que no probaban bocado y estaba hambriento. Sí, se dijo por primera vez con una tenue sonrisa en los labios. Sus hombres y él darían esa noche buena cuenta de la comida de Helen.

CAPÍTULO IV

Meg estaba ayudando a Helen a adecentar las mesas del salón para la cena. Lo habían dejado todo bastante limpio y habían colocado flores en ciertos lugares para impregnar el ambiente de un olor agradable.

El salón era bastante grande y varias mesas de madera con largos bancos estaban repartidas por él. Los anchos muros de piedra estaban iluminados con antorchas y la pared contigua a la salida estaba decorada con un tapiz en el que se podía ver el escudo de los McAlister, así como su lema: «*Fortiter*».

Cuando Meg, sumida en sus pensamientos, iba a salir de la estancia para volver de nuevo a la cocina, unas voces provenientes de la entrada principal del salón la detuvieron. Miró a Helen. Ella todavía seguía ocupada con una mesa, concentrada y ajena a la nueva compañía.

Meg sabía que antes o después debía enfrentarse a más miembros del clan, pero en aquel momento no le apetecía si podía evitarlo, así que se acercó a uno de los laterales del pasillo que iban directos a la cocina y se quedó allí. La curiosidad pudo con ella. Comprobó que desde su posición tenía una buena visión del salón sin que pudiese ser vista con facilidad. La luz más tenue y el ángulo en el que se encontraba le conferían cierta discreción ante la posible

mirada de los ocupantes. Así que decidió quedarse allí por unos segundos para ponerle cara a las voces que se oían cada vez más próximas.

Meg retuvo el aliento cuando un grupo de cinco hombres entró en el salón y los vio con claridad. Aunque eran hombres imponentes por su altura y complexión, lo que hizo que su estómago se contrajese y su corazón se saltara un latido, fue cuando el más alto de ellos se dio la vuelta. Cuando Helen dijo su nombre, Meg apoyó una mano en la pared como si tuviese que buscar algún punto de sujeción, ya que sus piernas parecieron fallarle.

Había escuchado todos los apelativos por los que le llamaban. De hecho, se los sabía de memoria.

Diablo, ángel de la muerte, ira vengadora, furia de las Highlands, el demonio de Escocia. Puede que todos pudieran aplicársele al hombre que veía a escasos metros, pero sin lugar a dudas se habían quedado cortos. Ninguna de esas acepciones le servía para poder describir a aquel hombre. ¿Por qué no «demonio del pecado»?

Sus facciones eran prácticamente perfectas, su mirada penetrante y su sola presencia imponía. La oscuridad con la que el vello sin rasurar de varios días cubría su mandíbula, era lo único que le hacía parecer más terrenal.

Muy alto y de anchas espaldas, era pura fibra. La fuerza, la atracción y en cierto modo el peligro que emanaban de cada poro de su cuerpo, y que ella podía sentir con intensidad a pesar de la distancia que los separaba, la

hicieron sentirse vulnerable.

Sus ojos verdes, como los de un gato, inspeccionaron la estancia, y un destello casi imperceptible cruzó por su mirada. Una mirada intensa e inquebrantable que hizo que Meg casi se cayera cuando se posó sobre ella. Ahora que la miraba directamente, se quedó petrificada, como si ni un solo músculo de su cuerpo pudiese reaccionar. ¿La había visto? Tragó saliva solo de pensarlo. Ella no era ninguna cobarde, pero un extraño vértigo atenazó sus sentidos como nada antes lo había hecho.

Le vio intensificar su mirada adquiriendo una tonalidad más oscura. Ese pequeño matiz pareció sacarla de su aletargamiento, y sin saber cómo, se dio media vuelta para volver a la cocina. Solo quería alejarse de allí para poner sus ideas en orden. ¿Pero qué demonios le había pasado?

Todavía no sabía por qué había reaccionado de esa manera a su presencia. «¡Pero si es solo un hombre!», se decía una y otra vez mientras aligeraba el paso. Y ella tenía experiencia con hombres grandes, con autoridad y genio. Eso era lo más gentil que decían de su propio padre y ella siempre le había hecho frente cuando encontraba algo injusto o inadecuado. No en vano, era el quebradero de cabeza de su progenitor, como muchas veces él se había encargado de recordarle. Y su hermano no se quedaba atrás.

No había andado ni dos metros cuando una mano la agarró del brazo, deteniendo su avance.

El contacto de esa mano le hizo soltar un pequeño jadeo antes de volverse y ver al hombre que segundos antes la había dejado totalmente turbada.

—Eres la muchacha McDuff que Helen me dijo que vendría, ¿verdad?

Evan miró a la mujer que tenía delante. Cuando momentos antes la había visto entre la penumbra había pensado que era un espejismo. Estaba allí y a los pocos segundos había desaparecido. Era rápida, de eso no cabía duda. Había tenido que aligerar el paso para alcanzarla antes de que desapareciera.

Cuando Helen le pidió permiso para que la hija, fruto del matrimonio entre Edna McAlister y un miembro del clan McDuff, viviera y trabajara allí en el castillo, se negó. Sin embargo, al saber que la muchacha era huérfana y que el clan McDuff no la veía con buenos ojos porque su padre se había separado del clan y se había trasladado a las Lowlands, se replanteó su decisión. Además, Helen se lo pidió como un favor personal. Al parecer tenía alguna deuda pendiente con el hermano del padre de la chica, y los McAlister siempre pagaban sus deudas. Y si eso no bastase, la muchacha era mitad McAlister y eso la hacía de su clan. En cierto sentido se sintió obligado a darle cobijo, por lo que al final consintió.

Después de aquello, Evan ya no pensó más en la solicitud de Helen, pero al verla hoy allí, una cara totalmente desconocida y con los ojos más expresivos, grandes y hermosos que había visto jamás, que le miraban como si

intentara adivinar qué era lo que pensaba, Evan dedujo lo obvio, a pesar de su sorpresa inicial.

—Sí, soy yo —dijo Meg sintiendo su voz algo aguda.

Evan la soltó, observándola con interés.

—¿Tu nombre?

Meg tragó saliva antes de contestar.

—Meg —dijo ya sin titubear.

—¿Y por qué has huido así del salón?

En cuanto Evan preguntó, fue testigo de la transformación que se produjo en la joven. De pronto se irguió, levantando un poco la barbilla con determinación. Su mirada se había vuelto más intensa, acentuando los matices dorados de sus ojos. A Evan le hizo gracia su reacción. Era como si le hubiese acicateado su orgullo.

—Yo no he huido —dijo con determinación, mirándole fijamente a los ojos.

Evan enarcó una ceja. Aquella mujer no sabía mentir, pero sí tenía coraje. Sabía de hombres que ni siquiera eran capaces de mirarle a los ojos, y en cambio, aquella mujer le miraba directamente, con un pequeño mohín de evidente disgusto en su boca que a Evan le hizo pensar más de lo debido en sus carnosos labios.

Meg tenía todo su cuerpo en tensión. Si Evan McAlister le había parecido imponente a unos metros, a escasos centímetros era para quedarse sin palabras. Ahora desde la cercanía podía ver dos cicatrices en su rostro. Una encima de la ceja izquierda y otra en su mejilla derecha, casi pegada a la oreja y de unos tres centímetros de largo. La verdad era que aquellas imperfecciones, en vez de restar atractivo a su rostro, extrañamente lo realzaban más. Su mirada pareció oscurecerse y escudriñar la suya. Sintió como si pudiese ver en su interior, como si pudiese leerle el pensamiento y eso la hizo sentirse desnuda. En el momento en que pensó en esa palabra sintió cómo el calor subía por su cuerpo hasta instalarse en sus mejillas. ¿Por qué demonios había tenido que pensar en nada que tuviera que ver con la palabra «desnuda»? Intentó quitarse la imagen de su cabeza pero al mirarlo a él, a ese gigante que tenía delante, la palabra arraigó en su mente. Su sucia mente. ¡Maldita fuera! ¿Pero qué demonios...? Ella no era así. ¡Por Dios, si se lo estaba imaginando como vino al mundo ...! ¡Eso tenía que ser pecado!

Como si él hubiese adivinado lo que ella estaba debatiendo en su interior, Evan se acercó aún más. Sus ojos estaban clavados en ella.

Meg contuvo la respiración cuando él se acercó. Tanto, que pudo sentir sus labios cerca de su oído. Sintió su voz dura y acerada y su aliento en su cuello cuando sus palabras llegaron hasta ella.

—Si quieres quedarte aquí y formar parte de este clan, nunca más,

jamás, vuelvas a mentirme.

Meg se quedó petrificada en el sitio, no por lo que acababa de decirle, porque era más que evidente que aquello no iba a poder hacerlo. Mientras estuviese allí iba a mentir, a mentir y... ah, sí... mentir. Pero no era aquella la causa de su turbación, sino lo que su aliento en su cuello le había hecho sentir. Un escalofrío le había recorrido todo el cuerpo, dejándola anhelante de algo que ni entendía, ni comprendía.

Después de eso, solo pudo mirarle, quieta y estupefacta por lo que acababa de experimentar, mientras el jefe del clan McAlister se daba la vuelta y desaparecía de su vista no sin antes dejarla para que ella siguiera con sus obligaciones.

Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba. Creía que estaba preparada para todo. Para encontrarse con el mismísimo diablo, con un hombre despiadado, grotesco y brutal. Pero nada la había preparado para lo que acababa de pasar. Ya sentía que estaba traicionando a su clan, porque aunque no quisiera reconocerlo, por unos segundos se había sentido atraída por su peor enemigo.

CAPÍTULO V

Meg estaba empapada en sudor. Tomó nota mentalmente para al día siguiente ponerse el otro vestido más liviano, porque este le estaba costando la vida. En la cocina hacía calor, y tanto ir pasillo arriba y pasillo abajo para llevar las viandas desde allí hasta la estancia donde los hombres estaban esperando ansiosos la cena, la estaban haciendo sudar como nunca en su vida. Menos mal que desde que llegó tenía recogido su pelo y cubierto con un pañuelo para que no le molestara. Si seguía así se lo iba a cortar. ¿Para qué quería ella tanto pelo? No era más que una molestia añadida.

Sonrió con añoranza al acordarse de Aili, su hermana. Si la escuchara pondría el grito en el cielo. Ella era la principal razón de que no hiciera algo drástico con él.

—Meg, muchacha, ¡muévete! Los hombres tienen hambre y tú estás muy tranquila.

Meg apretó los dientes por no decirle tres cosas a aquella bruja. ¿Que estaba tan tranquila? Si no había parado en toda la tarde..., pero se contuvo. Sonrió con desgana antes de mirar a Helen.

—Por supuesto, Helen. ¿Qué quiere que haga más? —le preguntó con ironía.

Como no se montara en un cerdo y volara, que era lo único que le faltaba hacer, ya no sabía que más quería de ella.

—¿Llevar el guiso te parece mucho esfuerzo? —contestó Helen

—Claro que no, Helen, ahora mismo —dijo Meg con cara de inocencia y una sonrisa en los labios.

Helen entrecerró un poco los ojos, pensando si aquella chiquilla era pura inocencia y candor como estaba mostrando y además medio lela, o si realmente le estaba tomando el pelo y era mucho más de lo que aparentaba. No sabía porque, pero algo le decía que la muchacha era de la segunda clase. No podía negar que era trabajadora. Había realizado todas las tareas que le había encomendado con presteza y buena disposición. Si bien era cierto que se le veía verde en la cocina, lo suplía con su actitud.

Ella le azuzaba como hacía con casi todos los que la rodeaban, sin embargo, había descubierto que la muchacha no respondía como la mayoría. Esta joven, a pesar de su fingida docilidad, no la engañaba. Había visto en su mirada chispas de rebeldía, y sabía que se había mordido la lengua en más de una ocasión. Eso le gustaba.

—Toma, y que no se te caiga ni una gota por el camino.

Meg cogió la olla de manos de Helen, que la miraba con determinación y un poco de desagrado. No sabía si le había hecho algo a aquella mujer o simplemente es que era así de desagradable pero la verdad es que tenía ganas

de perderla de vista un rato.

La olla pesaba más de lo que imaginaba y al principio sus brazos cedieron un poco por el peso inesperado.

—Ten cuidado con la comida, jovencita, y sujétala bien —le dijo Helen señalándola con un dedo.

Meg pensó en cinco modos de deshacerse de ese dedo y en ninguna había un atisbo de compasión por su parte. Y sí mucha, muuuucha sangre.

Cuando entró en el salón, las voces se habían multiplicado. Las mesas estaban llenas con los hombres del clan. En la principal estaba sentado Evan McAlister junto a varios hombres más. Ella reconoció al que estaba a su lado como uno de los que habían llegado con él horas antes. Se parecían ambos, pensó en un instante. Si bien era cierto que el desconocido tenía el pelo pelirrojo y el color de ojos distinto, sus rasgos eran muy parecidos. Era muy atractivo también, sin embargo su rostro era más afable y una sonrisa parecía no querer desaparecer de sus labios. No como Evan McAlister, cuyo rostro era duro e imperturbable. En ese momento sintió que su mirada se volvía hacia ella.

Meg apartó la vista y sintió calor en las mejillas, como si la hubiesen pillado haciendo algo inadecuado. Dejó la olla en el extremo de la mesa y se fue sin mirar atrás.

—¿Esa chica es la muchacha de la que te habló Helen? —preguntó Andrew con una sonrisa en los labios—. Es preciosa.

Andrew reprimió una carcajada cuando vio la expresión de su hermano. Para cualquier espectador, nada en el semblante de Evan podía delatar lo que pensaba, pero Andrew era su hermano y lo conocía a la perfección. Había visto cómo su mirada se oscurecía al oír sus palabras, y también cómo había apretado ligeramente la mandíbula.

—Sí, en efecto. Se llama Meg —dijo Evan como si no tuviese la mayor importancia.

—¿Has hablado ya con ella?

Evan observó a su hermano. Conocía muy bien ese brillito en sus pupilas.

—¿A dónde quieres llegar?

Andrew sonrió nuevamente. Había sido testigo de cómo su hermano había mirado a la joven nada más entrar en el salón. Evan había seguido todos los movimientos de la muchacha y no le había quitado la vista de encima, eso había despertado también su interés. No por la muchacha, que en verdad era preciosa, sino por la forma de actuar de su hermano. Hacía mucho tiempo que no veía esa curiosidad en la mirada de Evan.

—Sí, he hablado con ella, pero solo he cruzado unas cuantas palabras.
¿Por qué?

Andrew hizo un gesto con la cabeza restando importancia a su comentario anterior.

—Por nada, simple curiosidad —respondió con una sonrisa de medio lado.

—Un día tu curiosidad puede darte un disgusto —dijo Evan volviéndose hacia él.

Andrew miró a su hermano y vio una chispa divertida en sus ojos.

«¡Vaya!», pensó con un atisbo de esperanza. Era la primera vez en dos años que veía a Evan algo más relajado. Desde la muerte de Kerr, Evan había cambiado. Ya apenas sonreía y se había vuelto más duro e inaccesible, y aunque le comprendía como nadie, en su fuero interno echaba de menos a su hermano mayor, al Evan que había sido antes de aquel trágico suceso.

Evan siempre fue el más callado de los tres. El más duro y exigente consigo mismo. Fuerte, observador, parecía poder con todo, y él lo había admirado desde que eran niños, y así seguía siendo.

Su hermano Kerr, sin embargo, había sido el nexo de unión de toda su familia. Diplomático, paciente, buen oyente, siempre había sido capaz de ver a través de las personas. Había sido también el confidente y la mano derecha de Evan.

Dejando a un lado sus pensamientos, Andrew miró de nuevo a Evan antes de contestarle.

—Ya, pero ese día no es hoy —replicó alzando una ceja con su sonrisa eterna en los labios.

—Yo no estaría tan seguro, hermano —contestó Evan.

Andrew soltó una pequeña carcajada.

En ese momento, llegó Helen y empezó a servir los platos con su fantástico guiso.

La carne asada también desprendía un olor exquisito.

Evan miró de reojo a Andrew, que estaba hablando ahora con Malcom. Su hermano le preocupaba. A pesar de su eterna sonrisa y de su buen humor, Evan le conocía demasiado bien y sabía que debajo de aquello había mucho más, un dolor que no había exteriorizado en ningún momento durante estos últimos meses. Andrew escondía bien sus sentimientos detrás de su sentido del humor. Era irónico que de los tres, desde niño, el más extrovertido fuese el más hermético.

El murmullo de aprobación que recorrió la sala al comer el guiso de Helen hizo que prestara atención al plato que tenía delante. Sus tripas, que eligieron aquel momento para hacer un pequeño ruido, avisaban impacientes de su necesidad.

Sin más, cortó un trozo de carne que había en una de las bandejas y se dispuso a disfrutar de la comida. Seguro que le sabría a gloria.

CAPÍTULO VI

Alguien había intentado envenenarlos. Esa era la única opción lógica. Habían saboreado la gloria, pero no en sentido figurado. Había faltado poco para que casi la totalidad de sus hombres visitaran al Creador aquella noche.

La mitad estaba agonizando. Hombres más altos que castillos corrían por sus tierras en busca de un rincón en el que vaciar sus tripas, abonar el campo e intentar que la humillación no magullara mucho su orgullo.

Evan miró de nuevo la cara de su hermano, que había empezado a adquirir una tonalidad verdosa. Un sudor frío perlaba su frente, contrayendo sus facciones cada vez que el ruido proveniente de sus tripas parecía adquirir más fuerza.

—Perdonad de nuevo —dijo Andrew mientras salía a toda prisa del salón.

Era la tercera vez que su hermano debía irse.

—¡Maldita sea! —dijo Evan cuando vio a Andrew desaparecer tras la puerta.

A pesar de su preocupación inicial, en ese momento, después de más de dos horas de ver correr a sus hombres como almas que llevaba el diablo sin que ninguno de ellos revistiese más gravedad que una descomposición

colectiva como la que no había visto jamás en su vida, Evan empezó a pensar que aquellos sobrevivirían a esa noche.

Malcom y él eran los únicos hasta el momento que permanecían sin mostrar síntomas del mal que aquejaba a sus hombres.

—Es algo que hemos comido o bebido. Llama a Helen —dijo Evan con un tono de voz duro.

Helen entró en el salón dos minutos más tarde y por su aspecto podría decirse que tampoco estaba bien. Su piel tenía una tonalidad grisácea y sus ojos parecían algo apagados.

Evan preguntó, temiendo la respuesta.

—¿Tú también, Helen?

Helen en vez de contestar, soltó un gemido lastimero y, llevándose una mano al estómago, salió a toda prisa. Jamás en su vida había visto a Helen correr de tal manera.

Evan miró a Malcom. Sus ojos destilaban cualquier cosa menos compasión.

—¡Esto es una plaga! Maldita sea, ¿queda alguien en las cocinas que no se esté muriendo?

—Creo que no —contestó Malcolm con total seriedad.

Hacía más de dos horas que Meg había llegado a una conclusión. Lo que no habían conseguido años de enemistad, ni las enfermedades, ni las guerras entre los clanes, había estado a punto de conseguirlo ella solita aquella noche. Y no con un cuchillo, ni con una espada, ni con veneno, sino con una maldita diarrea.

Y ni siquiera lo había hecho a propósito.

Su padre estaría orgulloso de ella. Muy orgulloso. Había dejado inutilizados a todos los guerreros del clan McAlister. Bueno, a casi todos. Evan McAlister y uno de sus hombres de confianza, Malcom, seguían en pie, y con cara de querer asesinar al culpable de aquella tropelía.

Meg sabía que tenía dos opciones: guardar silencio y simular el más absoluto desconocimiento en caso de que le preguntaran algo, o confesar que era muy posible que, de manera fortuita, ella fuese la culpable de aquel desagradable infortunio.

Su cabeza le decía a voz en grito que lo negara todo hasta la saciedad, pero las entrañas le decían algo bien distinto. Y ella era una mujer que hacía caso de su instinto, aunque a veces este le fallase. Era impulsiva y tenaz, y por mucho que quisiera en aquel momento evadir su responsabilidad, no por miedo, sino por no querer llamar la atención de esa manera el primer día, algo le decía que era mucho mejor entrar en el salón, mirar a la cara al jefe del clan y decirle que lo que había pasado era sin duda fruto de un inocente error.

Así que cogió aire y entró con paso firme en la estancia, esperando que aquel no fuera el final de su incursión en territorio McAlister.

Evan fue consciente de su presencia nada más entrar la muchacha en el salón. Su nombre, si no recordaba mal, era Meg, y en ese momento no parecía estar enferma. Ella había estado en la cocina ayudando a Helen. Antes de que pudiese llamar su atención para que se acercara, esta se encaminó hacia donde él se encontraba. Su rostro mostraba seriedad y aunque su apariencia detonaba tranquilidad, Evan vio en sus ojos un pequeño atisbo de inquietud.

—Laird McAlister, tengo que decirle algo que creo que debe saber.

Aquello llamó la atención de Evan. En su contacto anterior con ella, Meg apenas había hablado. Por eso no había podido percibir el sonido de su voz, dulce y melodioso, que en ese momento le pareció sumamente atractivo. Sus ojos grandes y expresivos habían adquirido una tonalidad ambarina difícil de ignorar. Sin embargo, los acontecimientos de esa noche habían hecho que Evan no estuviese de humor para adivinanzas.

—Espero que sea importante y que no me hagas perder el tiempo. ¿Qué es lo que quieres decirme? —soltó Evan de forma brusca.

Meg pensó varias cosas a la vez. Uno, que Evan McAlister era un hombre que no dejaba indiferente en ningún sentido. Dos, que si pensaba que iba a intimidarla por fruncir ligeramente el entrecejo y mirarla como si

quisiera traspasarla, estaba muy equivocado. Y tres, que era mejor que soltara la información de golpe y que McAlister se gestionara el enfado él solito.

Meg se aclaró la garganta antes de coger carrerilla.

—Creo que por un desafortunado error, yo eché al guiso la jarra que Helen había preparado para los problemas intestinales de uno los miembros de su clan. Es a la conclusión que he llegado después de ver lo que ha pasado.

A Meg no le pasó desapercibido cómo la mirada del Laird McAlister se oscureció de repente, adquiriendo un brillo peligroso.

—¿Que has hecho qué? —preguntó con la voz apenas contenida por el enfado.

Había que reconocer que McAlister sabía dominarse. Si hubiese sido su padre a quien le hubiese contado eso, los gritos se estarían escuchando en Inglaterra.

—Lo que ha oído. Helen me dijo que echara la jarra con especias en el guiso y... bueno, había dos jarras —explicó Meg como si con eso quedara todo claro.

Meg observó cómo McAlister apretaba la mandíbula.

—¿Dos jarras? —preguntó Evan entre dientes.

Meg afirmó con la cabeza. Por la mirada de McAlister entendió que esperaba alguna explicación más.

—Helen me dijo que echara la jarra preparada con especias al guiso.

Pero había dos jarras. Creí que eran lo mismo y eché una de ellas. Después llegó Gawen y fue cuando Helen le dijo que se tomara lo que había preparado para su problema digestivo. Mencionó algo de una jarra, pero yo estaba ayudándola y apenas presté atención. Sin embargo, después de lo que ha pasado, he recordado todo lo que le he contado, y he llegado a la conclusión de que quizás desafortunadamente eché la jarra con el remedio al guiso, y Gawen se tomó un vasito de la preparada para la comida.

Evan la miró como si de repente le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió preguntar qué jarra debías echar? Y mejor aún, una vez que te enteraste que una de ellas era un remedio para Gawen, ¿no pensaste que era mejor decir algo?! —preguntó alzando cada vez más la voz, a medida que hablaba y su enfado iba creciendo.

Meg podía entender su enfado, pero ni mucho menos iba a dejar que aquel hombre la tratara como si fuera tonta.

—Ya le he dicho que no presté atención. Era mi primer día, estaba nerviosa y jamás había trabajado en una cocina. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que jamás pensé que podría suceder algo así? Pues se lo digo —terminó Meg con voz firme. Estaba también alterada, y su mirada en ningún momento se desvió de los ojos de Evan McAlister, que la miraba como si no pudiese creer que ella le hubiese contestado de esa manera.

Ambos se quedaron en silencio y mirándose mutuamente de una forma

poco gentil.

—Malcom —dijo Evan, rompiendo momentáneamente aquella conexión visual que le tenía asombrado.

Evan miró a Malcom cuando no contestó. Casi maldijo cuando le vio mirar hacia otra parte, no sin antes darse cuenta de la tenue sonrisa que este, con poco éxito, trataba de disimular.

—Cuando Helen esté mejor, dile que quiero hablar con ella —dijo Evan con un tono de voz que hizo que la sonrisa de Malcom se borrara de inmediato.

—Y tú —dijo volviendo de nuevo su atención a Meg—, es mejor que salgas de esta sala antes de que la poca paciencia que me queda desaparezca y me arrepienta de haber dejado que te quedes con nuestro clan.

Meg no esperó ninguna otra indicación, y antes de que McAlister cambiara de opinión y efectivamente la echara de sus tierras, se fue con paso rápido hasta la entrada. No sin antes pensar que aquel día había aprendido dos cosas: primero, que en la cocina un error podía ser mortal, y segundo, que pese a todos los apelativos del Laird McAlister, en el fondo, puede que este no fuera tan despiadado.

CAPÍTULO VII

Era un auténtico demonio. Y eso que había intentado ser objetiva después de todo, pero aun así había que reconocer que ese hombre tenía algún tipo de problema con ella.

Tras el pequeño incidente de las jarras, Laird McAlister habló con Helen y decidieron reubicarla para que realizara otro tipo de trabajo. Al parecer se la consideraba altamente peligrosa en la cocina, ya que no la dejaron a partir de entonces acercarse a la misma a menos de diez metros de distancia.

Pasaron varios días en los que Meg observó todo lo que pudo, que sinceramente no fue mucho ya que su siguiente trabajo fue con la aguja y el hilo. La pusieron a coser aquellas prendas de Laird McAlister que habían sufrido algún percance, como por ejemplo una camisa a la que se había descosido una parte de la manga. Se pasaba todo el día en el cuarto de costura y eso no contribuía mucho a poder conocer más al jefe del clan y a sus miembros.

La verdad es que lo que se dice coser no había cosido nunca en su vida, pero había visto a Aili hacerlo y francamente aquello no podía ser tan difícil. El cesto que tenía al lado con la ropa a la que tenía que hacer arreglos y que

Helen le había dado esa mañana, se le hizo encargo difícil cuando, después de tres horas, seguía con la misma camisa, sin embargo dio por bien empleado el tiempo cuando acabó con ella y sonrió bastante complacida con el resultado. El día anterior solo había hecho pequeños arreglos, pero aquella camisa..., eso era harina de otro costal. A pesar de todo, estaba más que satisfecha con su trabajo. Realmente había quedado bien.

El problema fue cuando esa misma tarde, un grito parecido al gruñido de un animal rabioso cruzó el castillo.

Meg seguía cosiendo otras prendas nuevas que Helen le había dejado cuando la puerta de la habitación se abrió. Era Brigitte, una muchacha del clan, sobrina de Helen, que también ayudaba en los quehaceres diarios de la casa. A Meg le había caído bien de inmediato. Brigitte no se parecía en nada a su tía. Con una figura generosa, unos ojos algo rasgados de un precioso color azul y una eterna sonrisa en los labios, la muchacha la acogió con efusividad desde el primer momento. Extrovertida y alegre, exudaba vitalidad por cada poro de su piel.

—¿Pasa algo, Brigitte?

Meg se levantó cuando vio la cara de la muchacha. Se conocían desde la noche del infortunado accidente con la cena, cuando ambas habían recogido el salón después de que casi el clan en pleno estuviese descompuesto. A pesar del escaso tiempo que hacía que la conocía, por su cara supo que algo no

marchaba bien.

—Laird McAlister ha mandado a que venga a por ti, y está muy enfadado —espetó Brigitte con el aliento entrecortado, como si hubiese venido corriendo.

Meg no supo qué decir a eso. No sabía en qué podía ella ayudar o por qué se la llamaba. Se había pasado los últimos dos días metida en aquel cuarto sin apenas cruzarse con nadie del clan. Comía y cenaba en un cuarto adyacente a la cocina. La cocina estaba vedada para ella. A Meg aquello la indignó. Porque hubiese habido aquel pequeño accidente no significaba que fuera a repetirlo.

—De acuerdo, vamos —dijo Meg que, siguiendo el ritmo de Brigitte, corrió tras ella para subir las escaleras y llegar hasta la primera planta. Se dirigieron después a la última habitación del pasillo. Antes de llegar se escuchó un nuevo gruñido seguido de una serie de maldiciones que hizo a Meg ralentizar el paso.

Cuando Meg por fin llegó a la puerta y entró en la habitación, lo que vio en ella la dejó helada. Laird McAlister estaba con el torso desnudo, llevando puesto solo el *feileadh mor* de cintura para abajo. La tela, de unos cinco metros de longitud, que se colocaba alrededor de la cintura y se sujetaba con un cinturón, estaba dispuesta con soltura sobre sus caderas. Los colores distintivos del clan McAlister, rojo y verde, destacaban dentro de aquella

habitación algo espartana. Era una desgraciada coincidencia que su clan también tuviese esos colores aunque el dibujo de los cuadros formado por ellos fuese distinto. Una cama en el rincón y una mesa en la pared opuesta eran básicamente todo el mobiliario.

Pero lo que menos le interesaba a Meg en ese instante era el atuendo de Evan Mcalister sino lo que no llevaba puesto. El pecho, los brazos y el abdomen de aquel hombre la hicieron tragar saliva. Saliva que no encontró porque se le había quedado la boca seca de golpe. Ella estaba acostumbrada a ver los músculos desarrollados de los hombres de su clan, fruto del entrenamiento continuo con diversas armas a la que se sometían todos los días, pero la semidesnudez de Evan McAlister la había dejado clavada en el sitio. Cada uno de sus músculos parecían esculpidos en piedra. ¿Cómo sería tocarlos? En el mismo momento en que lo pensó, sintió cómo un rubor inundaba sus mejillas. Rogó para que McAlister no se diera cuenta de ello. Pero al elevar su mirada y clavarla en la suya, dejó de prestar atención a esa parte de la fisionomía del Laird, pues los ojos llenos de furia de McAlister estuvieron a punto de atravesarla.

Después de dos días, Evan estaba dispuesto a darle una oportunidad a Meg McDuff. Lo que ella le había dicho le hizo reflexionar, y si bien creía que lo que había hecho distaba mucho de un «pequeño infortunio», era verdad que

ese hecho parecía estar desprovisto de malicia.

Apenas si la había visto en esos dos días transcurridos desde entonces, desde que Helen le encontró otra ocupación. Sin embargo, las escasas veces que había cruzado su camino con ella, no había sido indiferente a su presencia y eso había acrecentado su curiosidad. Se había sorprendido a sí mismo más de una vez recordando unos enormes ojos color miel.

Así que, a pesar de que estuvo a punto de acabar con la totalidad de su clan, decidió dejar correr su error en la cocina.

Eso fue hasta el instante en que intentó vestirse.

Cogió una de sus camisas para cambiarse. Había estado ejercitándose con Malcom y Andrew esa mañana, y después de ir al lago a darse un chapuzón rápido en sus gélidas aguas, volvió a casa a fin de cambiarse para la cena. Metió su brazo derecho y todo fue perfecto, pero al meter su brazo izquierdo, algo le impidió sacar su mano por el extremo inferior. Se inclinó para ver lo que pasaba y cuando vio el extremo de la manga cosida al cuerpo de la camisa, todo se volvió rojo.

Y lo supo. Supo que había sido ella.

Sabía por la misma Helen que esta había cambiado a Meg de trabajo. Evan le había dicho que le daba igual dónde la pusiera, pero lejos de la cocina. Ahora ya sabía de qué se encargaba, porque apostaría la cabeza a que aquel despropósito solo podría provenir de la mata-clanes.

Llamó a Helen, conteniendo la furia que le quemaba en las venas.

Cuando apareció, Brigitte sintió pena por ella, por la cara que puso cuando le rugió que fuera a por Meg y la llevara ante su presencia. De esta no iba a salir impune.

CAPÍTULO VIII

Meg miró la prenda que McAlister le tendía. No sabía qué quería que hiciera con ella, así que le miró, antes de preguntar.

—¿Pasa algo con la camisa?

—¿Tú que crees? —le preguntó Evan a su vez, entre dientes.

Meg la cogió y al hacerlo sus dedos rozaron la mano de McAlister.

Meg la retiró inmediatamente como si su contacto le hubiese quemado. Su roce, aunque había sido ínfimo, la había perturbado, produciéndole un latigazo que recorrió todo su cuerpo y la dejó desconcertada.

—Intenta meter la mano por la manga izquierda —espetó Evan, lo cual sonó más a orden que a una petición.

Meg intentó hacer lo que pedía, pero al llegar al puño, algo le impidió que pudiese sacar la mano. Lo miró con más detenimiento y descubrió que no podía porque estaba parcialmente cosido al cuerpo de la camisa. Sintió cómo un pequeño rubor subía a sus mejillas.

Ella no había cosido en la vida ¿Qué esperaban? ¿Que hiciese virguerías con la aguja? Intentando arreglar en algo lo que había hecho, pegó un pequeño tirón para descoser ambas partes de la prenda. Solo eran unas pequeñas puntadas las que había que deshacer. Cerró los ojos cuando el sonido de la tela al rasgarse llegó hasta sus oídos.

No estaba preparada para aquello. Se quedó momentáneamente bloqueada, mirando la camisa, intentando no soltar una carcajada. Porque aunque no era el momento adecuado, aquella situación le pareció muy graciosa.

Un gruñido retumbó en la habitación e hizo que mirase nuevamente a McAlister.

Meg no sabía qué aspecto tendría Laird McAlister en plena batalla, pero debía asemejarse bastante a la que tenía en aquel momento. Su rostro estaba tenso, sus ojos verdes habían adquirido un tono más oscuro. Su mirada, la misma que estaba clavada ahora mismo en ella, era letal, tan afilada como una espada, y un tic parecía haberse instalado en su ojo izquierdo. Todo su cuerpo estaba rígido.

—Puedo intentar cosérselo otra vez, aunque no creo que esto tenga mucho arreglo —dijo Meg con naturalidad.

Supo que no tenía que haber pronunciado aquellas palabras en el mismo momento en que salieron de su boca y los ojos de McAlister brillaron como si albergaran fuego en su interior.

Evan se acercó a ella y antes de que pudiese reaccionar, le quitó de un tirón la camisa de las manos.

—¿Has cosido alguna vez? —le preguntó con un gruñido.

Meg le miró fijamente antes de contestar.

—He visto cómo se hace, pero coser, coser... No.

Meg observó cómo Evan apretó los dientes.

—¡Maldita sea! ¿y no se te ocurrió decirlo? —gritó Evan—. ¡Mira lo que has hecho! —le dijo poniendo la camisa delante de sus narices.

Meg volvió a mirar la tela.

—Ya lo veo, y lo siento mucho —dijo Meg con cierto pesar.

—¿Y eso es todo? ¿«Lo siento mucho»? ¿Lo haces a propósito o es que tu inteligencia no da para más? —aseveró Evan tirando la tela encima de la cama con un manotazo.

Meg estaba intentando pedirle disculpas, pero él se lo estaba poniendo muy difícil, y más si tenía en cuenta que estaba a medio vestir y aquello la ponía nerviosa.

Su genio, ese que estaba conteniendo desde que llegó, clamaba por decirle cuatro cosas a aquel demonio, pero no pudo contenerse cuando puso en duda su inteligencia.

—Ya le he dicho que lo siento, y dado que como podemos comprobar no puedo arreglársela, francamente no sé qué más puedo hacer —dijo Meg apoyando las manos sobre su cintura y poniendo los brazos en jarras—. Además, ¿no cree que está exagerando un poco? Es solo una camisa, un trozo de tela —exclamó Meg ya enojada—. Y en cuanto a si mi inteligencia no da a más, me ofende gravemente al insinuarlo siquiera. No sé cocinar ni coser, pero

no porque sea torpe sino porque nunca me han enseñado —dijo Meg alzando la voz.

Evan no podía creérselo. Esa muchacha estaba allí frente a él, después de haberle destrozado su mejor camisa y le estaba... ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Recriminarle que se enfadara con ella?

Era inaudito, sobre todo cuando hizo trizas la tela y pudo ver una sonrisa en sus labios. Él estaba hecho una furia y ella se reía.

Y ahora estaba con los brazos en jarras, haciéndole frente, acortando la distancia entre ambos y mirándole, ceñuda.

Evan sintió hervir la sangre en sus venas. Acortó el escaso espacio que los separaba y sin pensarlo, tomó su boca. Aquellos labios carnosos que momentos antes le habían replicado desafiantes y orgullosos, ahora suaves y tentadores, lo recibían con sorpresa y estupor. Se había acercado a ella con furia, con determinación, y así había tomado sus labios. Sin embargo sus manos, ajenas a su enojo, a su voluntad, enmarcaron la cara de Meg con cuidado, casi con mimo, acariciando suavemente la comisura de sus labios a fin de que los abriera. Cuando así lo hizo, Evan no pudo evitar que un gruñido de satisfacción se escapara de su garganta. Ahondó el beso con cuidado, con lentitud, saboreando y probando cada parte de su boca. Solo había pretendido borrar aquella expresión satisfecha y rebelde con la que aquella muchacha le

había mirado, pero no había esperado aquello. No había podido prever la necesidad visceral y desmedida que se apoderó de él al probar sus labios. La sintió estrechar su cuerpo contra él y sus manos rozar levemente sus brazos como una caricia. Su tacto casi lo volvió loco.

Meg no tenía explicación alguna para lo que estaba sucediendo. Sabía que debería haberse resistido, debería haberse alejado de él. Y lo intentó. Pero una vez que comprobó que no podía liberarse de él, en vez de quedarse indiferente a su acción, algo dentro de ella se despertó y tomó las riendas de la situación. Se odiaba por ello, pero no pudo evitarlo. Quería negarse el placer que sus labios le estaban provocando, pero su cuerpo traicionero parecía no pertenecerle. Se sorprendió cuando las manos de Evan, grandes y con durezas, le tocaron la cara con mucho cuidado, como si temiera que ella se rompiera. Aquel gesto, tan inaudito en un hombre como aquel, hizo que parte de su renuencia desapareciera como si nada. Sus labios, su lengua, le hicieron sentir necesitada de algo que no entendía pero que quería obtener como fuese. Y eso hizo que, tímidamente, con la torpeza de la inexperiencia, copiara los movimientos de McAlister, tentando, saboreando su boca a la vez, pegándose a su cuerpo y apoyando la mano sobre sus brazos, cuyos músculos sintió contraerse ante su contacto. El gruñido de satisfacción masculina que se bebió de los labios de Evan le provocó un anhelo casi doloroso, dejándola a su

merced.

Y luego todo acabó demasiado pronto.

CAPÍTULO IX

El carraspeo proveniente de la puerta devolvió a Evan a la realidad. Maldijo interiormente porque ni siquiera había oído llegar a su hermano. El mismo que desde la entrada de la habitación le miraba con una sonrisa socarrona en los labios y un brillo malicioso en los ojos.

—Lamento interrumpir —dijo Andrew, cuyas facciones delataban que sus disculpas eran del todo menos sinceras.

Evan vio cómo Meg cambiaba su expresión. Como si hubiese despertado de pronto y comprendiese que había cometido un terrible error. Deseó hablar con ella pero antes de que pudiese decir nada, esta salió por la puerta de forma apresurada.

—No digas una sola palabra —dijo Evan cuando vio la intención de Andrew.

Este cerró la boca, pero por poco tiempo.

—Ni se te ocurra —exclamó entre dientes Evan con un tono amenazador cuando vio luchar a su hermano sin mucho éxito con la imperiosa necesidad de soltar algún comentario.

Lucha que perdió sin remedio.

—En estas situaciones es muy difícil no decir nada, pero dado que hoy

no te encuentras generoso a la hora de expresar tus sentimientos y...

Andrew tuvo que agacharse para que no le alcanzara el libro que le arrojó Evan y que de darle, le hubiese hecho un buen chichón.

Evan le miró como si quisiera asesinarlo y Andrew soltó una carcajada.

—Vale, vale, ya me callo, pero antes... he venido para decirte que Malcom ha regresado ya. Nos está esperando abajo y por su expresión no creo que sean buenas noticias.

Evan frunció el ceño. El hecho de que Malcom hubiese regresado tan pronto tampoco era buena señal.

Iba pensando en ello mientras bajaba con Andrew a la planta baja donde Malcom los esperaba. Se reunieron en una pequeña habitación que Evan utilizaba para la correspondencia y las cuentas. Había otros Laird que dejaban esos asuntos en manos de un hombre de confianza, por desconocimiento o por no querer ocuparse de esos aspectos que consideraban nimios, sin embargo él se encargaba personalmente de ellos.

—Malcom, te esperaba dentro de un par de días.

Malcom asintió con la cabeza antes de hablar.

—Y así hubiese sido si no fuera porque los Campbell han estado sufriendo robos de ganado. Alec no estaba. Había salido con sus hombres en busca de respuestas. Grant, que se ha quedado al frente durante su ausencia, me ha dicho que sospechan que los responsables del robo sean los McDonalls.

Andrew sonrió de medio lado.

—La paz entre esos dos clanes estaba durando ya demasiado.

A Evan no le hacía ninguna gracia que los Campbell y los McDonall se enfrentaran de nuevo. Los Campbell eran aliados de los McAlister desde hacía muchos años. De hecho, Alec, el jefe del clan Campbell y él eran buenos amigos.

—De todas formas le he dejado a Alan la carta que me diste.

Evan miró a Malcom. Quince años mayor que él, aparentaba unos cuantos más. Su pelo castaño vetado con canas así lo hacía presumir. Su semblante duro y sus cicatrices, visibles en su rostro, demostraban su experiencia en el campo de batalla y en la vida.

—Está bien. Quiero que Alec esté en la reunión de la semana que viene. Sería importante que todos los clanes cercanos, incluso los McDonall, viniesen, si eso es posible y para entonces no se han matado con los Campbell.

Alec dijo esas últimas palabras mirando de nuevo a Malcom.

—Descansa un poco y después prepara el entrenamiento con los más jóvenes. Colin se ha estado encargando de ello en tu ausencia y no tiene tu paciencia. Estuve con él en el entrenamiento y le faltó poco para matar con sus propias manos al joven Gordon.

Malcom asintió mientras soltaba una pequeña carcajada.

—Sí, le comprendo. Ese muchacho haría blasfemar hasta a un santo. Me

recuerda a alguien.

Tanto Evan como Malcom miraron a Andrew y sonrieron abiertamente. Gordon era un diablo con la espada. Rápido y hábil. Tenía mucho potencial. Pero también era cabezota, impulsivo y engreído. Y eso había llevado a la muerte a más de uno.

—Ehhh, que no me parezco en nada. Soy el hombre más templado que ha conocido este clan. Y yo nunca he sido tan prepotente como Gordon, ni siquiera con su edad. Simplemente soy el mejor —dijo con una sonrisa en los labios.

Evan y Malcom rieron de buena gana, aunque tenía razón. Era muy bueno con la espada. El mejor de sus hombres después de Evan y Malcom. Y también era verdad que, a diferencia del joven Gordon, Andrew siempre había controlado muy bien su ímpetu. A pesar de la jovialidad y la despreocupación que siempre demostraba, detrás de ello, desde pequeño, siempre había estado el control férreo de sus emociones, el temple, sobre todo en la lucha con el rival. En ese sentido no se parecía al joven Gordon.

—Lo que tú digas, muchacho, pero eras un grano en el culo igual que él —dijo Malcom con tono jocoso.

—Yo también te aprecio, Malcom —aseveró Andrew con su eterna sonrisa.

Evan carraspeó, llamando la atención de los dos.

—Bueno, volviendo al tema que estábamos discutiendo, Colin va a ir a hoy a ver al clan McLane.

—Yo puedo ir a ver los McDonall y que me acompañe Calum —dijo Andrew.

Evan lo pensó unos instantes antes de asentir.

—De acuerdo, pero tened cuidado. Por lo que parece, este no es el mejor momento para ir a hacerle una visita a los McDonall. Solo intentad que la semana que viene venga a la reunión.

—¿Estás seguro que quieres reunir a los jefes de todos esos clanes bajo tu mismo techo? —preguntó Malcom alzando una ceja.

Evan se apoyó en la mesa y cruzó los pies a la altura de los tobillos antes de contestar.

—Los Campbell puede que empiecen una guerra contra los McDonall, los McPherson no pueden escuchar hablar de los McGregor sin que alguien pida sangre por ello, al igual que nuestro clan, su enemistad con ellos es larga. Por otro lado están los McLane. Ya sabéis cómo dejamos al viejo Balthair después de romper mi compromiso con su hija. Así que la respuesta es sí, quiero reunirme con ellos. Intentaremos que no se maten los unos a los otros mientras estén aquí. Ya es difícil la situación con mi futuro matrimonio como para tener que preocuparme porque estalle una guerra entre los clanes vecinos. Quiero saber cuál va a ser su postura y quiero que tengan claro que si actúan

en contra de los McGregor en un futuro sin una causa poderosa, yo no tendré más remedio que posicionarme al lado de la familia de mi futura esposa.

Malcom silbó por lo bajo.

—Eso va a caer como un jarro de agua fría, lo sabes, ¿verdad? Nadie quiere tenerte como enemigo. Maldita sea, no creo que ni siquiera lleguen a planteárselo, pero esto no los dejará nada contentos, ni tampoco a nuestro propio clan. Todavía escuecen las heridas de los antiguos enfrentamientos con los McGregor. Ahí tienes a tu primo Calum, o a Lammont. Su odio hacia los McGregor sigue siendo muy fuerte.

—Lo sé —contestó Evan con semblante serio—. Nadie quería este matrimonio y aún espero que ocurra algo que me exima de mi cumplimiento, pero no podemos obviar un mandato real, y si al final tengo que casarme y doy mi palabra, no pienso romperla, Malcom, ni dejaré que lo haga ningún miembro de mi clan. Eso no significa que ese matrimonio me ate de pies y manos. Ten por seguro que el jefe McGregor tendría que enfrentarse a mí antes que atacar a cualquiera de nuestros aliados sin que haya alguna razón para ello. Eso es lo que quiero dejar claro en esa reunión.

—De acuerdo, muchacho. Que así sea —dijo Malcom poniendo una mano sobre el hombro de Evan.

—¿A mí me llama grano en el culo y tú que eres el Laird dejas que te llame muchacho? Hermano, estás perdiendo facultades.

—Mocososo, tu madre te limpiaba el culo cuando yo ya sostenía una espada en las manos. Si digo que eres un grano en el culo es que lo eres, y a Evan le llamo muchacho porque para mí siempre lo será, pero no creo que nadie lo respete más como Laird, como guerrero y como hombre que yo, así que cierra la boca si no quieres que te la cierre yo.

Evan sonrió y Andrew, con las manos en alto, soltó una carcajada.

—Te pones muy serio cuando se te lleva la contraria, Malcom, eso es que te estás haciendo viejo.

—Muchacho del demonio —exclamó Malcom. Tenía el entrecejo fruncido pero el brillo divertido de sus ojos desmentía su expresión austera. Malcom se acercó a Andrew y antes de que este se diera cuenta, le dio un golpe en el estómago que lo dejó sin respiración—. Este viejo todavía tiene cosas que enseñarte, como que no debes fiarte de nadie —le dijo con voz más baja mientras le daba unos golpecitos en la espalda a Andrew que, doblado por la mitad, intentaba recuperarse.

—Lo he visto, pero no quería dejarte en mal lugar —dijo Andrew con voz entrecortada.

Malcom sonrió antes de salir de la habitación.

Andrew se enderezó poco a poco hasta que consiguió ponerse derecho nuevamente.

—No lo has visto venir, ¿verdad? —le preguntó Evan divertido.

—Ese viejo pega tan fuerte como la coza de un caballo —dijo Andrew apretando los dientes.

Evan salió de la estancia sin decir nada más, con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO X

Meg llevaba dos días sin poder concentrarse en lo que hacía, y eso era peligroso. Al final, después del despropósito cometido con la costura, Helen le había preguntado por fin que si sabía hacer algo y qué clase de educación le habían dado para no saber nada de costura ni de cocina.

Meg se ciñó lo máximo posible a la realidad. Las mentiras, cuanto más se distanciaban de la verdad, más difíciles eran de controlar y de recordar.

Así que le dijo que sus padres en las Lowlands habían trabajado para un barón, padre de dos hijos. El barón la tomó a ella como sirvienta de su hija, aunque sus labores se reducían prácticamente a ser su acompañante y asistirle en sus quehaceres diarios. Debido a ello, permanecía junto a ella en las clases que recibía de escritura y lectura. Así fue como aprendió ambas cosas.

A Helen aquello le pareció extraño pero lo aceptó, sobre todo porque eran de las Lowlands y ya se sabía que aquella gente no estaba bien de la cabeza. Por lo tanto, Meg le dijo que no sabía coser ni cocinar, pero podía hacer otras tareas como fregar los suelos, ayudar a la curandera del clan — pues había aprendido mucho de una curandera de las Lowlands—, leer o escribir alguna misiva para los miembros del castillo, o encargarse de adecentar las habitaciones, haciendo las camas o colocando la ropa.

Así que eso fue exactamente lo que le encomendó. Fregaba los suelos

del castillo. Doblaba la ropa y la colocaba en los aposentos, y ayudaba a Kat McAlister, la curandera del clan, cuando lo necesitaba.

Kat McAlister, baja y delgada, y con unos bonitos ojos verdes, le cayó bien desde el principio. No tenía pelos en la lengua y mostraba un carácter de mil demonios, pero le gustó nada más conocerla. Tenía un hijo de seis años, Ian, travieso, vivaz y con una imaginación desbordante. La verdad es que le recordó a sí misma cuando era pequeña. Había pasado con él bastante tiempo, dado que acompañaba a veces a su madre, como la tarde anterior cuando fue con ellas a hacer unas visitas a varios de los miembros del clan aquejados de diversos males. Uno de ellos era Herbert, un hombre ya entrado en años que tenía un pequeño resfriado. Meg intuyó que, más que resfriado, lo que Herbert quería era tener a alguien con quien hablar de todos sus achaques. Vieron también a un reticente William con un corte grande en el antebrazo fruto de una distracción durante el entrenamiento de esa mañana. Las malas lenguas decían que había pasado cuando se quedó mirando Brigitte al pasar esta por el patio delante del grupo de guerreros. Y la última a la que vieron fue a Sara, la mujer más anciana del clan, que a sus 79 años tenía una mirada penetrante y muy intuitiva. Cuando la miró, Meg tuvo la sensación de que le leyó hasta el alma. El pequeño Ian había ido con ellas ese día porque estaba castigado. La tarde anterior había estado con Alan y Connor, los nietos de David, en su día hombre de confianza del abuelo de Evan y también uno de los consejeros del

mismo. Alan tenía cinco años y Connor siete, y tampoco eran unos santos. Llevaba poco tiempo allí pero si una cosa sabía era que cuando andaban los tres juntos nada bueno podía esperarse. Si no que se lo dijeran a Henrietta, cuyas canas parecían haberse incrementado desde que pintaron a su cabra de azul hacía dos días. Cómo lo habían conseguido, era todavía un misterio.

A Meg le sorprendió la actitud de Evan McAlister cuando, ante las quejas de Henrietta, mandó llamar a su presencia a los tres niños.

Kat se apresuró a llevar a Ian a una sala contigua al salón, donde el jefe de los McAlister solía recibir a los miembros de su clan que querían exponerle algún problema. Otro rasgo que también la sorprendió, y la llevó a empezar a replantearse si verdaderamente las cosas que había escuchado de él hasta entonces tenían algún fundamento. ¿Qué hombre del que decían era el mismísimo diablo escucharía atentamente a los miembros de su clan, aun cuando esas quejas podrían ser absurdas o nimias?

Lo mismo pasó esa tarde cuando, después de echarles una reprimenda a los niños y castigarles con tener que dejar los establos relucientes durante una semana, Meg le sorprendió con una leve sonrisa en los labios. Como si la travesura de los pequeños le hubiese hecho gracia.

Así que no podía sino que empezar a pensar qué había de cierto y qué no en los testimonios oídos durante los últimos años.

Era cierto que con la espada y en la lucha, Evan era un auténtico

demonio. Ella lo había visto entrenarse con el resto de sus hombres y jamás en su vida había sido testigo de un guerrero igual. Su velocidad, su fuerza, su destreza no tenían parangón. Solo su padre o su propio hermano, que hasta la fecha eran los mejores que había visto jamás, podrían igualársele. Su capacidad de liderazgo y su elocuencia eran también grandes rasgos de los que había sido testigo. Había visto a su clan respetarle y acatar cada una de sus decisiones, y no llevados por el miedo, sino por el respeto y el afecto que le tenían.

Por eso no podía en ese momento reconciliar lo que sabía de aquel hombre que estaba conociendo desde que llegó al clan McAlister con el hombre del que había oído hablar los últimos años.

En aquel momento, mientras doblaba la ropa que después del lavado quedaba por disponer en los distintos aposentos, pensó en si se estaría ablandando con el clan McAlister.

La única verdad era que estaba mintiendo a toda aquella gente. Cuando trazó el plan, ni siquiera se lo planteó, porque no pensó en ellos como personas individuales sino como clan, como McAlister. Un clan que había odiado al suyo y a la inversa durante demasiado tiempo. Era estúpido que un apellido te definiese como persona, pero la realidad era que el clan y la lealtad hacia él estaban por encima de todo. Sin embargo, eso no le hacía más fácil su tarea ahora que empezaba a conocerlos. Helen, a pesar de aparentar de

ser una bruja, tenía su corazoncito escondido. Lo había visto en el trato con su hija y con los demás. Hablaba y gruñía, pero después siempre estaba atenta a las necesidades de sus prójimos. Incluso de ella. Como cuando llegó tarde a la comida porque había tardado más de la cuenta al fregar la planta superior y se encontró con que le había guardado un plato y lo había mantenido caliente para que comiese. Eso denotaba que había pensado en ella, y que no era ni la mitad de fiera de lo que le gustaba aparentar. Brigitte también era un cielo. Era muy inocente y dulce, y la ayudaba cuando había terminado sus quehaceres para que no se quedara atrás.

Y ahora Kat, que la había aceptado sin ningún tipo de hostilidad, solo esperando de ella diligencia y buen hacer. Incluso estaba confiando en ella para dejarle a su hijo.

Aquello la conmovió más de lo que podría haber imaginado.

Sabía por qué estaba haciendo aquello. Lo hacía por Aili, y porque le importaba el futuro y la felicidad de sus hermanos por encima de todo. Sin embargo, en los últimos días tenía que repetírselo a sí misma a menudo.

—Meg, ¿qué haces?

Meg dio un salto cuando escuchó la voz a sus espaldas.

—Te he asustado, ¿eh? —dijo Ian con una risilla por lo bajo.

Meg miró al pequeño que la observaba con toda la inocencia del mundo en sus ojos.

—Estoy terminando de doblar la ropa. ¿Y tú, diablillo? ¿Qué haces? ¿No tendrías que estar limpiando los establos como te ordenó Laird McAlister?

El niño puso cara de disgusto. La mueca que hizo consiguió arrancar una carcajada en Meg sin que pudiese evitarlo.

—Lo vamos hacer estar tarde. Alan y Connor están con su abuelo, que también les ha impuesto otras tareas como parte del castigo. No sé por qué pintar la cabra de la señora Henrietta es tan malo. Yo la veo ahora más bonita. Tiene un azul precioso —continuó Ian todo convencido—. ¿Por qué no me cuentas una de esas historias de batallas antiguas y guerreros de tierras lejanas? —preguntó luego, esperanzado.

Meg dejó la ropa que estaba arreglando y le miró con los brazos en jarras sobre sus caderas.

—Después, en cuanto acabes esta tarde con lo de los establos te prometo que te contaré una de esas historias.

La cara de decepción de Ian no pudo ser más elocuente. Sus ojos la miraron como si la pena más grande le estuviese consumiendo e incluso creyó ver cierto temblor en su labio inferior. Esos pucheritos los conocía demasiado bien. Ella le hacía lo mismo a sus hermanos. Logan era el que siempre se ablandaba antes.

—No puedo, Ian. Pero te prometo que después te contaré la historia.

—¿Y una pequeña lucha con espada? —preguntó Ian sacando del saco que llevaba a la espalda colgado dos pequeñas espadas de madera.

—Iaaaaan —dijo Meg alargando el nombre en señal de que estaba mermando su paciencia.

—Por favor, Meg. Me aburro. Mamá está con Rose, que creo que va a tener a un bebe pronto. Connor y Alan no están. Helen está demasiado ocupada para hacerme caso. Solo unos minutos, Meg, por favoooooor...

A Meg aquella súplica le llegó al corazón.

—Está bien. Pero solo unos minutos.

La sonrisa de Ian que se extendió hasta sus ojos hizo que Meg sonriera a su vez.

—¿Cuál es mi espada? —preguntó Meg con voz más grave.

Ian le guiñó un ojo.

—Esta, señor. Nos batiremos en duelo por la ofensa que ha cometido.

—¿Y puedo saber qué ofensa ha sido esa? —preguntó Meg divertida.

—Comerse los bollos de Helen, por supuesto. Eso no se hace.

Meg soltó una carcajada muy a su pesar.

—Está bien. Comencemos —dijo Meg recuperando la seriedad y tomando la espada de manos de Ian.

—Pero aquí no podemos luchar, señor. Esto es el cuarto de la lavandería. Salgamos al campo de batalla —dijo Ian arrugando la nariz como

si fuera una ofensa luchar en aquel lugar.

Meg lo pensó y la verdad era que allí podría entrar alguien. Y lo peor no era eso, sino que Ian, en su ímpetu le diera un porrazo a toda la ropa que ya llevaba doblada y tuviese después que empezar de nuevo.

—Está bien, vamos —contestó Meg muy seriamente.

Salieron ambos con paso decidido y Meg llevó a Ian hasta uno de los pasillos que daban a la parte posterior de la casa. Era poco transitado y casi nadie pasaba por allí y menos a aquella hora.

—Comencemos —dijo Meg. No había terminado de hablar cuando el pequeño blandió su espada con más fuerza de la que esperaba en un niño de su edad. La lucha estaba servida.

CAPITULO XI

—Los McDonall no estaban muy contentos con nuestra visita, pero vendrán el viernes. Por cierto, parece que ya habían hablado con los Campbell. No parece que la cosa pinte bien. Fue pronunciar el nombre de Alec, y Laird McDonall escupió en el suelo.

Andrew McAlister caminaba junto a su hermano Evan por el patio trasero en dirección a la casa, cuando le dio las novedades. Acababa de llegar y estaba algo cansado. No tanto del viaje pero sí de los improperios de Laird McDonall que harían santiguarse hasta al mismísimo diablo. Había sido difícil pero había conseguido que Laird McDonall diera su palabra de que asistiría a la reunión del próximo viernes.

—Lo importante es que...

Evan dejó lo que iba a decir. El patio trasero daba entrada a la casa por uno de los laterales. Cuando tanto Andrew como él entraron y enfilaron el largo pasillo, una imagen los dejó a los dos parados en el acto.

El pequeño Ian McAlister estaba librando una batalla a espada contra Meg, que no solo ejecutaba los movimientos con maestría y agilidad sino que enseñaba al pequeño Ian a hacerlo.

—¿Meg sabe cómo manejar una espada o me lo estoy imaginando yo? —

preguntó Andrew divertido—. Uf... ese movimiento no ha sido al azar, y le está explicando a Ian cómo debe atacar a su oponente sin quedar al descubierto. Todas esas habilidades normales en una muchacha de su edad, ¿verdad? —preguntó Andrew con su fina ironía.

Evan ni siquiera lo miró cuando le contestó.

—Si a eso le sumamos que sabe leer y escribir yo diría que es algo bastante inusual. Helen me dijo que se crió en casa de un barón mientras hacía de acompañante de su hija y que por eso la chiquilla tiene esas cualidades.

Andrew alzó una ceja antes de hablar.

—¿Y sabemos qué barón es? Deberíamos preguntar. No creo que existan muchos hombres como ese.

Evan le miró un segundo antes de contestar.

—También dice que tiene conocimientos para la sanación. Esta ayudando a Kate.

—¿Y no temes que mate a nadie? Si ayudando en la cocina estuvo a punto de aniquilar al clan y le dio una muerte poco digna a tu camisa, no sé qué será capaz de hacer con un enfermo. Seguramente lo rematará, pero con dolor.

Evan no quería darle la razón pero también era lo primero que él había pensado.

—Helen me ha dicho que Kate está contenta y que en este caso sí sabe lo

que hace. De todas formas, hay algo que no cuadra en ella.

—Muy bien, hermano. Debes enterarte de qué es —le dijo Andrew mientras le ponía una mano a Evan en el hombro—. Debes hacer lo que haga falta para llegar a la verdad.

A Evan no se le escapó el doble sentido que tenía las palabras de Andrew. Si a eso se le unía su sonrisa socarrona y su ceja ligeramente alzada, no había duda de a dónde quería

llegar. Maldito fuera el día que le pilló besando a Meg... Sabía que su hermano tenía tema de diversión para rato.

Ian y Meg seguían luchando sin darse cuenta que ellos estaban siendo testigos de la escena. Meg rió cuando Ian le dijo: «¡Muere, cobarde!», con tono amenazador, mientras intentaba darle con la espada en la pierna. Meg hizo un requiebro para esquivarla, y en ese mismo instante Evan sintió que se le contraía el estómago como si le hubiesen dejado sin aire. Incluso Andrew siseó de manera bastante sonora.

El movimiento de Meg para evitar la espada de Ian hizo que el pañuelo que llevaba en la cabeza se desprendiera y cayera al suelo, dejando al descubierto su cabello.

Evan jamás había contemplado un cabello igual.

Largo hasta la cintura y ondulado, era como el color del bronce. Pero eso era demasiado vulgar para describirlo. La luz que entraba desde una de las

ventanas arrancaba destellos de oro que veteaba su abundante cabellera. Esta se movía al compás de sus movimientos como si fuese un mantón dorado.

Si era hermosa de por sí, con esos enormes ojos color miel, el conjunto en ese momento lo dejó sin habla.

En ese momento, Meg giró y los vio allí de pie a los dos observando cómo ella e Ian jugaban con las espadas. Eso la distrajo lo suficiente como para que Ian, que no era consciente de la compañía, le diera con la espada en el estómago y la hiciera doblarse en dos de dolor.

—Lo siento, lo siento, Meg. ¿Te duele mucho?

Meg le dijo que no con la cabeza mientras intentaba disimular. El estómago le dolía a rabiar y se había quedado sin aire. El pequeño Ian era más fuerte de lo que había pensado.

En ese instante sintió dos manos sobre su cuerpo. Una en la espalda y otra cogiéndola del brazo. Sabía que era Evan McAlister sin necesidad de mirar, porque a pesar de dolor, el contacto de esas manos la hizo temblar.

—Meg, ¿estás bien? No he querido hacerte daño.

El pequeño estaba preocupado por ella, su inquietud era palpable. Cuando Meg recuperó algo de aire, le contestó como pudo.

—Estoy bien, Ian, no te preocupes. Sé que ha sido sin querer. La culpa ha sido mía. Me he distraído y tú eres un gran guerrero. Has ganado —le dijo Meg mientras esbozaba una sonrisa.

Ian no parecía muy conforme todavía. La expresión tensa de su rostro denotaba que no sabía muy bien si creer lo que le había dicho o no.

—Vamos, Ian, nos acercaremos a la cocina a ver si Helen ha hecho sus famosas galletas. No creo que le importe que le cojamos unas cuantas. Dejemos que Meg se recupere del todo —dijo Andrew cogiendo al niño como si fuera un saco y echándoselo al hombro.

La risa infantil que resonó en la estancia la convenció de que el niño ya había olvidado lo que había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Evan con un tono de voz duro. Más de lo que había sido su intención. Maldita sea, no quería ser tan brusco, pero su cercanía, el leve olor a flores que impregnaba su pelo y la textura sedosa de esos rizos que se enredaron en sus dedos cuando la tocó para comprobar que estaba bien le habían afectado.

El deseo se había apoderado de él, y le costó lo indecible mantenerlo a raya.

Meg se irguió hasta incorporarse del todo. Todavía le dolía el estómago pero por lo menos ya podía respirar. Se volvió para mirar a Laird McAlister que seguía a su lado, sosteniéndola. Había estado evitando quedarse a solas con él desde el beso. Aquel beso que la había dejado totalmente desconcertada. Nada la había preparado para aquello y ahora, al estar tan cerca de él y reconocer en sus ojos el mismo anhelo salvaje que el día que la

besó, dio un paso hacia atrás de forma inconsciente.

—Estoy bien, Laird McAlister. Eso me pasa por jugar a las espadas con Ian. Tiene mucha fuerza y es bastante hábil para su corta edad —dijo Meg con una sonrisa, intentando poner algo de distancia entre ambos.

Una cosa era lo que quería y otra lo que hizo. Porque aunque su cabeza le decía que debía alejarse de allí lo más rápido posible, su cuerpo permaneció inmóvil, anhelante del contacto del hombre que seguía sujetándola, provocando que toda su templanza se fuera volando de la mano de su prudencia.

Evan la soltó, solo después de que recurrir a su fuerza de voluntad y a su buen juicio.

—Helen me ha dicho que te estás adaptando bien.

Meg esbozó una pequeña sonrisa que hizo que él deseara besarla hasta que un gemido de placer saliera de ellos.

—Sí, por fin estoy haciendo algo que sé hacer, aunque sinceramente no sé cómo dio su permiso para que fuera con Kate a ver a los enfermos. Creía que no confiaba en absoluto en que pudiera tener algún tipo de habilidad.

Evan sonrió, y Meg pensó que era el hombre más apuesto que había visto jamás. Debía ser pecado tener la apariencia y el cuerpo de ese hombre.

—Y no la tenía, pero Helen y Kate me convencieron. Kate me dijo que no iba a dejar que te acercaras a ningún enfermo hasta que no estuviese segura

de que no serías la próxima plaga de Escocia.

Meg se rió con ganas, y un pequeño hoyuelo adornó su mejilla derecha.

—Una mujer que sabe escribir y leer, que puede ver una herida o a un enfermo sin que se inmude y que además tiene conocimientos básicos en el manejo de una espada. Sin embargo no sabe nada de otros quehaceres comunes entre las mujeres. Eres un misterio, Meg McDuff —dijo Evan a la vez que le apartaba un mechón de pelo de la cara colocándoselo con cuidado detrás del hombro. Al hacerlo le rozó la mejilla con los dedos. Su piel era tan suave al tacto que demoró el contacto más de lo debido.

Meg intentó ocultar la inquietud que le habían provocado sus palabras, y se guardó de mostrar algún tipo de reacción al escrutinio al que la estaba sometiendo Evan con su mirada. Era como si intentara leer en ella algún signo de contradicción o mentira. Sin embargo, la dulzura con la que le retiró el pelo, y le tocó la cara redujo toda su cautela a la nada. En ese momento no veía a Evan McAlister, el enemigo de su clan, sino a un hombre capaz de hacerla perder la cordura.

Cuando retiró la mano de su mejilla casi gritó por la sensación de pérdida que aquello le provocó. No tenía sentido pero cuando la tocaba, sentía que era capaz de cualquier cosa.

—Reconozco que mi niñez y mi educación no han sido las habituales —dijo Meg intentando volver a la conversación y olvidar lo que Evan la hacía

sentir—. Las circunstancias a mi entender me han hecho afortunada. El leer y escribir debería ser algo habitual y no una extraña rareza —continuó Meg con firmeza mirando a Evan.

Este calló por unos instantes que a Meg se le hicieron eternos. Su mirada penetrante la mantuvo inmóvil hasta que desvió la vista y pasó por su lado para irse, pero no sin inclinarse un poco sobre ella y decirle al oído:

—Estoy de acuerdo contigo, Meg.

Ella se quedó allí quieta mientras el Laird se marchaba.

¿Evan McAlister le había dicho que estaba de acuerdo con ella? Aquello sí que la desconcertó, tanto que no pudo contestar como debía al mandato que Laird McAlister le dijo antes de doblar la esquina y desaparecer.

—Y no vuelvas a ponerte ese pañuelo en la cabeza, Meg McDuff. Es una orden de tu Laird.

Meg estuvo a punto de responder que haría lo que ella quisiera, pero se mordió la lengua a tiempo. No había que ser avariciosa. Ya había obtenido una pequeña victoria. El demonio de Escocia le había dado la razón.

CAPITULO XII

Meg estaba ese día cansada. Y eso era raro, ya que su padre siempre le decía que era un torbellino. Nunca estaba quieta. Sin embargo, después de pasar toda la noche en pie, ayudando a Kate a traer al mundo al bebé de Rose y Greg McAlister, el día se le estaba haciendo eterno. Solo había dormido un par de horas cuando tuvo que levantarse de nuevo. Quizás hubiese sido la tensión vivida en el parto, ya que el pequeño se había resistido a salir y durante unas horas, Kate temió que se complicara y la vida de Rose y el pequeño pudiesen peligrar. La cuestión era que aunque se había acostado nada más llegar después de la agotadora noche, se sumió en un estado de duermevela que le impidió descansar. Después de dos horas de dar vueltas en la cama, decidió levantarse y empezar con sus quehaceres diarios, a pesar de que su cuerpo exigía descanso a gritos

Había ayudado a Brigitte con la ropa y después había fregado los suelos de la cocina y el salón.

Esa tarde Helen se la dio libre y ella, en vez de irse a su habitación y descansar un rato, salió del castillo, cruzó las casas de los miembros del clan y se encaminó al campo que había detrás de una pequeña montaña visible desde el castillo.

El campo lleno de plantas estaba cerca del lago, y Meg pensó que podía recoger alguna de las hierbas necesarias para la realización de diversos remedios para la tos, el dolor y el mal de estómago.

Un trueno sonó a lo lejos. Meg miró al horizonte. Las nubes que se veían al fondo presagiaban lluvia, y en grandes cantidades. Debía darse prisa para que la tormenta no la cogiera por el camino.

Estaba recogiendo las últimas plantas cuando el grito de un niño le llegó, transportado por el viento. Era lejano, pero lo suficientemente claro como para escucharlo. En la voz del niño pudo percibir el pánico. Una sensación de angustia se instaló en su pecho cuando creyó reconocerlo: habría jurado que era Ian.

Soltó las plantas que llevaba recogidas hasta entonces y salió corriendo en la dirección de la que parecía provenir el grito.

Cuando llegó cerca del lago, sintió que algo se paralizaba en su interior. En mitad del lago, en aquella época del año, en la que sus aguas estaban tan frías que podías congelarte en minutos, estaba una pequeña barca que se había dado la vuelta, y a la que dos niños intentaban agarrarse a fin de no ser tragados por sus aguas.

No se dio cuenta de que ninguno de ellos era Ian hasta que vio a este cerca de la orilla.

Se dirigió a él con presteza. Cuando Ian la vio, corrió hacia ella

tirándose a sus brazos.

Meg le abrazó mientras se cercioraba de que estaba bien.

—¿Qué ha pasado?—preguntó mientras se acercaba con él al borde del lago.

El niño la miró con miedo en los ojos.

—Connor y Alan han cogido la pequeña barca de su abuelo. Yo no quería ir con ellos porque me mareo —confesó Ian con reticencia—. Cuando estaban muy lejos de la orilla, el agua empezó a entrar en la barca. Han intentado volver. Después no sé qué pasó pero la barca dio la vuelta y ellos se cogieron para no caerse.

Meg miró a los niños. La barca cada vez estaba más hundida. Estaba claro que no podía con el peso de los dos.

—Ian, ve al castillo corriendo y pide ayuda. Corre —dijo Meg mientras comenzaba a quitarse el vestido y los zapatos.

Confiaba en que Ian volviese pronto con ayuda, pero la única verdad era que los chicos no aguantarían mucho más tiempo en la situación en la que se encontraban. La barca apenas se veía.

Cuando se metió en el agua y empezó a nadar, fue como si cien cuchillos se le clavaran por el cuerpo una y otra vez. Sintió que se quedaba casi sin respiración. El agua estaba helada, y eso le hizo redoblar sus esfuerzos. Nadó con más ahínco, más rápido, sin pensar en nada más porque sabía que si no lo

hacía Connor y Alan estarían perdidos.

Tardó lo que le pareció una eternidad en llegar hasta donde ellos se encontraban. Cogió a Alan, que era el más pequeño, y después de prometer a Connor que volvería a por él, empezó a nadar hacia la orilla. Alan tenía los labios casi azules y Meg lo sentía temblar. No le extrañaba, porque ella misma estaba sufriendo ya serias dificultades para mantener el ritmo. Nadaba cada vez más lenta y el frío parecía haberse adueñado de sus huesos hasta dejarla prácticamente paralizada. Sin saber cómo, llegó hasta la orilla y dejó a Alan sobre la tierra. Estaba muy pálido y con los labios morados. No paraba de temblar pero lo más importante era que estaba vivo.

Corrió de nuevo hacia la orilla y volvió a sumergirse en sus aguas, sin pensar que quizás ese viaje solo fuese de ida, sin posibilidad de retorno.

Evan acababa de hablar con Malcolm sobre el entrenamiento del día siguiente. Cuando salía de los establos con su montura, el pequeño Ian llegó hasta él con la cara descompuesta.

Evan se agachó hasta ponerse a su altura y lo cogió por los hombros.

—¿Qué pasa, Ian? Preguntó mirando los ojos del crío en los que se podía ver reflejado el miedo.

—Meg me dijo que corriera a pedir ayuda. Connor y Alan están en el lago. La barca ha dado la vuelta y

Evan no esperó a escuchar más. Saltó a su montura y salió a galope. El

temor de lo que podía encontrar hizo eco en su interior. Se le hicieron eternos los minutos en que tardó en llegar, y cuando lo hizo la escena que vio lo dejó helado.

Alan estaba tirado en el suelo, mojado con los labios azulados y tiritando.

Cuando se acercó a él, el muchacho lo miró con los ojos como platos.

—¿Dónde está Connor? —preguntó con premura.

—Sigue en el lago. Meg nadó hasta la barca y me sacó a mí y luego ha vuelto a meterse en el agua para ayudar a Connor.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Esas aguas estaban heladas.

Miró hacia el lago y en el centro vio la pequeña barca y a Connor intentando seguir sujeta a ella. Era más que visible que las fuerzas del muchacho mermaban a cada segundo que pasaba. Y entonces vio a Meg. Nadando hacia Connor con esfuerzo. Era una distancia considerable. Se quitó las botas y saltó al agua. Sería un milagro si Meg conseguía llegar de nuevo hasta su objetivo. Ya de por sí era toda una hazaña haber nadado esa distancia ya una vez, con esas temperaturas, para sacar a Alan.

Se tiró al agua. Estaba helada y a pesar de estar él acostumbrado, sintió el helor en los huesos. Siguió nadando hasta que llegó a la barca. Meg ya estaba allí con Connor.

Maldijo por lo bajo cuando los vio a ambos. Connor estaba blanquecino y sus labios azulados. Meg no estaba mucho mejor. El alivio que vio en los ojos de Meg al verle lo conmovió.

—Vamos —dijo Evan cogiendo a Connor e intentando hacer lo mismo con Meg.

—No nos puedes llevar a los dos —dijo Meg cuando vio las intenciones de Evan.

—No discutas y cógete a mí —le contestó Evan duramente.

Meg le miró negando con la cabeza.

—Puedo nadar, iré detrás de vosotros y si tengo algún problema prometo decírtelo. Iremos más rápidos así, y Connor no está bien, lleva mucho en el agua —dijo Meg temblándole todo el cuerpo.

Evan apretó los dientes mientras miraba a aquella mujer, cabezota e increíblemente valiente.

—No te despegues de mí —le dijo Evan mientras ya empezaba a nadar arrastrando a Connor con él.

Meg le siguió como pudo. Le costaba más que la vida misma dar una brazada más. Los niños no habían estado sumergidos en el agua totalmente. Prácticamente habían tenido más de medio cuerpo fuera cogidos a la barca. Se podrían bien, de eso estaba segura.

La alegría que sintió al ver a Evan llegar la invadió por completo. No

había tardado nada en llegar hasta ellos, fueron minutos, aunque a Meg se le antojaran horas.

Ahora que iba detrás de él, le veía nadar sin esfuerzo, como si el agua fuese su elemento natural, llevando a Connor con facilidad.

En ese momento, Meg sintió un dolor intenso en la pierna. Un calambre que la dejó casi inmovilizada. Vio a Evan mirar hacia atrás para ver si ella le seguía.

—Estoy bien —le gritó para que siguiera con Connor a toda prisa. El niño necesitaba salir del agua ya.

Meg sintió que el dolor intenso y constante la dejaba a merced de las frías aguas porque aunque quiso seguir con todas sus fuerzas, empezó a hundirse sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Jamás pensó que su final sería aquel, y eso fue lo último que pasó por su mente antes de que la oscuridad la engullera por completo.

CAPITULO XIII

Evan sacó a Connor del agua y lo dejó junto a Alan, que seguía temblando. Cuando giró la cabeza hacia el lago y no vio a Meg sintió que el miedo le atenazaba las entrañas.

Se tiró al agua, rogando llegar a tiempo. Nadó hacia el lugar donde la había visto la última vez. Los segundos parecían hacerse eternos. Se hundió en el agua y giró sobre sí mismo, intentando ver algo que delatara dónde estaba Meg. Los pulmones parecían a punto de estallarle, así que, en contra de su voluntad, salió a la superficie, inspiró aire y volvió a sumergirse, negándose a creer que no pudiese salvarla.

Finalmente logró distinguir un destello dorado a su izquierda y nadó con todas sus fuerzas hasta allí. Profundizó un poco más, escrutando las aguas como si le fuera su propia vida en ello. Algo le rozó la mano. Se aferró a ello con los dedos y comprendió que era un mechón de pelo. Tiró de él mientras se hundía más en el lago hasta que tocó el cuerpo inerte de Meg. La cogió entre sus brazos y ascendió con ella hasta la superficie. Cuando salió y comprobó que no respiraba, un grito de rabia salió de su garganta mientras abrazaba su cuerpo como si así pudiese devolverle la vida. Un pequeño temblor proveniente de su cuerpo hizo que Evan se separara de ella lo suficiente como

para verle la cara. Un leve aleteo en las pestañas hizo que el corazón le diera un vuelco. Cuando Meg empezó a toser de forma continua, expulsando el agua que parecía haber tragado, Evan la sujetó con más fuerza.

—Tranquila, pequeña... sigue respirando, ya casi hemos llegado —le susurró, intentando que Meg siguiera luchando. Estaban muy cerca de la orilla.

Allí distinguió a Malcolm. No había rastro de los niños.

Cuando pudo hacer pie, Evan cogió en brazos a Meg y salió del agua. Malcolm, que le esperaba en la orilla, la tapó con una manta.

—Debemos llevarla cuanto antes al castillo y darle calor —dijo Evan entre dientes mientras cogía su montura y conminaba a Malcolm a que le diera a Meg para acomodarla entre sus brazos.

La mirada de Malcolm delataba su preocupación..

— Ian nos avisó. Andrew y Colin se han llevado a los niños. Están bien después de todo.

Evan asistió mientras espoleaba su montura. Solo pensaba en una cosa y era en ver a Meg bien de nuevo.

Cuando llegó al castillo, bajó de la montura con Meg en brazos, con sumo cuidado. Escuchó llegar a Malcolm segundos después.

A pesar de expulsar el agua de su cuerpo, Meg no estaba consciente del todo. Entró con ella en el salón cuando Andrew y Helen salieron a su

encuentro.

No dijeron una palabra. Evan pudo observar la mirada preocupada de Helen y la seriedad en el rostro de su hermano.

En vez de llevarla al cuarto de Meg, subió las escaleras hasta la primera planta. Entró en su habitación y la depositó en la cama.

—Andrew, ve a ver a los niños y dime después cómo están —le dijo a su hermano mientras él también empezaba a sentir los estragos que la ropa húmeda sobre su cuerpo provocaba.

Andrew asintió con seriedad mientras salía de la habitación. Ya solo estaba Helen con él.

—Helen, dame una de mis camisas. Rápido. Y trae más mantas —le dijo mientras empezaba a desnudar a Meg. No había mucho que quitar, ya que al tirarse al agua Meg solo se había dejado la camisola puesta. Había sido inteligente. Si en su intento por salvar a los niños se hubiese tirado con la ropa puesta, esta al mojarse, hubiese pesado tanto que la habría arrastrado hacia el fondo.

Helen no dijo nada cuando Evan le quitó a Meg la ropa mojada. La prenda mojada, pegada al cuerpo de Meg, no dejaba nada a la imaginación; poca diferencia había con su total desnudez. Cerró la puerta antes de volver junto a ellos. Aquel no era momento para remilgos.

Evan actuó con diligencia, como si el cuerpo desnudo de Meg no le

afectara hasta la médula. Lo importante en aquel momento era quitarle aquella ropa, ponerle algo seco y darle calor. Helen le ayudó a ponerle una de sus camisas y a tajarla con dos mantas.

Evan se retiró un poco, lo justo para quitarse su camisa mojada y secarse. Helen se volvió de espaldas mientras se cambiaba del todo.

En menos de dos minutos estaba nuevamente al lado de la cama.

—Le he traído también una de sus camisas —le dijo Helen extrañada de que no se hubiese cubierto el torso, mientras miraba la que Laird McAlister había dejado a los pies de la cama.

Evan se acostó junto a Meg y la atrajo hacia sus brazos, acunándola entre ellos y posando la mejilla de Meg sobre su pecho.

—Así le daré calor —dijo Evan, más tranquilo cuando vio que Meg recobraba algo de color en las mejillas

Helen conocía a Evan de toda la vida. No en vano lo había visto nacer a él y a sus dos hermanos. Desde pequeño había sido un niño disciplinado, con carácter, pero justo y noble. No había un Laird en toda Escocia del que su clan pudiese estar más orgulloso. Como en ese instante, cuando vio la preocupación en sus ojos y sus intentos casi desesperados de que Meg estuviese lo mejor atendida posible.

Meg sentía frío, tanto que pensó que se le helarían los huesos. Incluso más que aquella vez en la que su hermano Logan la convenció de salir a cazar

y les cogió una nevada. Llegaron a casa medio congelados.

En ese momento le costaba abrir los ojos. Era como si sus párpados estuvieran cosidos.

Así que cuando empezó a sentir calor quiso llorar por el alivio tan inmenso que aquello le proporcionó.

Poco a poco, ese calor fue extendiéndose por su cuerpo hasta que sintió que podía mover sus extremidades. Parpadeó con cuidado y finalmente logró abrir los ojos.

Enfocó su mirada al frente y vio a Helen, sentada en una silla frente a ella, en un cuarto que no era el suyo y en una cama que....

Entonces se dio cuenta. No estaba sola. Estaba apoyada en alguien. Su cara reposaba en un pecho duro y definido que le proporcionaba el calor suficiente como para entibiar su cuerpo. Unos brazos la estaban estrechando, reconfortándola, dándole una seguridad y una calma que no sentía en mucho tiempo.

—Bienvenida. Ya era hora. Pensábamos que nunca ibas a salir de tu letargo.

Esa voz...

Evan notó cuando Meg tuvo conciencia de la situación en la que se encontraba y que él la estaba abrazando. Se tensó en sus brazos antes de levantar la cara y mirarle a los ojos.

¡Qué hermosa estaba! A pesar de casi haberse ahogado, no podía estar más preciosa.

Sus enormes ojos adquirieron su habitual vitalidad al ruborizarse sus mejillas.

Su pelo, esa cabellera abundante, sedosa y ondulada que le caía por la espalda, enmarcaba su cara, atrayendo la mirada de cualquier ser humano capaz de sentir.

Sus curvas habían encajado con su cuerpo como si estuviese hecha para él. A pesar de estar allí con Helen como testigo, había tenido que recurrir a todo su autocontrol para mantener su deseo a raya. Había sido lo más difícil que había hecho en su vida.

—Ahora que está despierta, bajaré a hacer un caldo. Algo que te caliente las tripas —dijo Helen haciendo que Meg desviara la mirada de él y la centrara en la anciana. Intentó desentenderse de sus brazos, pero él no se lo permitió. Tuvo que reprimir una sonrisa cuando ella volvió a mirarlo con un brillo de enojo en los ojos. Estaba seguro que si hubiese podido lo habría matado en ese momento, y eso lo complació más que nada. El hecho de que Meg fuese tan transparente, que le hiciese frente, que le desafiase, que expresara lo que pensaba a pesar de no ser lo que él quisiese escuchar... eso lo volvía loco.

—Creo que es muy buena idea, Helen —dijo Evan, mientras la soltaba

por fin, se levantaba de la cama y se ponía la camisa que un rato antes había dejado a los pies del lecho.

—Me alegro mucho que estés bien, muchacha. Menudo susto nos has dado, pero estamos todos muy agradecidos por lo que has hecho. Has sido muy valiente. Gracias a ti, Alan y Connor siguen con nosotros.

Helen le dio una palmadita en el brazo antes de volverse y encaminarse hasta la puerta.

—Yo me quedaré con ella hasta que regreses —dijo Evan sentándose en la silla que momentos antes había ocupado Helen. Tenía que hablar con Meg sobre lo que había pasado aquella tarde y estaba seguro que lo que iba a decirle no iba a gustarle.

En absoluto.

CAPÍTULO XIV

—Te dije cuando nos vimos la primera vez que no me mintieses si lo que querías era permanecer en este clan.

Evan la miró con gesto serio, que al igual que sus palabras, destilaban solo un pequeño porcentaje de su enfado. El mismo enfado que se había abierto paso tras la preocupación cuando comprendió que ella se pondría bien. Cuando repasaba mentalmente lo que había pasado aquella tarde y cómo podía haber acabado todo, el autocontrol del que siempre gozaba se hacía añicos.

Meg tragó saliva antes de contestar. ¿De qué estaba hablando?

—¿En qué le he mentado?

Evan, sentado en la silla que había frente a la cabecera de la cama, inclinó el torso hacia delante quedando más cerca de ella. Tanto que Meg pudo comprobar las vetas de distintos verdes que decoraban sus iris.

—Te dije que podía contigo y con Colin, y no me hiciste caso. Te pregunté si podías nadar y me dijiste que sí. Te pregunté si estabas bien y me dijiste que sí, y solo unos segundos después ya no estabas. Estabas ahogándote —dijo Evan con un tono tan duro que no le cupo duda a Meg de su estado de ánimo. Enfadado era quedarse corto.

—Además de no confiar en la palabra de tu Laird, me mentiste repetidas

veces. ¿Por qué? —preguntó Evan conteniendo la furia que le carcomía por dentro.

Meg le miró a los ojos. Era increíble que le estuviese recriminando que no le hiciese caso en un momento como ese. Al fin y al cabo todo había salido bien, y los niños al parecer estaban a salvo.

Meg le miró a los ojos, intentando responder con total sinceridad.

—Porque en ese momento pensé que no podría con los dos. Connor, a pesar de su edad, es un muchacho fornido y el agua estaba muy fría. Le dije que podía seguirle porque en ese momento creí que podría hacerlo, y aunque ese no hubiese sido el caso, le habría dicho lo mismo porque Connor necesitaba salir del agua con prontitud y yo le hubiese retrasado. En ese momento, Connor era lo importante. La vida de ese niño estaba por encima de todo lo demás.

—¿Incluso de tu vida? —preguntó Evan

—Por supuesto —contestó Meg con un tono de voz calmado pero lleno de determinación—. Si quiere que deje este clan por haber seguido mis instintos, por haber hecho lo que mi conciencia me dictaba, entonces lo haré.

Evan endureció la mandíbula al escuchar sus palabras.

—Decidiste no confiar en mí. Podía llevaros a los dos. De eso no te quepa duda. Estuviste a punto de morir por no hacer lo que te dije que hicieras. Maldita sea, ¿no te das cuenta de que podías haber muerto? —dijo

Evan entre dientes—. Eres la mujer más cabezota, irritante y rebelde que he conocido en toda mi vida —continuó con el tono de voz más alto—. Lo que has hecho hoy es una temeridad. Te lanzaste al agua a por Adam y Colin y tu coraje y tu fortaleza son de elogiar, pero cuando llegué, ya no estabas en condiciones de seguir y lo sabes. Podías haber muerto, y todo por tu cabezonería, tu orgullo o tu poca confianza en mí. Que no vuelva a repetirse, ¿me has entendido?

Meg no sabía que era lo que la enfurecía más, si que valorase lo que había hecho para después tacharla de imprudente, cabezota y orgullosa, o que se creyera que podía ordenarle que confiara en él. Era cierto que los miembros de un clan siempre confiaban en su jefe, incluso con su propia vida, pero ella no era una McAlister, maldita sea, era una McGregor y aún así, si hubiese sido una McAlister, habría hecho lo mismo.

—Siento que tengas ese concepto de mí a pesar de alabar mi valor, pero tú no decides sobre mi vida sino yo, y si yo decidí correr ese riesgo era solo decisión mía.

Evan endureció sus facciones hasta un límite que Meg pensó que podría empezar a echar humo por las orejas.

—En eso te equivocas, Meg. Eres responsabilidad mía como el resto de este clan. Algunas decisiones llevan aparejadas consecuencias que ni si quiera puedes imaginar.

Meg creyó ver por unos segundos en los ojos de Evan McAlister un destello de dolor. Y no un dolor cualquiera, sino uno de los que te marcan para toda la vida. Su corazón se conmovió por lo que vio en ellos. Desesperación, angustia.

Cuando volvió a hablar, todas esas emociones ya habían desaparecido de su mirada, como si unos momentos antes no hubiesen existido.

—¿Y por qué tienes que sufrir tú siempre las consecuencias de esas decisiones? —preguntó Meg mucho más calmada y escrutando ahora su mirada—. Aunque seas el jefe del clan es una carga demasiado pesada para que la lleve un solo hombre. Y algunas decisiones solo le compete tomarlas a la persona a la que le incumbe. No llego a entenderte, Laird McAlister.

Meg vio por primera vez en los ojos de Evan la duda. Era como si por unos segundos estuviera debatiendo interiormente si contarle algo o no.

Al final, después de lo que a Meg le pareció una eternidad, Evan habló con un tono de voz duro e inflexible.

—No pretendo que lo entiendas.

Meg vio cómo Evan endureció su mirada. Parecía haberse alejado de allí, de ella. Como si un muro alto y grueso se hubiese interpuesto de repente entre ellos.

—Inténtalo, por favor —rogó Meg.

En esos momentos no se acordaba que ella era Meg McGregor y él Evan

McAlister. En ese momento lo único que sabía era que le importaba lo que había visto momentos antes en los ojos de Evan. Que le importaba ese hombre y que quería entenderlo.

Evan paseó la mirada por la habitación mientras parecía decidir algo. Cuando volvió a posar sus ojos en ella, volvió a ver en su interior un atisbo de ese dolor. Cuando empezó a hablar, Meg apretó la manta entre sus manos como si supiera que lo que iba a escuchar sería desgarrador.

—Un día nos avisaron del clan Campbell. Algunos de los miembros del clan habían enfermado, dos estaban graves. Nos pidieron ayuda. Su curandera era una de las enfermas. Por aquel entonces, Edwina era la curandera de nuestro clan y Kate su ayudante, y aunque esta ya estaba más que preparada, Edwina, que tenía veinte años más que ella, la superaba en experiencia. Le pregunté a ella si estaba dispuesta a ir. El clan Campbell siempre ha sido aliado nuestro y el hecho de que nos pidieran ayuda denotaba que la situación no era buena. Antes de que Edwina dijera nada, ya sabía su respuesta. Esa mujer era casi tan testaruda como tú, y amaba lo que hacía por encima de todo. Le gustaba ayudar a los demás.

Meg comprobó cómo la mirada de Evan se suavizaba al hablar de Edwina. Era más que obvio que sentía afecto por la mujer.

—Así que partió con dos de mis hombres que regresaron un día después y con noticias preocupantes. Unas fiebres se habían extendido entre los

habitantes del clan Campbell y para cuando llegó Edwina, la enfermedad ya se había cobrado una vida. Al cabo de una semana habían muerto cuatro. A través de un mensajero del clan Campbell, teníamos noticias de lo que iba ocurriendo. Noticias que se fueron espaciando cada vez más. Edwina pensaba que era peligroso para nuestro clan que tuviéramos contacto con alguien de los Campbell. A la semana recibimos un mensaje en el que Edwina nos comunicaba que había enfermado pero que era su deseo permanecer allí y que no debíamos acercarnos. Respeté su decisión por el bien de mi clan. Sin embargo, uno de mis hombres, desoyendo mis órdenes, llevó a su mujer, que era la hija de Edwina a verla. Me enteré demasiado tarde, cuando ya no podía detenerles.

Meg vio cómo Evan tragaba saliva antes de seguir con su historia. Entendía que él no quisiese que nadie fuera allí, y que Edwina no quisiese regresar. Sabía que si habían enfermado tantos en tan poco tiempo, no podía ser casualidad. Era contagioso, sin lugar a dudas y Edwina lo sabía, y Evan también. Pero también podía entender la necesidad dolorosa de querer estar al lado de un ser querido cuando este está enfermo y más si es una madre.

—Al cabo de unos días mi hombre de confianza y la hija de Edwina volvieron con la noticia de que esta había muerto. Al poco tiempo de volver, ellos dos enfermaron también. Ambos murieron al cabo de tres días. Tras dos semanas, quince miembros de este clan también perecieron.

Meg, de manera instintiva alargó su mano y tocó el brazo de Evan como si así pudiese mitigar en parte esos recuerdos.

—Tú no tuviste la culpa —dijo Meg con convicción.

Evan negó con la cabeza antes de contestar.

—Sí la tuve, Meg. Tenía que haber previsto lo que podía pasar. Si lo hubiese hecho quizás no tendría que vivir con sus muertes sobre mi conciencia.

—Tú no podías saber que tu hombre de confianza, el esposo de la hija de Edwina, llevaría a su esposa hasta allí desoyendo tu orden.

Meg apretó aún más su mano sobre su antebrazo. Sintió los músculos de Evan tensarse bajo su contacto. Levantó la vista y le miró a los ojos. Unos ojos que la miraban torturados por el dolor.

—Debería haberlo sabido. Ese hombre era de mi confianza, nos habíamos criado prácticamente juntos. Le conocía y sabía lo testarudo que era. Debía haberlo vigilado y haber dado orden de que no saliera de estas tierras. Cuando discutí con él sobre este asunto, pensé que lo había comprendido, y no tomé ninguna de esas medidas. Aaron era inteligente. Lo suficiente para convencerme de que sería consciente de la gravedad que supondría exponerse a esas fiebres. Habían muerto varios Campbell y las fiebres parecían extenderse demasiado rápido como para no temer por el resultado. Edwina lo sabía. Ella misma me lo dio en el mensaje que me envió. Me dijo que haría

todo lo posible por ellos pero que no debíamos tener contacto hasta que no pasase más tiempo.

Quise creer que Aaron lo había entendido y que acataría mi orden, pero la verdad es que debería haber sabido que no lo haría. Por Edna, su mujer, hubiese vendido hasta su alma.

Meg miró a Evan que endureció su mandíbula y su mirada antes de posarla en ella.

—Si no hubiese desoído mi orden quizás aún estarían vivos, Meg.

El tono lacerante con el que pronunció esas últimas palabras le encogió el corazón. Esa mirada torturada que intentaba ocultar bajo la dureza de sus palabras, conmovió a Meg, mucho más de lo que hubiese imaginado jamás.

—Quizás tengas razón pero ¿no has pensado que aunque ellos no hubiesen ido, el desenlace podía haber sido el mismo? Si esas fiebres eran tan contagiosas, cualquiera de los mensajeros podía haber traído la enfermedad consigo. Nadie sabe por qué algunos enferman y otros no. Ni por qué esas fiebres parecen viajar de un clan a otro. Es algo que no podías controlar.

—Eso lo sé demasiado bien, Meg —dijo Evan entre dientes—. Por eso ni siquiera me cuestioné el no ir cuando solicitaron la ayuda de Edwina. Pero Aaron debería haberme hecho caso, debería haber acatado mi orden y quizás seguiría vivo. Él, su mujer y quince miembros más de este clan que enfermaron después de que ellos muriesen.

Meg sintió que sus ojos se humedecían. Sintió la pena emanar de lo más hondo de su corazón. Por esa familia que terminó de aquella forma tan trágica. Por todos los miembros de ese clan que murieron por aquella enfermedad.

—Tú no tuviste la culpa —volvió a decirle Meg con convicción.

Evan la miró. Por unos segundos, Meg creyó ver en sus ojos cierta vulnerabilidad. Después su rostro se volvió pétreo, como su mirada, antes de levantarse y decir una frase que la dejó sin palabras.

—Eso me digo yo cada vez que voy a la tumba de mi hermano y de su mujer, que estaba embarazada. Intento convencerme a mí mismo cada vez que recuerdo a Kerr, muriendo entre mis brazos sin que yo pudiese hacer nada, y viéndole sufrir agónicamente, no por su propio destino, sino por ser consciente horas antes de que su mujer y su hijo nonato ya habían exhalado su último aliento. Y, ¿sabes una cosa, Meg? El hecho de pensar que puede que no tenga la culpa no ayuda.

Evan se dio la vuelta y abandonó la habitación, dejando a Meg con un nudo en la garganta y un dolor sordo atravesándole el pecho. Había tanta rabia y dolor en la mirada, en las palabras de Evan, que estaba segura de que ni él mismo se había dado cuenta de en qué medida se había expuesto ante ella. Solo de pensar en que algo así pudiese pasarle a uno de sus hermanos la llevaba al borde del abismo. Ella conocía ese dolor, lo había padecido cuando murió su madre y no se lo deseaba a nadie, ni siquiera a su peor enemigo.

Ahora que conocía más a Laird McAlister, después de ese tiempo entre los miembros del clan sabía a ciencia cierta que no era el hombre del que había oído hablar. Era un hombre infinitamente mejor, un hombre del que, sin poder evitarlo, quizás se estuviese enamorando.

CAPITULO XV

Meg había sido bien recibida desde el principio, pero después de lo que había pasado en el lago, sentía que los miembros del clan la miraban diferente. Las mujeres que aún no conocía se acercaban a ella para hablar de cualquier cosa, y los hombres la trataban con la misma cortesía, pero en su mirada había cierto reconocimiento que antes no estaba.

Meg no quería que le agradecieran lo que había hecho. Pensaba que cualquier persona en su lugar hubiese actuado del mismo modo, pero la verdad era que la nueva actitud de los McAlister la hizo sentir peor de lo que ya se sentía por tenerlos engañados, si es que eso era posible. Incluso la dejaban acercarse a la cocina, y sin supervisión. Aquello conmovió a Meg en lo más hondo, aunque su alegría duró poco.

Una tarde, cuando se dirigía a casa de Henrietta McAlister, a la que le llevaba un tónico preparado por Kate, escuchó sin querer una conversación entre dos mujeres del clan.

—¿Quién iba a decir que la *Mataclanes* iba a tener ese coraje? La verdad es que le echó valor.

¿Quién sería la *Mataclanes*?, pensó Meg, divertida. Se acercó más al lateral de una de las casas para poder oír mejor.

—Con lo pequeña que es y sacó ella sola a Alan de esas aguas heladas, y se tiró nuevamente a por Connor. No sé cómo pudo, la verdad. La última vez que estuvo mi marido en el lago hace unos días se le heló el culo, y eso que solo estuvo unos minutos.

Las dos mujeres se echaron a reír por la ocurrencia de ésta última.

A Meg se le borró al instante la sonrisa de los labios. ¿Que ella era la Mataclanes? ¿Pero qué clase de monstruo había sido capaz de ponerle ese apodo?

Meg escuchó movimiento y pensó en la vergüenza que pasaría si la pillaran allí, así que echó a andar hacia atrás. Su idea era bordear la casa por detrás y que no la vieran. No quería que pensarán que había estado escuchando, y además todavía tenía que llevar el tónico a Henrietta. Se le hacía tarde.

Había dado solo dos pasos cuando su espalda y sus piernas toparon de golpe con algo cálido, duro y vivo. Muy vivo. Echó la mano hacia atrás y lo que tocó hizo que cerrara los ojos con fuerza.

«Que no sea él, que no sea él», rogó mentalmente mientras sabía a ciencia cierta que era él. Con la suerte que tenía desde que llegó allí, no podía ser otro.

Desde que Evan se marchó de la habitación después de contarle lo de su

hermano, se habían visto de lejos, habían cruzado alguna que otra mirada pero no habían hablado, ni habían estado tan cerca como en ese instante.

Evan volvía del lago cuando vio a Meg en el lateral de la casa de Ernest, medio agachada, haciendo quién sabía qué. Con sus antecedentes, era mejor comprobar qué se traía entre manos. Así que se acercó a ella por detrás hasta que estuvo a escasos pasos. Entonces Meg empezó a andar hacia atrás, con premura, golpeándose en el camino contra él.

—¿Vas a quedarte ahí toda la tarde o vas a darte la vuelta y mirarme? — preguntó Evan con un tono de voz cortante.

Meg respiró hondo antes de darse la vuelta. Ese hombre tenía una habilidad especial para irritarla.

Cuando estuvo frente a él tuvo que volver a respirar hondo. Cada vez le afectaba más su proximidad, hasta un punto en el que la lengua parecía que se le quedaba pegada al paladar y todo su vocabulario se reducía a decir incoherencias a cual más disparatada.

Tuvo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos. «Qué guapo es...», pensó, tragando saliva. «¡Deja de pensar en eso!», se dijo al instante, mientras la brisa le hizo llegar el aroma del cuero mezclado con el olor personal de Evan. Olía extraordinariamente bien, tanto que pensó cómo sería probarlo, pasar su lengua por... Meg volvió a cerrar los ojos con fuerza y recurrir a todo su autocontrol para dejar de pensar en sandeces. Por el amor de Dios,

cuando se confesase con el padre August iba a tener que hacer penitencia hasta el final de sus días. Y el padre August era muy imaginativo con las penitencias. Cuando Meg decía que quería confesarse, este se santiguaba de antemano mientras rogaba al Señor que le diera fuerzas. No creía que fuera para tanto, pero una vez le dijo que prefería confesar a todos los guerreros del clan McGregor juntos antes que a ella.

—¿Escuchando a escondidas? —preguntó Evan con el mismo tono cortante que antes.

A pesar de su aparente enfado, Meg vio una chispa divertida en sus ojos, como si aquella situación le hiciera gracia.

—Yo no estaba escuchando —dijo Meg entre dientes

Evan alzó una ceja y ensanchó aún más su sonrisa. A Meg no se le daba muy bien mentir, era demasiado directa y sincera para ello. Ese rasgo le atraía tanto que le hacía desear poder confiar en ella lo bastante como para olvidar que hacía solo unas semanas que se conocían.

Meg soltó el aire que estaba conteniendo de forma poco femenina.

—Bueno, quizás un poco sí, pero sin querer. Ha sido un accidente.

Evan la miró con tal intensidad que a Meg le dio un vuelco el corazón.

—Eso me lo creo más —dijo Evan con una sonrisa socarrona en los labios—. Lo de los accidentes es lo tuyo.

Meg abrió los ojos como platos antes de estirarse todo lo que pudo,

alzar la barbilla con gesto decidido y apretar los puños que mantenía pegados a ambos lados de su cuerpo.

—Has sido tú el que me ha puesto ese horrible apodo de la Mataclanes, ¿verdad? — preguntó Meg con ganas de asesinar ella misma a aquel hombre.

Evan soltó una carcajada que desarmó a Meg. No estaba preparada para lo que aquella risa franca y despreocupada le hizo sentir. El corazón le dio otro vuelco mientras su estómago se contraía.

«Ya te estas desviando del tema —se recriminó mentalmente—. Recuerda por qué estás enfadada con él», volvió a decirse mientras esperaba una respuesta a su pregunta.

Evan dejó de reírse aunque no perdió la chispa divertida que brillaba en sus ojos antes de contestar:

—El primer día que llegaste casi acabaste con mi clan envenenándolos —dijo Evan mientras le ponía un dedo en los labios a Meg cuando vio que ella iba a decir algo al respecto—. Todavía no he terminado —prosiguió Evan mientras retiraba el dedo con premura de los labios de Meg, como si estos le hubiesen quemado—. Después, asesinaste mi camisa, y menos mal que nos dimos cuenta porque si no, hubiese tenido que ir completamente desnudo por un tiempo. Malcolm me contó que cuando empezaste a fregar los suelos estuviste a punto de acabar con su vida el día que tiraste el cubo entero lleno de agua por las escaleras justo cuando él bajaba. Creo que jamás las bajó más

rápido. Sobre todo teniendo en cuenta que llegó con la cabeza antes que con los pies. Tuvo que confesármelo todo cuando en el entrenamiento no podía ni moverse. Y la pobre Elizabeth tuvo unas manchas rojas durante dos días debido a que le diste un ungüento para la piel que llevaba una planta que le produjo esa reacción. —Evan la miró fijamente—. Y eso hasta donde yo sé. No quiero ni imaginar de lo que no me he enterado. Meg —prosiguió con un tono de voz más grave, acercándose lo suficientemente a ella como para que contuviese el aliento—, después de todo eso, Mataclanes se te queda corto.

Meg quería seguir enfadada con él, pero Evan, sin proponérselo, había puesto el dedo en la llaga. Era rebelde por naturaleza y lo sabía. Testaruda y con mucho carácter, pero no quería hacer daño a nadie, eso jamás. Sin embargo, su propio padre siempre le recordaba que debía cambiar. Que era demasiado cabezota y rebelde. Que sus decisiones tenían consecuencias y que era un verdadero quebradero de cabeza. Su clan había estado enemistado con los McAlister desde hacía siglos, pero desde que ella había alcanzado la edad adulta, con sus acciones y decisiones casi había llevado a su propio clan al borde de la guerra en dos ocasiones.

Evan notó el cambio sutil en la expresión de Meg. Un momento antes había estado furiosa con él, hasta un ciego se habría dado cuenta de ello. Su fuerza interior, ese genio vivo y fuerte que la hacía una fuerza de la naturaleza, incontrolable e ingobernable, en vez de exasperarle le atraía, lo volvía loco.

Sin embargo, después de sus palabras, algo había cambiado. Vio apagarse la furia de sus ojos color miel y sustituirla por otra emoción, una que no le gustó ver en ellos.

Aquella emoción le removió por dentro, y de forma sorprendente se vio a sí mismo necesitando borrar esa expresión del rostro de Meg. Un sentimiento tan poderoso de protección hacia ella que le dejó sin aliento.

CAPITULO XVI

—Tengo que ir a llevar este remedio a Henrieyta, si me disculpas... — dijo Meg mientras intentaba pasar por al lado de Evan para marcharse.

Evan no la dejó. Con un brazo, impidió que diera un paso más. Lo puso alrededor de su cintura. No la estaba sujetando, solo le impedía continuar.

Meg pensó en pasar por su lado, apartar el brazo que en ese momento la impedía hacerlo y marcharse de allí, sin embargo se detuvo, nuevamente sorprendida por la delicadeza con la que era capaz de actuar Evan McAlister.

—Meg, ¿qué pasa? —le preguntó Evan a la vez que le levantaba la barbilla con la mano para que le mirara a los ojos.

—Nada, no pasa nada, solo que tengo prisa y he de irme —le dijo Meg rehuendo su mirada.

El leve temblor que detectó en su voz le desarmó. No podía dejar las cosas así, maldita sea.

Quiso borrar de sus ojos y de su expresión ese sentimiento, ese pensamiento que la había entristecido, que había apagado una parte de esa vitalidad que brillaba en ella de forma única. Enmarcó su cara con las manos, sintiendo la suavidad de su piel como si fuese terciopelo, y se acercó lentamente a sus labios, dándole tiempo a deshacerse de su contacto si así Meg

lo deseaba. La sintió temblar antes de parar a escasos milímetros de su boca. Sus labios lo estaban volviendo loco.

Anhelaba su sabor con una necesidad visceral, y sin poder evitarlo, se rindió a ella, besándola, probando esos labios carnosos que le hacían desear enterrarse en ella hasta que gritara de placer.

Cuando sintió los brazos de Meg alrededor de su cuello, perdió la batalla definitivamente. Con un gruñido, la cogió entre sus brazos, pegándola a él de tal manera que sentía cada una de sus curvas sobre su cuerpo. Aquello iba a matarlo. Con la poca cordura que le quedaba protegió a Meg con su cuerpo y la desplazó unos pasos hasta quedar ocultos a la vista de cualquier curioso, tras la parte trasera de la casa de Ernest.

Ya casi había anochecido. Solo una pincelada anaranjada en el horizonte evidenciaba el peregrinaje hacia el descanso del astro rey.

Evan quería ir con cuidado, con delicadeza, pero Meg se lo estaba poniendo muy difícil. Su lengua, sus labios, muy lejos de permanecer pasivos ante su envite, igualaban su urgencia, sus ganas. Cuando la escuchó gemir entre sus brazos, deslizó una de sus manos hasta su cuello, Sentía el latido de su corazón bajo la yema de los dedos. Un sonido que era rápido y a veces errático. Ella también lo deseaba, su cuerpo y sus ojos se lo decían con una transparencia imposible de simular. Eso le excitó aún más. Dejó sus labios y cubrió de besos esa porción de piel exquisita, saboreando cada centímetro de

su cuello, recreándose en su sabor, hasta que llegó al escote, donde podía verse el nacimiento de sus pechos de proporciones perfectas. Lo bajó lo suficiente para que uno de ellos quedara expuesto ante sus ojos. No había visto nada tan exquisito jamás. Tomó su pezón duro y rosado entre los labios y lo lamió. Succionó, queriendo en vano saciarse de ese exquisito manjar.

Meg apenas podía sostenerse entre sus brazos. Las piernas le temblaban al igual que el resto del cuerpo y el placer que le estaba proporcionando Evan con sus labios era más de lo que jamás había podido soñar. Era inexperta, pero había escuchado las conversaciones de otras muchachas McGregor, y sabía qué era lo que pasaba entre un hombre y una mujer. Sin embargo nada la había preparado para esa oleada de placer casi dolorosa que, en su apremio por saciar, la había dejado al borde de la cordura. Quería cosas que nunca había sentido ni probado, pero que instintivamente le exigían la necesidad de entregarse por entero a Evan. El calor y la necesidad imperiosa que se instalaron en su vientre la asustaron y la excitaron a partes iguales.

Evan levantó el bajo del vestido de Meg y ascendió lentamente, acariciando su pierna con reverencia. Cuando Meg empezó a temblar, Evan paró de golpe. Por un segundo, un resquicio de su mente le dijo que aquello no estaba bien, así no. Saltaba a la vista que Meg era inocente y no se merecía que él la sedujera de aquella manera. Requirió de toda su fuerza de voluntad para parar. Apoyó su frente en la de Meg mientras intentaba sin mucho éxito

que su respiración y sus latidos volvieran a la normalidad. Meg tenía algo que mandaba todo su autocontrol al infierno y eso era muy peligroso. Jamás ninguna mujer le había afectado de aquella manera. Aunque quisiera pensar que ese arrebató, esa falta de control, se debía al tiempo que hacía que no estaba con una mujer, nada podía enmascarar una realidad que era más que evidente, y esa era que Meg McDuff le afectaba. Esa muchacha de grandes ojos color miel y con el cabello más hermoso que había visto jamás se le estaba metiendo bajo la piel, sin ser consciente de ello.

—Meg, lo que ha pasado... —comenzó Evan antes de que Meg le impidiera seguir poniéndole una mano sobre sus labios, acallando las palabras que Evan iba a decir.

—Ahora no, por favor —le contestó Meg.

En su tono de voz había un ruego.

Evan vio la confusión en sus ojos y asintió con la cabeza. Esperaría para hablar con ella.

—Ya prácticamente ha anochecido —dijo Evan acariciando los brazos de Meg que parecía tener frío a tenor de cómo empezó a temblar—. Te acompañé a llevar ese remedio a Henrietta y después te llevo de vuelta al castillo

Meg quiso decirle que no, que no hacía falta, que no sabía si sería capaz de dar un paso después de lo que había pasado entre los dos. Que todavía

estaba temblando y que no sabía si las piernas podrían sostenerla. Que había sido maravilloso, y a la vez aterrador, porque ella había perdido completamente el control. Que gracias a que él había parado, no había pasado nada de lo que después tuviera que arrepentirse, porque podía haber cometido el peor error de su vida.

No podía olvidar por qué estaba allí, no podía olvidar que ella era una McGregor y él un McAlister y que si supiera quién era ella, la odiaría con todo el rencor que se profesaban ambos clanes. Así que asintió con la cabeza mientras pensaba en qué podía hacer. Esa era la primera vez en mucho tiempo que se sentía tan vulnerable y desnuda ante alguien. Ese sentimiento le hizo darse cuenta de algo. De que su tiempo con los McAlister tenía que llegar a su fin. Ya tenía las respuestas que había ido a buscar allí. Así que con la misma certeza que supo que se estaba enamorando de Evan McAlister, supo que era el momento de volver a casa, y eso despertó en ella sentimientos agridulces. Echaba de menos su hogar, pero ahora sabía con certeza que también echaría de menos la compañía de los McAlister. La reunión con los jefes de otros clanes sería al día siguiente. Después de la reunión habría una cena, amenizada con música y baile. No podía desaparecer ese día, así que esperaba a que todos se hubiesen ido y después volvería a casa. Debía hacerlo, por el bien de todos.

CAPITULO XVII

Esa mañana, el castillo era un hervidero de actividad. Todo tenía que estar perfecto para la llegada de los jefes de los clanes vecinos. Meg en cierto modo agradecía todo el trabajo extra que tendría las horas previas a la llegada de los Lairds porque gracias a ello podría dejar de pensar por un segundo en todo lo que pasó el día anterior.

Esa noche no había podido dormir. Las horas se le habían antojado eternas mientras daba vueltas en la cama, pensando en cómo se había complicado todo.

Evan McAlister no era el hombre que había esperado encontrar cuando llegó con la intención de confirmar que todo lo que había oído de él era verdad, y que las acusaciones que pesaban sobre Evan eran fundadas. Sin embargo, desde que había llegado al clan McAlister, el demonio de Escocia había resultado ser un hombre justo, inteligente, entregado al bienestar de su clan siempre por encima del suyo propio. No había visto ni rastro del hombre cruel, egoísta y despiadado que imaginaba.

Era un enemigo a temer, de eso no tenía duda alguna. Era capaz de cualquier cosa con tal de mantener a su clan o a cualquiera de sus miembros a salvo. Era un guerrero feroz, fuerte y el más hábil que había visto hasta

entonces, pero esas cualidades no las había visto ejecutar en otro terreno que no fuera el del combate. En su vida cotidiana, aunque era firme, nunca actuaba de forma grosera o déspota.

Todavía podía sentir sus manos sobre ella, en su rostro, en su cuello, y todavía se sorprendía al recordar la delicadeza y el cuidado casi reverencial con el que la había tratado. No tenía experiencia pero por lo que había escuchado sabía que había muchos hombres que eran rudos y egoístas en esos temas. El tacto y el cuidado con los que Evan se había conducido era una razón más para darse cuenta de lo equivocada que había estado.

Meg seguía pensando en ello de camino a una de las habitaciones de la planta superior que debía adecentar para las visita de los Lairds, cuando escuchó unas palabras que la hicieron parar en seco.

—¿Estás seguro, Colin? ¿Un McGregor? —preguntó Evan. El tono de voz duro, lacerante, indicaba que el asunto era serio.

—El trozo de tela que había al lado del cuerpo de Fergus no deja lugar a dudas — contestó Colin con evidente furia.

Meg se quedó paralizada al escuchar aquellas palabras.

—Alguien pudo dejar ese trozo de tela para que creyéramos exactamente eso, que un McGregor había asesinado a uno de nuestros hombres —aseveró Malcolm con el ceño fruncido.

—¿Y con qué fin? —preguntó Colin enojado.

Evan le miró fijamente. Externamente parecía calmado pero cualquiera que le conociera y viese esa mirada en sus ojos sabía a ciencia cierta que no presagiaba nada bueno.

—Con la intención de que comience una guerra abierta entre los dos clanes. El matrimonio decretado por el rey tiene muchos enemigos, nadie quiere esta unión. No creo que sea una coincidencia que justo hoy, cuando vienen los jefes de los clanes a los que hemos invitado y cuya alianza está amenazada por esta unión, uno de nuestros hombres sea asesinado, presuntamente a manos de un McGregor —dijo Evan intentando controlar la furia que le corroía por dentro. Fergus era un buen hombre, y uno de sus mejores guerreros. Aquello no iba a quedar así. En cuanto pasase la reunión se encargaría de descubrir quién era el culpable de su muerte, y quien fuese iba a desear no haber nacido.

—Eso tiene mucho sentido —apuntó Andrew mirando fijamente a su hermano—. Matarían dos pájaros de un tiro.

Evan los miró a su vez con un brillo peligroso en sus ojos.

—También pueden ser realmente los McGregor —dijo Colin apretando los puños—. No creo que el viejo McGregor se quede sentado tranquilamente viendo cómo una de sus hijas se convierte en una McAlister por matrimonio. Estoy seguro que antes prefiere comerse sus propias tripas.

Evan miró a Colin fijamente.

—Tampoco lo descarto, pero eso significaría que los McGregor sabían de esta reunión con bastante antelación como para planear algo así, y no quiero pensar en las implicaciones que tiene esa posibilidad.

Andrew miró a su hermano. Ambos se comunicaron sin tener que pronunciar una palabra más.

—¿Estás hablando de un traidor? —preguntó Colin asqueado con la idea—. No creerás que alguien de nosotros puede haber hecho algo así. ¿Evan?

—¿Había signos de lucha? —preguntó Evan a Colin, que seguía mirándole como si no quisiera creer en la posibilidad de una traición. Eso era imposible.

—No —dijo Colin entre dientes—. Quien fuese lo sorprendió por la espalda. Como un cobarde McGregor —terminó con evidente odio.

Evan intentaba mantener a raya sus impulsos. El asesinato de Fergus y cometido de una manera tan deleznable no quedaría sin castigo, sin embargo debía mantener la cabeza fría en aquellos momentos.

—Malcolm, Colin, extremad la vigilancia durante las próximas horas. Durante la reunión no quiero más sorpresas —continuó Evan—. ¿Y el cuerpo de Fergus? —preguntó con gesto grave.

—Lo hemos dejado en su casa a primera hora de la mañana para que lo preparen —dijo Colin enfurecido con lo sucedido.

—Da aviso a los hombres para que estén atentos a cualquier movimiento

extraño. No creo que sea un suceso al azar.

—¿Crees que intentarán algo esta noche? —preguntó Andrew acercándose a su hermano hasta que quedó frente a él.

Evan asintió levemente.

—Es una posibilidad.

Colin estrelló un puño contra la pared, ciego de frustración.

—Malditos McGregor. Ojalá se pudrieran todos en el infierno.

Meg se encogió al escuchar la furia con la que estaban dichas las últimas palabras. Ella era una McGregor. Estaba segura de que debía ser una trampa puesta para que inculparan a su clan, porque ella sabía que ninguno de ellos haría aquello de lo que se le acusaba: asesinar a un hombre para provocar una guerra. Su padre podría ser un hombre difícil, pero era un hombre con honor.

Con todo el sigilo del que fue capaz, se fue de allí, con un nudo en la garganta y con el presentimiento de que algo malo iba a suceder.

CAPÍTULO XVIII

Evan acababa de terminar de hablar con el jefe del clan McDonall cuando vio a Alec Campbell al otro lado del salón. La música distendía el ambiente después de la reunión que había durado más de tres horas. Estaba más que satisfecho con el resultado. McDonald junto a McDune habían sido los más duros y testarudos, sin embargo pese a ello, al final quedaron convencidos de que su unión con una McGregor no iba a afectar a la buena relación que el clan McAlister tenía con dichos clanes. Evan había dejado clara su postura, y aunque había quien discrepaba, nadie se atrevió a romper claramente su alianza natural con ellos. Sabían que tener a los McAlister a su lado en caso de necesidad era un seguro. Todos temían y respetaban a los McAlister.

—Alec —dijo Evan cuando llegó hasta donde estaba el jefe del clan Campbell, que en ese momento hablaba con el padre Lean.

El sacerdote era un hombre mayor que años atrás había cuidado de las almas de casi todos los clanes que había hoy reunidos allí. McPherson de nacimiento, una enfermedad dolorosa que desfiguraba sus huesos le había hecho quedarse con el clan al que desde entonces pertenecía.

—Padre Lean —saludó Evan al sacerdote con una sonrisa en los labios.

Me alegro de volver a verle. Hacía muchos años que no le veía por aquí.

El padre Lean asintió devolviéndole la sonrisa.

—Ni me verás. Mi cuerpo viejo y dolorido no me lo permite. Estoy muy bien con los McPherson. Allí estoy más tranquilo y puedo dedicar más tiempo a mis libros, y a sus almas.

Evan sonrió cuando vio al padre Lean acompañar esas palabras con un gesto elocuente en su rostro. Todo el mundo sabía que el jefe del clan McPherson tenía un genio de mil demonios.

—Alec me pidió que viniera hace una semana —continuó el padre Lean.

Evan miró a Alec de forma interrogativa.

—Mi tío William está muy enfermo. El padre Lean y él son viejos amigos. Quería verlo antes de morir —comentó Alec con la expresión seria.

Alec se tensó al oír su respuesta. Sabía cuánto quería Alec a su tío. Había sido él, el que le había criado tras la muerte de sus padres.

—Lo siento mucho, Alec. No sabía nada

Alec miró a Evan. Sabía que las palabras de su amigo eran verdad y no fruto del formalismo que dictaba la ocasión.

—Lo sé —dijo Alec—. El padre Lean vuelve ya con los McPherson, por eso le he dicho que nos acompañara.

—Espero no haber sido inoportuno con mi visita. Pero cuando Alec me dijo que venía a esta reunión quise pasar a verte antes de irme —le dijo el

sacerdote a Evan.

—Por favor, padre, esta es su casa. Me alegro mucho de que haya venido hoy.

Evan puso su mano en el hombro del sacerdote, enfatizando con ese gesto sus palabras.

Apreciaba al padre Lean. Aún recordaba la carta que le envió cuando Kerr murió y sabía que la presencia del padre Lean con los Campbell había sido positiva para limar aspereza con los McDonalls y que al final la sangre no llegase al río.

Algo llamó la atención de Alec, lo que hizo que Evan mirara en esa dirección. Incluso el padre Lean se volvió.

En ese momento, después de la cena, en un ambiente mucho más distendido en el que la música y el baile habían tomado el control del salón, los hombres se movían por la estancia escuchando música y hablando entre ellos. Algunos de los jefes de los clanes habían acudido con sus esposas o parientes más cercanos. Evan, desde el principio había expresado en sus misivas el deseo de que aquella no fuera solo una visita formal.

En aquel momento algunas de las mujeres del clan McAlister se unieron a la fiesta. Entre ellas Kate, Brigitte y Meg.

Y eso fue lo que vio en los ojos de Alec. Se había quedado mirando fijamente a Meg. Aunque no podía culparlo por ello, sintió un regusto amargo

en la boca y el deseo de borrar de la mirada de su amigo el brillo apreciativo que había visto en ellos cuando posó sus ojos en la joven.

Estaba preciosa esa noche. Desde que la conocía había algo en ella que había llamado poderosamente su atención. Meg no hacía nada por destacar su belleza natural. No era coqueta, no utilizaba sus armas de mujer para seducir, y desde luego Evan no creía que fuera ni si quiera consciente de su propia belleza. Llevaba un vestido sencillo pero que ella lucía con elegancia y exquisitez. El pelo suelto caía en ondas hermosamente imperfectas sobre su espalda, deslumbrando con sus diversos toques dorados a todo aquel que lo mirase. Su cara preciosa, casi aniñada si no fuera por la determinación y la fuerza que reflejaba su expresión, enmarcaba los ojos más expresivos y hermosos que había visto jamás.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó Alec interesado—. Me acordaría si la hubiese visto antes en tu clan.

Evan contestó con un tono de voz más duro del que pretendía utilizar.

—Se llama Meg McDuff. Su madre era una McAlister, y su padre Brian McDuff. El cuñado de Helen y hermano de Brian McDuff nos preguntó si Meg podía quedarse en el clan y trabajar en el castillo. Sus padres se alejaron del clan McDuff y permanecieron en las Lowlands hasta que murieron hace poco. Parece ser que Meg no es muy bien vista en el clan debido a ello. Su tío pensó que era lo mejor.

—¿Y dices que su padre era Brian McDuff? ¿El hermano de Adam McDuff? —preguntó el padre Lean arrugando el entrecejo.

—Sí, así es —contestó Evan mirando fijamente al padre Lean.

—¿Estás seguro? —insistió el sacerdote.

Evan se puso tenso al instante.

—Sí, estoy seguro. ¿Por qué?

A Evan no le gustó nada la cara que puso el padre Lean. Miró de nuevo a Meg y luego a Evan.

—Porque no sé quién será esa muchacha pero desde luego no es hija de Brian McDuff.

Evan cambió la expresión. Una mirada letal se instaló en ellos mientras sentía que todo su cuerpo se ponía alerta.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Evan. Sus palabras cortaron el silencio que se había instalado entre ellos como si de un cuchillo se tratara. El tono de su voz lacerante y peligroso hizo que el padre Lean le contestara sin reservas.

—Conocía muy bien al clan McDuff cuando mi enfermedad aún me permitía asistir espiritualmente a varios clanes. Me llevaba bien con el padre de Brian y Adam McDuff. De hecho cuando el joven Brian se fue del clan a las tierras bajas, su padre le retiró la palabra. Yo me escribía con Brian cada cierto tiempo, como si fuese un intermediario entre los dos. Le decía a cada uno de ellos cómo se encontraba en otro y cómo estaba la familia. Me daba

pena que algo así destruyera la relación entre un padre y un hijo. Después de la muerte del viejo McDuff, seguí escribiéndome con Brian. Ya era una costumbre y además todavía le quedaba su hermano Adam. Y ten por seguro que el Señor no tuvo a bien bendecirles con descendencia alguna. Así que esa muchacha no puede ser bajo ningún concepto hija de Brian McDuff y su esposa.

Alec vio la cara de Evan cuando el padre Lean acabó de hablar. Conocía a Evan desde que eran unos críos. La mirada que vio en sus ojos, el brillo peligroso que destilaba, no indicaban nada bueno. Por la forma en que le vio tensar cada uno de sus músculos, sabía que se estaba conteniendo con mucho esfuerzo.

Miró al otro lado de la sala donde estaba Andrew. Cuando este cruzó la mirada con Alec, la eterna sonrisa que lucía en su cara se desvaneció, remplazada por la preocupación. Andrew atravesó el salón a la vez que veía cómo su hermano abandonaba la compañía de Alec y el padre Lean en dirección contraria. Llegó junto a él cuando Evan se acercó al grupo de tres mujeres que en ese momento sonreían, hablando animadamente. En cuanto vio la expresión de su hermano su preocupación se incrementó. Supo que algo no andaba bien.

—Meg —dijo Evan intentando que su voz no reflejara la furia que en ese momento le devoraba las entrañas—. Quiero comentarte algo —continuó,

viendo cómo Meg, con una sonrisa que en cualquier otro momento le hubiese vuelto loco, asentía con la cabeza.

Kate y Helen se disculparon mientras se alejaban para que pudieran hablar a solas.

—¿Pasa algo? —preguntó Andrew sin apartar la mirada de su hermano.

Evan le contestó sin dejar de mirar a Meg.

—Eso deberías preguntárselo a Meg, o cómo demonios se llame. ¿Quién diablos eres, eh? Piensa bien la respuesta y dime la maldita verdad.

Andrew miró a Meg cuya cara reflejaba un conjunto de emociones. Sorpresa, miedo, desconcierto, culpabilidad.

—¡Habla maldita sea! ¿Quién eres? —le preguntó Evan entre dientes.

Meg no podía respirar. Hacía solo unos instantes todo estaba bien y de repente todo se había desmoronado. Veía la furia contenida en los ojos, en la voz y en la expresión de Evan, que la miraba como si fuera menos que un despojo. Y no le culpaba.

Solo un día más y ella se hubiese ido sin hacer daño a nadie, o eso era lo que se decía a sí misma. Sin embargo allí estaba, sin poder articular palabra. Tenía que contarle la verdad, pero no sabía cómo. Temía que la odiase si sabía quién era en realidad ella, pero la única verdad era que eso ya no tenía solución. Sintió que un nudo le atenazaba la garganta, la ahogaba.

—Puedo explicarlo —dijo Meg en un susurro.

Evan endureció su expresión. No había ni una pizca de compasión en sus ojos.

—Estoy deseando escuchar lo que tengas que contar. No sé cómo vas a poder explicar el que nos hayas engañado. Después de acogerte, de confiar en ti... Te has aprovechado de la bondad y la buena voluntad de los miembros de este clan. Helen, Kate, Ian... Maldita sea, eres despreciable —continuó Evan, que miró a su alrededor. Se dio cuenta que estaban empezando a llamar la atención—. Andrew, no la pierdas de vista hasta que esto acabe. Después por tu bien — dijo dirigiéndose nuevamente a Meg— tendrás que contarnos la verdad sobre quien eres y que haces aquí, y reza porque yo no dude de tu versión o tenga la más mínima sospecha de que seas una enviada del clan McGregor, y tengas algo que ver en la muerte de uno de mis hombres. Estas con el hielo bajo tus pies. Un solo paso en falso y desearás no haber nacido.

Evan se alejó mientras esas últimas palabras resonaban en la cabeza de Meg. El dolor profundo que le habían provocado sus acusaciones la herían más de lo que jamás nada lo había hecho.

CAPÍTULO XIX

— ¿Qué has hecho, Meg o como te llames? —preguntó Andrew con frialdad.

—Si me dejara explicarle... —dijo Meg desesperada—. Andrew, yo no quería hacer daño a nadie.

Andrew la miró a los ojos intentando evaluar si había algo de verdad en las palabras de la mujer que tenía delante.

—Ya es tarde para eso. Demasiado —sentenció Andrew.

Andrew vio encogerse a Meg ante su sentencia.

Hacía tiempo que no veía a su hermano tan feliz como en las últimas semanas y estaba seguro que ese cambio se lo debía a la mujer que tenía delante. Desde que los sorprendiera besándose, Andrew los había estado observando, y era obvio que había algo entre ellos. Conocía a Evan mejor que nadie, y en lo que para otros ojos no hubiesen sido sino detalles insignificantes, él podía reconocer cambios sutiles pero importantes que se habían producido en Evan. Su hermano era demasiado fuerte, demasiado exigente consigo mismo. Desde la muerte de Kerr, Evan se había encerrado en sí mismo. Había levantado un muro imposible de traspasar, pero ese muro había empezado a agrietarse poco a poco.

Estaba furioso. Todo eso se había esfumado con solo una frase: «¿Quién eres?». Había visto el dolor por la traición en los ojos de su hermano. Eso solo podía significar una cosa y era que esa mujer le importaba, y mucho. Más de lo que Andrew había imaginado al principio. Lo suficiente para haberla dejado acercarse a él, confiar en ella y permitirse sentir algo por otra persona, aunque hubiese sido en contra de su propia voluntad.

Meg intentó aguantar el dolor que la embargaba en ese momento y que amenazaba con asfixiarla. Sentía que le costaba respirar. Ella no quería que aquello terminara así. Hacía mucho tiempo, más del que podía recordar, que no lloraba, pero una lágrima furtiva, traicionera, descendió por su mejilla izquierda. Levantó la cabeza, y se la limpió torpemente con la mano cuando un movimiento en las escaleras de la planta superior llamó su atención.

Todo pasó demasiado deprisa. Vio a un hombre salir de entre las sombras con un arco y una flecha. Le vio tensar el arco y apuntar a alguien. El corazón se le paró durante unos segundos, los mismos que tardó en reaccionar. Echó a correr a través del salón rogando para llegar a tiempo. Gritó el nombre de Evan en el mismo instante en que de manera instintiva se puso delante de él. Entonces fue cuando sintió un dolor fuerte y lacerante en el costado izquierdo que la hizo caer hacia atrás. Unas manos la sostuvieron mientras un rugido de rabia resonaba en sus oídos.

Evan sentía que le hervía la sangre. Siempre había dominado bien sus emociones, sus reacciones. Había sido dueño de un autocontrol casi inhumano, y en cambio ahora estaba fuera de sí. Ese era un claro ejemplo de por qué no había que bajar nunca la guardia. ¿Cómo había sido tan estúpido de creer en la inocencia de aquella mujer, cómo había podido dejar que se le acercara tanto como para que sus mentiras le afectaran de aquella manera? Eso podía haberle costado la vida a un hombre.

—Perdonad —se disculpó Evan cuando volvió con Alec y el padre Lean.

—¿Todo bien? —preguntó Alec mirando fijamente a Evan. Lo conocía lo suficiente para saber que pasaba algo.

—Sí, todo bien —contestó Evan con una ligera sonrisa.

Iba a preguntarle al padre Lean sobre la información que le había dado antes sobre el clan McDuff cuando la voz de una mujer gritando su nombre resonó en todo el salón, haciendo que se volviera al instante. Lo suficientemente rápido como para cogerla entre sus brazos cuando ella cayó hacia atrás por el impacto de una flecha sobre su cuerpo. Un cuerpo que se había interpuesto en su trayectoria, recibéndola por él. De forma instintiva miró en la dirección de la que provenía el proyectil y vio desaparecer a un hombre en la escalera del piso superior. Colin y William corrían en esa dirección, mientras Andrew se arrodillaba junto a él. Ese fue el primer

instante en el que se fijó en la persona que tenía entre sus brazos. Escuchó un rugido cargado de rabia, que ni siquiera reconoció como suyo propio cuando vio que era Meg la que le miraba, temblando, mientras todo su costado izquierdo se llenaba de sangre.

—Maldita sea, Meg, ¿qué has hecho? —dijo Evan poniendo una mano sobre la herida a fin de intentar impedir que siguiera manando tanta sangre de ella—. Tenemos que llevarla a una habitación, ¡y trae a Kate! ¡Rápido! —le dijo a Andrew mientras levantaba a Meg en brazos para sacarla de allí.

Malcolm y Alec se acercaron a él antes de que abandonara el salón, que en ese momento era un auténtico caos.

—Malcolm intenta calmar a los Lairds hasta que pueda averiguar algo más sobre lo que ha pasado.

—No te preocupes —le dijo Malcolm mirando a Meg que estaba blanca como la leche.

—Yo le ayudaré. Hablaré con ellos. Haz lo que tengas que hacer —asertó Alec.

—Gracias —contestó Evan mientras subía las escaleras con Meg apenas consciente.

Cuando llegó a su habitación la depositó en la cama. En ese momento Meg parecía tan pequeña y tan frágil que temía siquiera tocarla. Rompió el vestido con cuidado a fin de poder ver mejor la herida. Estaba muy cerca del

borde del costado. Y la punta había salido por detrás.

Algo dentro de Evan se quebró al verla así. No soportaba verla sufrir. Solo quería protegerla, que se pusiese bien. Le había salvado la vida y había recibido esa flecha por él. ¿Por qué?

Kate entró en la habitación con Andrew siguiéndole los pasos. Traían agua y paños limpios.

—Déjame ver la herida —dijo Kate inclinándose sobre la cama—. Tranquila. Sé que duele mucho —continuó Kate mirando a Meg mientras la examinaba. Se volvió hacia Evan—: Hay que cortar la flecha por detrás y luego sacarla. Después habrá que quemar la herida para que deje de sangrar.

Evan sacó su puñal a fin de cortar la punta de la flecha, y encendió el fuego en el hogar.

—Andrew, ponte detrás de Meg para que esté lo más quieta posible.

Andrew hizo lo que Kate le dijo, quedando Meg recostada sobre su pecho.

—Espera —dijo la chica antes de que Evan tocara la flecha.

—Hay que sacar esa flecha, Meg —dijo Evan mirándola a los ojos.

Meg puso una mano sobre su brazo para evitar que siguiera.

—Lo sé, pero antes tengo que decir algo. No sé cuánto podré aguantar antes de desmayarme. Así que os pido, os ruego, que después de que me saquéis la flecha y queméis la herida me llevéis con el clan McDuff —dijo

Meg mientras sentía como un sudor frío le recorría el cuerpo—. Por favor — suplicó haciendo una mueca con la cara cuando se movió levemente y un dolor punzante e insoportable le recorrió el costado.

—No vas a ir a ninguna parte —sentenció Evan cuando vio su cara de dolor. En aquel instante hubiese dado lo que fuera por ser él el que estuviese en aquella cama y no ella.

—Tienes que hacerlo —dijo Meg elevando la voz—. No lo entiendes. Si muero aquí, habrá una guerra y no quiero ser la causante de ello.

Antes de que Meg pudiese decir algo más, Evan se acercó, cogió la punta de la flecha y con un corte certero cercenó la punta.

Meg no pudo detenerle y por un instante pensó que se iba a desmayar. Aunque Evan había tenido mucho cuidado se sentía como si le estuvieran hurgando en las entrañas con un hierro ardiente.

—¡Maldita sea, tienes que escucharme! —exclamó Meg con la poca fuerza que le quedaba.

Evan le rozó la mejilla a la vez que le retiraba un mechón de pelo que el sudor había pegado sobre su cuello.

—No vas a morir —dijo con una fuerza y convicción que hizo que Meg negara con la cabeza.

—Eso no lo sabes —susurró Meg entre dientes—. Aunque la herida no sea grave, es más que posible que después tenga fiebre. Muchos mueren por

ella. Díselo, Kate.

Meg miró a Kate que en ese momento estaba amontonando paños limpios y empapándolos en agua.

—No debes pensar en eso ahora.

Aunque Kate había dicho esas palabras, su rostro la delataba. Sabía perfectamente, al igual que Meg, que aquel era un desenlace probable.

—Evan, tienes que escucharme —rogó Meg, que sabía que se le estaba acabando el tiempo—. Tenías razón sobre mí. No he sido sincera en cuanto a quién soy. Aunque mi nombre es Meg, mi apellido es McGregor.

Meg sintió cómo el torso de Andrew sobre el que estaba apoyada se tensaba como una cuerda al escuchar sus palabras, y los ojos de Evan adquirieron un brillo peligroso. Meg se apresuró a hablar antes de que la interrumpieran. —Pero no soy ninguna espía, ni he querido haceros daño. Soy la hija menor de Dune McGregor.

A Kate se le cayó de las manos el paño húmedo que sostenía en aquel instante, y sin poder articular palabra se quedó con la boca abierta. A Andrew no le veía porque estaba a su espalda pero le escuchó contener la respiración y Evan..., la expresión de Evan hubiese aterrado hasta al hombre más bragado.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Evan sentándose en la silla que había junto a la cama, quedando muy cerca de ella—. Si es algún tipo

de engaño, yo...

—No te estoy mintiendo —se apresuró a aclarar Meg—. Cuando supimos del decreto real, yo sabía que lo más natural era que mi hermana mayor Aili fuera la que tuviese que casarse con el jefe del clan McAlister. Mi hermana es la persona más noble y más buena que conozco. Siempre se ha sacrificado por los demás, y lo que yo sabía de ti, lo que había oído de ti, es que eras un hombre terrible. Sé que visto ahora, parece una locura, pero tenía que comprobarlo por mí misma. Así que convencí al primo de mi madre, Adam McDuff, para que me introdujera en el castillo. Mi padre cree que estoy visitando a una amiga de ese clan. Yo solo quería comprobar si lo que decían de ti era cierto. No quería... —dijo Meg teniendo que apretar los dientes para aguantar el dolor—. No podía dejar que por el orgullo de dos hombres, y por la voluntad de otro, sacrificaran a mi hermana. ¿Lo entiendes ahora? Si muero aquí, mi padre no atenderá a razones y aunque no me creas no quiero que haya guerra. No quiero que sufra ninguno de los dos clanes. En el poco tiempo que llevo aquí, he llegado a apreciar a los miembros de este clan.

—No vuelvas a repetir eso, ¿me oyes? No vas a morir. No lo permitiré. No creas que vas a librarte tan fácilmente —dijo Evan cogiendo la flecha con determinación y sacándola del interior de Meg en un solo movimiento.

El grito de Meg, mezclado con un sollozo, le desgarró el corazón.

—Se ha desmayado —dijo Kate mientras limpiaba la herida y la

taponaba—. Hay que quemarla.

Evan acercó la hoja de su cuchillo al fuego. Cuando estuvo lo suficientemente caliente, la acercó al cuerpo de Kate y lo posó sobre su carne herida. Evan apretó los dientes cuando aún desmayada, sintió como su cuerpo se tensaba.

—Andrew, baja , habla con Malcom y dime cómo va todo —le dijo Evan a su hermano mientras Kate vendaba la herida.

Andrew soltó con mucho cuidado a Meg, a la que tumbaron totalmente sobre la cama. Miró a Evan antes de abandonar la habitación.

—¿Crees que es verdad lo que nos ha dicho?

Evan soltó el aire que estaba conteniendo mientras miraba a Meg, tumbada en aquella cama.

—Pronto lo averiguaremos, porque vamos a decirle a Dune McGregor dónde está su hija.

CAPITULO XX

Habían pasado tres días desde que hirieran a Meg. Los Lairds se fueron al día siguiente, convencidos de que Evan llegaría al fondo del asunto, y descubriría qué había detrás del intento de acabar con su vida.

No consiguieron coger al que había disparado, lo que llevó a pensar a Evan que no solo era rápido y competente sino que conocía perfectamente el castillo y la forma de escabullirse de allí sin que lo atrapasen.

Seguían buscando alguna pista que les llevara hasta aquel hombre.

En esos tres días, salvo en contadas ocasiones, Evan no se había separado de Meg. A las pocas horas comenzó la fiebre, y llevaba sumida en ella dos días. Una fiebre que la mantenía inconsciente y que en ocasiones la hacía delirar, amenazando con arrebatársela para siempre.

—Deberías descansar un rato. Llevas dos días sin dormir.

Evan miró a su hermano. Apenas se había dado cuenta de que había entrado en la habitación.

—Ya tendré tiempo de descansar cuando despierte.

Andrew frunció el ceño.

—¿Y si no lo hace? —preguntó directamente.

—Lo hará —contestó Evan de forma contundente—. Es una mujer fuerte

y con ganas de vivir.

Andrew asintió mientras se sentaba en la silla vacía que había al lado de su hermano, junto a la cama.

—De todas formas deberías comer algo —continuó Andrew—. Si quieres yo te lo subo. No creo que Dune McGregor tarde mucho en llegar. A lo sumo un par de días, y debes estar despejado.

Evan cogió la mano de Meg. Trazó un delicado movimiento con los dedos en la palma de su mano. Cuando se agitaba por la fiebre había comprobado que aquello parecía tranquilizarla un poco.

A Andrew no le pasó desapercibido aquel gesto. Era más que evidente que su hermano sentía algo profundo por ella.

— Si lo que Meg nos contó es verdad, tengo que reconocer que es una mujer muy valiente. Eso o está loca. Imagínate, meterse ella sola en la boca del lobo. Con todo el odio y resentimiento que hay entre los dos clanes... le echó mucho valor. Y además te ha salvado la vida. Desde luego tiene coraje.

—Demasiado para su propio bien —dijo Evan mirando a su hermano.

Andrew esbozó una sonrisa.

—Menos más que Colin no tenía razón y las mujeres McGregor no tienen barba.

Evan sonrió a su pesar.

—¿Qué vas a decirle a Dune McGregor cuando llegue? Imagino que

querrá matar a alguien primero y hablar después —preguntó Andrew fijándose en el rostro de Meg. Verla sufrir tampoco era un plato de buen gusto para él. En las semanas que llevaba allí le había cogido cariño, sobre todo porque veía por primera vez en mucho tiempo a su hermano reaccionar emocionalmente ante algo. Desde que muriera Kerr, se había encerrado en sí mismo como si el peso del mundo entero tuviese que descansar sobre sus hombros.

Evan miró a Andrew antes de contestar.

—Le contaré todo lo que ha pasado. Tiene derecho a saberlo. Es su hija. Aunque sería de ayuda saber algo más sobre el hombre que intentó matarme.

—¿Sigues pensando que es alguien de nuestro clan? Me cuesta creer que uno de nosotros sea capaz de hacer algo así —aseveró Andrew.

Evan era tan reacio como su hermano a pensar en una traición semejante, pero la realidad era contundente.

—Lo único que sé, Andrew, es que quien fuese conocía bien el castillo, entró en él sin levantar sospechas y se escabulló como si nada. Eso solo puede hacerse de dos maneras. O bien es un McAlister o fue ayudado por uno.

Andrew sabía que Evan tenía razón.

—Está bien —dijo Andrew, levantándose—. Empezaré a buscar entre nuestros hombres. Luego te subo algo para comer.

Andrew salió de la habitación, dejando a Evan con Meg que comenzaba

agitarse nuevamente. Le tocó la piel, le rozó la mejilla con los dedos y estaba ardiendo. Maldiciendo por lo bajo, metió un paño en el agua fría del aguamanil y se lo colocó en la frente. Si seguía así no duraría mucho tiempo. Esa maldita fiebre la estaba consumiendo con rapidez.

El peor momento fue esa misma noche, de madrugada, cuando Meg, entre quejidos, deliraba. Evan, desesperado, no sabía que más podía hacer. Se sentía impotente y furioso. Se juró a sí mismo que si cogía al hombre que le había disparado, lo mataría con sus propias manos.

Cuando Meg se quejó sollozando, volvió a ponerle paños húmedos en la frente, y con delicadeza le humedeció los brazos, las piernas y el pecho, soportando la tortura de verla sufrir.

Estuvo aliviándola de aquel modo hasta que se quedó más tranquila. Cuando le tocó la frente y comprobó que esta no quemaba como si fuese el mismo infierno, soltó el aliento que llevaba conteniendo toda la noche.

A pesar de ello, por primera vez en aquellos tres días, la duda de que Meg pudiese no sobrevivir hizo mella en su interior. El dolor sordo que acompañó a aquella idea le dejó sin respiración, desgarrándolo por dentro, mientras su mente se repetía una y otra vez que no podía perderla.

Con ese pensamiento, se tumbó en la cama, junto a ella, y la atrajo hacia su pecho. Sabía que no tenía lógica ninguna pero todo su ser le exigía que la abrazara, que la sujetara fuerte entre sus brazos, como si de esa forma pudiese

protegerla. Acarició sus cabellos, que se deslizaron entre sus dedos como si fueran seda, y enterró su rostro en ellos intentando darle su fuerza para que pudiese seguir luchando. Por primera vez en la vida, entendió a su hermano Kerr. Ahora no le cabía duda de por qué había acogido la muerte con una sonrisa en los labios solo unas horas después de que su mujer hubiese fallecido.

En su fuero interno siempre pensó que él no sería capaz de enamorarse de esa manera. Y allí estaba, sintiendo que no solo se le escapaba entre los dedos la vida de Meg, sino también la suya propia. Porque si a Meg le pasaba algo, una parte de él moriría con ella, y no creía que pudiese recuperarla jamás. Su corazón era completamente suyo.

Andrew entró a la habitación cuando las primeras luces del alba empezaban a iluminar el cielo nocturno. Cerró la puerta tras de sí y se quedó contemplando a las dos personas que ocupaban el lecho. Una sonrisa se extendió por sus labios. Si alguien le hubiese dicho que sería testigo de ello, le habría llamado loco. Un McAlister y una McGregor. Dos enemigos durmiendo juntos, abrazados. Un McAlister protegiendo a una McGregor, amando a una McGregor.

Quizás, después de todo, los milagros sí existieran.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente la fiebre de Meg remitió, y Evan supo sin lugar a dudas que iba a ponerse bien. Era demasiado cabezota y rebelde como para rendirse.

Cuando la dejó esa mañana estaba durmiendo, y su sueño era reparador y tranquilo, en nada comparable a la agonía de la noche pasada, en la que con un nudo en el estómago y el corazón en un puño, pensó que Meg no llegaría a ver un nuevo amanecer.

Le hizo falta voluntad para apartarse de su lado, pero la verdad era que ahora que parecía que el peligro había pasado, debía de asearse y comer algo por mucho que le costase alejarse de ella. Sentía una necesidad física y emocional de estar junto a ella, de poder tocarla, verla y sentirla. Después de los últimos días le parecía un milagro que siguiera con vida y cuando cerraba los ojos a veces temía que al abrirlos todo se hubiese desvanecido y que la enfermedad se hubiese cobrado su precio.

Pensaba en ello mientras terminaba de darse un baño cuando Colin entró en tromba en su habitación.

No hizo falta que dijera nada, su mirada lo decía todo. Dune McGregor acababa de llegar.

Se terminó de vestir a toda prisa y bajó al salón donde la voz del jefe

McGregor resonaba por las paredes de piedra de aquel castillo como si fuese un trueno.

—¿Dónde está mi hija? —bramó Dune—. No voy a preguntarlo una vez más. O me dicen ahora mismo dónde está o derribo este castillo piedra a piedra hasta que la encuentre, aunque tenga que llevarme por delante a todos los malditos McAlister que habiten en él.

Evan entró en el salón. Dune McGregor estaba más mayor de lo que recordaba. Las canas que cubrían su cabello y su barba así lo confirmaban. Sin embargo, a pesar de su edad seguía siendo un oponente temible. Su cuerpo evidenciaba que el paso de los años no había menguado en nada su fortaleza física, fruto sin duda del entrenamiento diario. Evan fue consciente del brillo peligroso y letal que se adueñó de los ojos de Dune McGregor cuando posó su mirada sobre él.

A su lado había dos hombres, corpulentos y bien entrenados, así como una muchacha hermosísima, de cabello negro y ojos azules que le miraba con preocupación e impaciencia. Algo en ella le recordaba a Meg.

En el mismo momento en que llegaba hasta quedar a escasos metros del jefe McGregor, Andrew entró también el salón, poniéndose a su lado.

—Su hija está ahora descansando.

—¿Descansando? ¿Por qué? —preguntó Dune McGregor apretando la mandíbula en un acto reflejo que indicaba que se estaba conteniendo.

Evan miró a Malcom y a Colin, que estaban detrás de él en el salón. Ambos asintieron y abandonaron la estancia. El jefe McGregor hizo lo mismo con sus hombres, que salieron de la estancia. Ahora estaban solo Evan, Andrew, Dune McGregor y la muchacha de ojos azules.

—Alguien intentó matarme hace tres días, y ella me salvó la vida. A consecuencia de ello, salí herida. Ha tenido mucha fiebre y en un primer momento temimos por su vida, pero esta mañana la fiebre ha remitido, lo que nos hace pensar que se recuperará del todo.

La cara de Dune McGregor se contrajo mientras apretaba un puño como si quisiera asesinar a alguien, y Evan sabía exactamente a quien.

—Espero que todo lo que acaba de salir por tu boca no sea la única explicación para decirme que mi hija ha estado a punto de morir. Tendrás que contarme qué demonios hacía ella aquí, cómo llegó y cómo ha acabado con una herida de esa magnitud. Y tendrás que hacerlo jodidamente bien para que no te despelleje después de haberte quemado los huevos con un hierro al rojo vivo.

Evan alzó una ceja ante la parrafada de McGregor. Si bien entendía la preocupación y la absoluta perplejidad de la situación, no iba a consentir que Dune McGregor le hablara de aquel modo en su propia casa.

—Entiendo que esté confundido y que necesite una explicación más extensa pero...

Evan no pudo terminar. Dune McGregor lo interrumpió con un tono de voz que rayaba la ira.

—No tienes hijos, así que no me digas que entiendes nada, porque la verdad es que no entiendes una mierda.

Evan endureció la mandíbula antes de dar dos pasos al frente y quedar a escasa distancia del jefe del clan McGregor.

—Porque su hija me ha salvado la vida y porque sé que está nervioso por su salud, voy a hacer como que no he escuchado sus últimas palabras, de lo contrario me dará igual que ella sea su hija, me dará igual el decreto real, y me dará igual cualquier cosa que salga por su maldita boca porque lo sacaré a rastras de mis tierras, no sin antes enseñarle buena educación. Y créame que para cuando llegue a las suyas, no será ni la sombra de lo que es ahora. De eso me encargaré yo mismo.

Dune McGregor apretó los dientes y los puños. Los dos hombres se quedaron a escasos pasos, mirándose, como si ambos se estuviesen perdonando la vida.

Evan sabía que Dune McGregor había sido un duro oponente de su padre. El odio entre los dos clanes era más que palpable y a lo largo de los años había segado más de una vida, sin embargo, su padre siempre le dijo que a pesar de todo Dune McGregor tenía honor. Esperaba que eso fuese cierto y que dejara a un lado su ira a fin de que pudiesen hablar.

El silencio continuaba y la situación se volvió insostenible hasta que la muchacha que había al lado del jefe McGregor posó una mano sobre el brazo de este, haciendo que se girara para mirarla.

—Padre, por favor... Quiero ver a Meg, necesito saber que está bien.

Evan no se hubiese quedado más sorprendido si no lo hubiese visto con sus propios ojos. Dune McGregor se mordió la lengua ante la súplica de su hija. Esa debía ser Aili, la hermana mayor de Meg. Por eso le había recordado a ella. A pesar de que no tenía ni el mismo color de pelo ni de ojos, algo en su expresión, en la forma de hablar, de mirar, era exactamente igual a las de Meg.

—¿Puedo ver a mi hermana? —preguntó Aili adelantándose unos pasos. Su voz denotaba la angustia y preocupación que sentía en ese momento.

—Yo la acompañaré hasta ella.

Esas pocas palabras hicieron que Aili mirase al hombre que estaba al lado de Evan McAlister. Se parecía mucho al jefe del clan McAlister, salvo en el color de los ojos y el pelo. También en la expresión. Aunque el semblante de aquel hombre era serio, algo en su mirada y en sus facciones le hizo pensar que era dado a la sonrisa.

—Imagino que deseará ver también usted a su hija. Aunque me gustaría que antes habláramos en privado. Sé que tiene muchas preguntas que hacer — dijo Evan intentando aplacar la furia del jefe del clan McGregor, que sabía a ciencia cierta que se estaba conteniendo por no matarle en aquel momento.

Aunque detestaba a aquel hombre, comprendió que si él estuviese en su lugar seguramente ya lo hubiese hecho.

Sabiendo que la conversación que tendrían sería del todo menos fácil, los hermanos McAlister salieron del salón seguidos por el jefe McGregor y su hija.

CAPITULO XXII

—¿Cómo se puede ser tan obtuso, tan jodidamente imbécil?

La voz del jefe del clan McLean resonó entre las cuatro paredes de aquella casucha en mitad de la nada.

—Teníamos un acuerdo. Solo debías de crear confusión a fin de que los demás Lairds presionaran a McAlister para que esa unión no se llevase a efecto. Con casi todos los clanes en su contra, podríamos haber conseguido algo ante el rey. Y sin embargo, ahora mira donde estamos. Has matado a un hombre y una mujer ha resultado herida.

El hombre que se apoyaba sobre la única mesa que había dentro de la única habitación de la casa, miró al jefe McLean con una sonrisa en los labios.

—Las cosas no salieron como las tenía planeadas, y me repugna a mí más que a nadie tener que matar a un hombre de mi clan, pero descubrió algo que me involucraba y no tuve más remedio. El fin justifica los medios. En ocasiones hay que realizar sacrificios, por muy difíciles que sean, y por nada del mundo se puede llevar a cabo ese matrimonio.

McLean enfrentó al hombre del clan McAlister con una ceja alzada.

—Nunca debí confiar en ti. Tu torpeza nos puede llevar a una guerra. ¿Qué pretendías conseguir haciéndoles creer que un McGregor había matado a

ese hombre? ¿Quién iba a creerse eso? Solo a un ignorante sin cerebro se le podría haber ocurrido semejante plan.

El hombre se irguió, cambiando su expresión. Ahora había tanto odio e ira en su mirada que hasta McLean pensó por un momento que más que un hombre en busca de venganza era sin duda un loco.

—Escúcheme bien. A pesar de lo que ha pasado, todo ello nos ha llevado hasta donde estamos, y eso es con la hija de McGregor al borde de la muerte y con el propio Dune McGregor dirigiéndose hacia las tierras de los McAlister. Es nuestra oportunidad de acabar con él. De forma limpia y sin que nadie pueda hacer nada. Yo puedo acercarme lo suficiente como para acabar con su vida sin que nadie sospeche nada hasta que la mirada vidriosa de ese hijo de puta evidencie su muerte.

—Estás loco —dijo McLean mientras daba un paso atrás—. No cuentes conmigo para eso.

El hombre se encogió de hombros como si las palabras que acababa de pronunciar McLean no le importasen en lo más mínimo.

—No te necesito. No necesito a nadie para acabar con él. Así que vuelve a tus tierras, a tu comodidad, que yo haré el trabajo sucio por todos vosotros.

El jefe de clan McLean jamás pensó que haría un pacto con el diablo cuando ese hombre del clan McAlister se puso en contacto con él. Solo

esperaba vivir el tiempo suficiente como para no arrepentirse, porque si McAlister alguna vez lo averiguaba sabía que no habría lugar en la faz sobre la tierra donde pudiese resguardarse de él.

Evan le ofreció asiento a Dune McGregor. Estaban los dos solos. Solo unos momentos antes, habían estado viendo a Meg, que seguía dormida y sin fiebre. Aili y su hermano Andrew se habían quedado junto a ella, mientras Evan junto a Dune McGregor, habían entrado en la habitación contigua a fin de poder mantener esa conversación que no admitía más demora.

Mientras tomaban asiento, Evan no hacía sino recordar cómo le había sorprendido ver al viejo McGregor acercarse a su hija, cogerle una mano y besarla suavemente en la mejilla como si fuese un preciado tesoro. Esa demostración de afecto proveniente de un hombre como aquel, y delante de ellos, evidenció lo que sentía por su hija más que cualquier otro gesto. Cuando levantó la vista y vio en su mirada el dolor, la preocupación y la furia que destilaba, comprendió que a pesar del odio mutuo que se tenían ambos clanes no eran hombres tan diferentes. Decían de McGregor que no tenía piedad ninguna, que trataba a los suyos con mano dura y determinación, de tal manera que la lealtad que le profesaban era más producto del miedo que del respeto.

Sin embargo, al ver como ese guerrero se esforzaba por no

desmoronarse frente a su hija, herida e indefensa, entendió hasta qué punto los prejuicios, tras años de un odio que ya nadie recordaba de dónde provenía o por qué seguía ejerciendo un poder tan absoluto sobre sus vidas, habían hecho mella en las verdades y percepciones de los miembros de ambos clanes.

La voz de Dune McGregor hizo que volviera al presente.

—Tiene toda mi atención, pero espero que la explicación que tenga sea suficiente para impedir que le mate por permitir que le pasara algo a mi hija.

Evan asintió, mientras pasaba a relatarle lo que había acontecido en las últimas semanas, desde la llegada de Meg al castillo. De qué forma la hija de Dune McGregor había entrado en sus vidas, así como el hecho de que hasta la noche del ataque, ellos desconocieran su verdadera identidad. También le contó lo que Meg le reveló esa noche, y lo que sabían hasta ese momento del atentado que había sufrido. No se dejó nada por explicar salvo el hecho de lo que había pasado entre ellos dos.

Dune McGregor le dejó hablar y solo le interrumpió un par de veces para que le aclarara algún punto que no había llegado a entender.

Cuando Evan terminó, lo que escondía la expresión de McGregor era difícil de descifrar.

—Sabía que a Meg le había afectado la noticia de la orden real más que a ninguno, pero jamás imaginé que pudiese hacer algo así. Aunque no sé por qué me sorprende —dijo Dune con gesto serio y resignado—. Cuando me dijo

que quería pasar unos días con el clan McDuff para ver a su amiga estuvo de acuerdo porque pensé que era una forma positiva de que fuera asimilando la noticia. Entonces debí darme cuenta de que mi hija, la aceptación y la docilidad son totalmente incompatibles. Es rebelde por naturaleza. Donde ve una injusticia, ahí se mete de cabeza, sin medir las consecuencias ni los peligros. Pero esto... esto es una locura. Y cuando pille a Adam McDuff le voy a despellejar por ayudarla. A saber a qué otros peligros ha estado expuesta.

Evan miró a McGregor.

—Si algo puedo decir después de estas semanas conociendo a Meg es que le ha enseñado muy bien a defenderse sola.

McGregor miró a Evan con gesto adusto.

—¿Y de qué ha tenido que defenderse mi hija desde que está aquí? Dígamelo —preguntó con un tono calmado que no presagiaba nada bueno.

Evan enarcó una ceja antes de contestar.

—Mas bien podíamos decir que ha sido al contrario.

—¿De qué está hablando? —preguntó McGregor visiblemente intrigado.

Evan sonrió de medio lado.

—El mismo día que llegó aquí, estuvo trabajando en la cocina. Digamos que por un error que cometió, prácticamente envenenó a la totalidad de mis hombres. Inutilizó al clan por completo ella solita. Hubiese estado muy

orgullosa de ella. Estoy seguro.

Dune McGregor enarcó una ceja ante sus palabras. Casi podía haber jurado que la sombra de una sonrisa había anidado en sus labios.

—Cuando le pedí explicaciones, no se amedrantó, ni se excusó. Dio la cara, me dijo que había sido ella por error y con los brazos en jarras, me dio su punto de vista de forma clara y contundente. Eso, visto en perspectiva, para una joven que acaba de meterse en la casa de su enemigo y que ha crecido pensando que son el mismo diablo, debió de ser todo un reto —siguió Evan con determinación—. Su hija tiene mucho coraje. Es valiente, de eso no hay duda, sin embargo estoy de acuerdo con usted en que piensa demasiado poco en su bienestar.

Evan vio un brillo apreciativo en los ojos del viejo McGregor.

—¿A dónde quiere llegar, McAlister? —preguntó Dune que a su edad ya era perro viejo.

Evan le miró fijamente a los ojos, para que pudiese comprobar la seriedad de las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—A pesar de lo que ha pasado, de que su hija nos haya engañado, ahora entiendo por qué lo hizo. Deduzco que siempre piensa en el bienestar de los demás antes que en el suyo propio, y eso la honra, pero le hace un flaco favor. Como ha podido comprobar en el rato que hemos estado en la habitación con ella, se han acercado varios miembros de mi clan para interesarse por su

estado y para ver si podían ayudar en algo. Lo normal es que mi clan al completo nada quisiese saber de ella. Los ha utilizado y les ha mentido desde que llegó aquí, sin embargo su hija, en solo unas semanas, se ha ganado el respeto y el cariño de los miembros de mi clan, que en vez de volverle la espalda o de odiarla por lo que ha pasado, no han hecho otra cosa durante los últimos días que excusarla ante mí y prestarle todo su cariño y apoyo.

McGregor le miró con una expresión de incredulidad.

—Hace una semana salvó a dos niños de este clan, de cinco y siete años, de morir ahogados en el lago. Se metió en las frías aguas y nadó con ahínco y con más fuerza de la que yo podría imaginar para sacarlos, a costa de su propia seguridad. Llegamos a tiempo de ayudarla, pero si esos niños siguen con nosotros es gracias a ella. —Evan se detuvo un instante, antes de seguir. Las palabras que pronunció a continuación las dijo mirando directamente a McGregor a los ojos—. Es la mujer más testaruda, cabezota, rebelde e ingobernable que conozco. Pero también es la mujer más fuerte, valiente, noble, inteligente y hermosa que he visto en mi vida. Ha conquistado a mi clan por entero en solo unas semanas, y a pesar de que ahora saben que es una McGregor, todos han venido a justificarla y defenderla ante mí, por si se me pasaba por la cabeza tomar represalias por su engaño. Como si eso fuese posible —dijo Evan con una sonrisa en los labios—. Antes de caer desmayada por el dolor tuvo la osadía de ordenarme que la llevara con el clan McDuff.

Pensaba que iba a morir y no quería que la encontraran aquí. Pensaba que eso traería una guerra entre nosotros y no quería que por su culpa ninguno de los dos clanes sufriera daños. Parece ser que no solo mi clan ha caído rendido a sus pies. Parece que ella también se ha encariñado con los McAlister. Así que, en vista de esto y a pesar de que sé que es imposible que podamos olvidar todo lo que ha pasado entre los McAlister y los McGregor, creo sinceramente que esta enemistad hace muchos años que dejó de tener algún sentido. Demasiados años de rencor y odio que han ocasionado un exceso de pérdidas en ambos lados. El decreto real no es de mi agrado, e imagino que tampoco del suyo, y si bien en un principio fue recibido por mí y por los míos como si de una penitencia se tratara, creo que ahora podría ser el punto de partida de algo bueno para ambos clanes. Con esta unión podríamos empezar a contar una historia diferente. Podíamos trazar un puente entre ambos. Creo sin lugar a dudas —continuó Evan apretando un puño ante la vista de Dune McGregor, confiriendo más fuerza a las palabras que estaban por decir— que hay muchos más que temen esta unión, no porque odien a los McGregor o nos odien a nosotros sino porque lo que más temen es que nuestra enemistad llegue a su fin. ¿Dos de los clanes más poderosos de las Highlands siendo aliados? Eso es algo que muchos matarían por evitar.

McGregor miró a Evan McAlister más detenidamente.

Desde que recibiera la misiva en la que le comunicaban que su hija

estaba con el clan McAlister y que debían hablar, había pensado en cómo matar a ese malnacido. Había conocido a su padre, y a pesar de algunas semejanzas entre ellos, el hombre que tenía delante era más temible, más letal y más inteligente que su progenitor. A pesar de su juventud, su mirada era la de un hombre con mucha más experiencia. Un hombre que había visto y vivido cosas que marcan de por vida.

Después de la locura de las últimas horas, de todo lo que había escuchado, del plan descabellado de Meg para proteger a su hermana y a ella de aquel hombre del que siempre habían oído nombrar como «el demonio de Escocia», debía admitir que lo que Evan McAlister le estaba diciendo tenía todo el sentido del mundo, por mucho que le costase reconocerlo. Porque los hombres mataban por mucho menos, así que, sí, habría muchos que darían lo que fuera porque esa unión no se llevara a cabo, y hasta solo unos minutos antes él hubiese sido uno de ellos.

CAPITULO XXIII

—Así que lo que estas tratando de decirme es que quieres cumplir el decreto real y casarte con una de mis hijas. Y con ello intentar poner fin a años y años de odio y rencor entre nuestros dos clanes. ¿Es eso? —pregunto Dune con dureza.

Evan se inclinó hacia delante quedando un poco más cerca del jefe McGregor.

—Mas o menos, salvo por el hecho que no quiero casarme con una de sus hijas. Quiero casarme con Meg. Será con ella o no habrá unión.

—No entiendo la finalidad de esta conversación —contestó McGregor abriendo los brazos en un gesto que indicaba a las claras que esa unión ya estaba más que decretada—. Esta unión es un mandato real, no hay nada que hablar, no es algo que podamos decidir nosotros mismos, si no, ten por descontado que jamás te entregaría a una de mis hijas.

Evan endureció la mandíbula mientras veía la furia brillar en los ojos de McGregor.

—El matrimonio es inevitable, pero la forma en la que lo llevemos a cabo , eso podemos decidirlo nosotros —dijo Evan enfatizando cada una de sus palabras con fuerza—. Antes de esta conversación esa unión iba a ser una

farsa, y los dos lo sabemos. De esta forma le ofrezco la posibilidad de que no lo sea. De que sirva para algo. De que intentemos terminar con esta enemistad enfermiza que diezma nuestros clanes y nos hace más débiles. El viernes, cuando intentaron matarme, estoy seguro de que lo hicieron con motivo de este enlace. Quieren que no se lleve a cabo. Reuní bajo mi techo a varios Lairds de la zona, aliados naturales de los McAlister, debido a que este decreto ya estaba suscitando problemas y recelos con ellos.

—¿Crees que el ataque ha sido obra de alguno de ellos?

Evan sabía lo que McGregor le estaba preguntando.

—Puede, aunque sin duda ha tenido que ser con la ayuda de alguien de mi propio clan.

McGregor miró a Evan McAlister por unos segundos antes de hablar.

—¿Estás seguro? Ha debido ser muy difícil para ti confesarme que puede que uno de tus hombres te haya traicionado.

Evan apretó los dientes antes de intentar contener la furia que ese hecho le producía.

—No lo sabes bien, pero estoy seguro de ello. El hombre al que mataron... era un guerrero bien entrenado. La herida fue con un cuchillo. Alguien se le acercó lo suficiente para matarlo pero sin que él se defendiese. Eso es porque lo conocía y no esperaba que esa persona le atacase. No le dio opción ninguna. El hombre que lo encontró dice que tenía esto entre los dedos.

Evan sacó el trozo de tela que llevaba guardado entre su ropa.

—Son los colores de mi clan —exclamó sorprendido McGregor—. No pensarás por un momento que nosotros hemos tenido algo que ver, ¿verdad, muchacho? Porque si hubiese querido acabar contigo lo habría hecho de frente —terminó McGregor apretando un puño.

—Sé perfectamente que no han tenido nada que ver, pero el que lo mató quería que lo encontrara. Creo que me estaba dejando un mensaje.

—Entiendo —dijo Dune con el ceño todavía fruncido.

—La noche de la reunión, el salón estaba lleno de gente, pero nadie vio nada extraño, nada fuera de lugar. Sin embargo, un hombre se coló hasta el primer piso y me apuntó con una flecha. Si no hubiese sido por Meg quizás esta conversación no estaría teniendo lugar. Mis hombres salieron tras él, pero se escabulló como si nunca hubiera existido. Eso solo es posible si conoces este castillo a la perfección.

—Pues tienes un problema, muchacho. Bien gordo.

Evan apretó los dientes antes de fulminar a McGregor con la mirada.

—¿Puede dejar de llamarme muchacho? Hace mucho que dejé de serlo, viejo.

McGregor esbozó, por primera vez desde que llegara, una sonrisa sincera.

—Está bien. Dejaré de hacerlo solo si me contestas a una pregunta.

Evan tomó aire a fin de que aquel hombre no consiguiera que perdiera todo su autocontrol.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo Evan cuando McGregor alargó el silencio entre ambos.

Dune McGregor se inclinó un poco hacía delante en la silla quedando a escasos centímetros de Evan. Su mirada se clavó en sus ojos como si tuviese la certeza de que observándole atentamente podría evaluar si su respuesta era en verdad sincera o no.

—Me has contado los motivos por los que quieres esta unión, y me has dicho que tiene que ser Meg. ¿Por qué Meg? ¿Tu elección es solo porque tu clan ya la ha aceptado o hay algo más? Piénsalo bien, porque a pesar de que mi hija ha sido un quebradero de cabeza desde que salió llorando del vientre de su madre, y que ha estado a punto de meterme en más guerras de las que se han ocasionado por motivos legítimos y justificados, sigue siendo mi pequeña y no quiero que sufra.

—Jamás le haría daño.

La forma en que lo dijo, la fuerza que imprimió a sus palabras, el destello de furia que vio en los ojos de Evan McAlister al sugerir que él podría hacerla sufrir, fue muy revelador. Ahí tenía su respuesta, aunque el propio Evan McAlister no se hubiese dado cuenta de ello.

—Si Meg está de acuerdo, acepto tu propuesta —dijo Dune McGregor

extendiendo su mano.

Evan la estrechó fuerte. Por primera vez en varios días se permitió respirar con cierta normalidad. Ahora solo quedaba que Meg aceptara su destino.

CAPITULO XXIV

Andrew miró a la mujer que tenía frente a sí, sentada al otro lado de la cama, mientras ella sostenía la mano de su hermana. Tenía que reconocer que cuando la vio abajo momentos antes, había sentido como si le hubiesen dado un puñetazo en las entrañas.

El corazón se le había acelerado como si hubiese estado entrenando durante horas y algo en su interior se había removido dejándole con la respiración entrecortada.

Jamás en la vida le había pasado algo parecido. Y aunque estaba seguro que nadie había notado su reacción, a él todavía le costaba conciliar todo lo que le había provocado la hermana de Meg.

Se fijó en sus ojos azules, como el mar embravecido, expresivos, brillantes, anegados en lágrimas sin derramar, pugnando por obtener una libertad que ella, con voluntad férrea, se negaba a conceder.

La vio tragar saliva en un intento de controlar lo que a todas luces era una lucha interior por la preocupación y la angustia que había padecido desde que supo que su hermana estaba allí. La entendía a la perfección. Los días que estuvo al lado de Kerr en la cabecera de su cama, esperando a una recuperación cada vez más inalcanzable, habían sido los peores de su vida.

Cuando murió, fue como si un pedazo de él muriese también. Una parte de él que enterraron con su hermano para siempre.

—Se pondrá bien. Lo peor ya ha pasado —dijo Andrew intentando mitigar en algo su preocupación.

Aili besó la mano de su hermana antes de dejarla sobre su regazo y mirar al hombre que tenía enfrente.

—Lo sé, pero veo en su rostro las huellas que han dejado estos días de enfermedad y mirándola, sé que he estado muy cerca de perderla. Eso hace que no pueda dejar de temblar por dentro. Lo siento, pero es la verdad.

Andrew miró a Aili a los ojos y lo que vio en ellos hizo que se sintiera como si una forja al rojo vivo recorriera su cuerpo de los pies a la cabeza. Esos ojos parecían desnudar su alma. Incapaces de contener ni esconder una pizca de los sentimientos de Aili, estos se mostraban sin subterfugios ni engaños, desbordando sus emociones en cada pequeño aleteo de sus largas pestañas. Era como si en ese momento todo su ser hablase por ellos. Maldita sea, ¿qué le estaba pasando?

—No te disculpes por querer a tu hermana y preocuparte por ella. Lo entiendo perfectamente. Pero como he dicho antes, lo peor ya ha pasado. Es demasiado obstinada y cabezota como para rendirse fácilmente.

Los labios de Aili esbozaron una sonrisa espontánea y mortal. Como si un rayo le hubiese alcanzado, así sintió el efecto demoledor de ese simple

dibujo en sus labios.

—Veo que has conocido la fuerza y rebeldía de Meg. Yo la adoro por ello, aunque haya personas a las que esas cualidades le parezcan defectos insalvables.

Andrew esbozó una de esas sonrisas inherentes a su persona.

—Pues entonces ya somos dos.

Aili le miró atentamente durante unos segundos antes de decir con una voz algo dulce y grave.

—Gracias.

Andrew sintió la calidez de esa simple palabra hasta en la yema de los dedos.

—Aili...

Aili miró a la cama al escuchar su nombre, casi en un susurro, salir de los labios de su hermana. Eso la hizo perder por un instante la batalla que pugnaba en su interior por mantener las formas y no derrumbarse ante aquella situación. Lo supo cuando notó sobre su mejilla una lágrima sigilosa, solitaria.

—Meg, cariño, ¿estás bien? —le preguntó cuando pudo hablar sin que el nudo que sentía en la garganta se lo impidiera. Se inclinó más sobre la cama, tocando la frente y la cara de su hermana como si así pudiese creer que en verdad Meg se había despertado y estaba hablando con ella.

—Estaría mejor si dejaras de aplastarme —dijo Meg con una mueca.

Aili soltó una pequeña carcajada mientras volvía a sentarse en la silla que había junto a la cabecera de su hermana, pero sin soltarle la mano. Era incapaz de dejar de tener contacto con ella.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo has llegado? —preguntó Meg mirando por primera vez a su alrededor. Al ver a Andrew, su mano se tensó un poco sobre la de Aili.

—Hola, Meg —dijo Andrew cuando vio la expresión preocupada de esta al darse cuenta de su presencia.— No debes preocuparte. Tu hermana y tu padre están aquí, y como ves todavía no hemos comenzado una guerra. Evan está hablando con tu padre y debes estar tranquila.

—¿Los habéis dejado solos? Dios mío, ¡estáis locos! —dijo Meg intentando incorporarse.

La cabeza le dio vueltas en el mismo instante en el que intentó levantarse, cosa que no logró cuando dos pares de manos la sujetaron para dejarla otra vez tumbada sobre la cama.

—Andrew, por favor. Ve con ellos. Mi padre es un hombre con el que no es fácil hablar. Es más un hombre de armas —dijo Meg mirando a Andrew con angustia.

Andrew esbozó una pequeña sonrisa y alzó una ceja.

—A Evan no se le conoce precisamente por ser un ángel. Es uno de los Lairds más respetados y temidos de todas las Highlands. Sabe defenderse él

solito. Le dolería saber que no tienes confianza en él.

Meg hizo un gesto con los ojos que hizo que Aili también esbozara una pequeña sonrisa.

—Sé de lo que es capaz tu hermano. Le he visto entrenarse y le he visto actuar. Pero Dune McGregor es mi padre y no quiero que ninguno de los dos salga herido. ¿Podrías ir y ver que todo va bien? Por favor, Andrew.

Andrew miró a Aili, que le suplicó con los ojos que hiciese lo que su hermana le solicitaba. Andrew pensaba ir desde el primer momento pero después de que Aili se lo pidiese de aquella forma, supo con certeza que jamás hubiese podido negarse y eso le sorprendió y preocupó a partes iguales. Esa mujer tenía un poder sobre él que era inaudito.

—De acuerdo, fierecilla. Ahora vuelvo.

Andrew miró de nuevo a Aili antes de salir de la habitación y llevarse con él la tibia sonrisa que le había brindado por hacer que Meg se sintiese mejor.

Cuando la puerta se cerró tras él, Aili besó a su hermana en la mejilla y la abrazó con fuerza como si temiese que se la fuesen a arrancar de sus brazos.

—¿Cómo se te ocurre hacer una locura como esta? ¿En qué estabas pensando, Meg? —preguntó Aili sin acritud, solo con la preocupación propia de una hermana que todavía temblaba al pensar en cómo podía haber acabado aquella temeridad.

Meg miró a su hermana. Era consciente de que las cosas no habían salido como ella había planeado. Solo iba a estar allí un par de semanas. Nadie se enteraría y ella sabría si el hombre con el que debía casarse alguna de las dos era el demonio del que había escuchado hablar. Pero todo se había complicado. Dos semanas se convirtieron en algo más, los McAlister no resultaron ser como pensaba y Evan McAlister no era el diablo de las Highlands. Jamás había pasado tanto miedo como la noche en que la hirieron. No por ella misma, sino porque pensó durante los pocos segundos en los que vio a aquel hombre apuntar una flecha al corazón de McAlister, que Evan moriría. Al recordarlo todavía se estremecía. No sabía ni siquiera cómo había llegado a tiempo, pero no lo pensó. Solo sabía que tenía que salvarle, que tenía que retirar el peligro de su camino. ¿Cómo había podido sentir tanto por alguien en tan poco tiempo? Esa era una pregunta que no estaba todavía preparada para contestar. Le aterraba pensar en que pudiese amar a alguien de esa manera, con tal intensidad como para dar su vida por él. Eso sí que era una locura, y debía recobrar la cordura cuanto antes. Porque el hecho de que ella le amase de aquella manera solo significaba que saldría herida, y de esa herida sabía a ciencia cierta que no podría recuperarse.

—Tienes razón, Aili. Fue una locura. Solo quería saber si lo que decían de él era verdad. Teníamos el derecho de saber a qué nos enfrentábamos. Una de nosotras tenía que casarse con él y decían que era un monstruo. Sé lo que tú

estarías dispuesta a hacer por mí. Estoy segura que ya habías hablado con papá para sacrificarte en nombre de las dos, y no estaba dispuesta a que hicieras eso por mí. Y sé lo que sientes por McPhee. Nunca te pediría que renunciases al amor.

Meg se calló se repente cuando vio la cara de su hermana.

—¿Qué pasa, Aili? ¿He dicho algo malo? —preguntó Meg preocupada.

Había visto el ramalazo de dolor traspasar la mirada de su hermana.

—Respecto a eso, Meg, tengo que contarte algo. Mientras pensábamos que estabas con los McDuff, yo pase unos días con los McPhee, con Anna.

Meg sabía la amistad tan grande que su hermana Aili tenía con Anna, la hermana de Ian e hija del jefe del clan McPhee.

—En ese periodo de tiempo anunciaron el compromiso de Ian con la hija de los McDougal.

Meg se quedó helada. Extendió su mano hasta que tocó la de Aili. La cogió con fuerza intentando consolar lo que a todas luces no tenía consuelo ninguno.

—Lo siento, Aili, no sabes cuánto. ¿Cómo ha podido hacerte esto? Pensaba que te amaba —dijo Meg con la respiración algo agitada debido al disgusto.

— Ian resultó no ser el hombre que yo creía que era. Creo que ha sido lo mejor para todos. Y yo estoy bien. Te lo prometo —dijo Aili con convicción,

aunque Meg no se creyó ni por un instante que su resolución fuese real—. No volveré a enamorarme jamás. El matrimonio es solo un acuerdo y ya está — siguió Aili rompiéndole el corazón a Meg, que no reconocía en esas palabras a su hermana. De las dos, Aili siempre había sido la que había creído en el amor, la que había deseado encontrar a un hombre que la amara sin ambages, sin límites. Siempre había querido formar una familia. Tener hijos y construir un hogar. Estaba claro que la traición de Ian McPhee le había dolido y mucho.

—Ahora hablas así porque estás herida y te sientes traicionada, pero con el tiempo verás las cosas de otra manera —dijo Meg intentando insuflar ánimo y esperanza a las crudas palabras de su hermana.

—No, Meg. Sé lo que te digo. Un matrimonio concertado es lo mejor. Te ahorras el sufrimiento. Sabes a qué atenerte y además ayudas a tu clan con la alianza.

Meg sintió un nudo en la garganta y el corazón le dio un vuelco. Una idea se asentó en su mente, irrumpiendo con fuerza, con voz propia. Ella amaba a su hermana y quería que fuese feliz. Evan era el mejor hombre que había conocido, y había un decreto real por el que una de ellas debía casarse con él. Ahogó sus sentimientos no sin que estos se revelaran clavándose en su pecho con un dolor tan intenso que pensó que no podría volver a respirar, sin embargo la solución estaba tan clara, era tan evidente que no podía obviarla. Con Evan, Aili estaría segura. La trataría con respeto, con ternura. De eso

estaba segura. Solo debía hacerse a un lado y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Esta vez no sería Aili la que se sacrificase por los demás.

CAPÍTULO XXV

Evan dejó intimidad a Aili y a Dune McGregor para que pudieran estar un rato con Meg y hablar. Imaginaba que sobre todo Dune tendría muchas cosas que preguntarle a su hija, sin embargo eso no le hacía más fácil la espera. Sabía que estaba despierta y necesitaba verla. Después de los tres últimos días en los que no se había separado de su lado, intentando no volverse loco pensando en que podría perderla y en lo que eso significaba, ahora necesitaba ver su cara, su mirada color miel, sus pecas salpicando las mejillas al azar y su pelo rebelde y rizado que le encantaba enredar entre sus dedos.

Ver con sus propios ojos que era verdad que lo peor había pasado y que iba a ponerse bien.

Mientras esperaba, se reunió con Andrew y con Malcolm.

—¿Habéis descubierto algo más? —le preguntó a Malcolm mientras este dejaba encima de la mesa la Claymore que llevaba en la mano.

Malcolm miró a Evan con gesto serio.

—Nada significativo. Es como si ese hombre fuese un fantasma. Nadie parece haberlo visto con claridad. Estaba en las sombras en el primer piso, y todo ocurrió demasiado deprisa. Algunos dicen que creen haber visto un

hombre joven, otros a uno mayor e incluso hay alguien que cree que era una mujer. Lo más desconcertante es que nadie se cruzara con él ni le viera en su huida. Es cierto que salió del castillo con mucha facilidad, pero alguien tuvo que ver algo.

—Eso solo refuerza la idea de que el que disparó era un McAlister. Nadie repararía en él si se cruzara por los pasillos, porque es de los nuestros.

Evan dijo aquellas palabras totalmente convencido de que esa era la razón de que todavía no hubiesen averiguado quien era el hombre que había disparado contra él.

—Detesto darte la razón —dijo Malcolm endureciendo la mandíbula con furia—, pero yo he llegado a la misma conclusión. Sin embargo eso nos da un margen muy amplio. Hay mucha gente en este clan que odia a los McGregor.

Andrew dio un paso al frente antes de hablar.

—La cuestión no es quién odia a los McGregor, sino quién lo hace con tal intensidad como para matar a los suyos por ello. Eso reduce la lista. Sé que mis primos, sobre todo Calum, los odian por lo que le pasó a su padre, pero jamás haría daño a uno de los suyos y menos atentaría contra Evan. Lo quiere como a un hermano.

Evan asintió antes de volver a mirar a Malcolm.

—Empieza a buscar entre los miembros del clan con más edad que todavía puedan usar el arco o empuñar un cuchillo y hacerlo de forma certera.

Estoy seguro que quien mató a Ferbus fue el mismo que disparó con el arco.

—De acuerdo —dijo Malcolm antes de coger su espada para irse—.

¿Cómo está Meg? —preguntó a Evan antes de salir.

—Se pondrá bien —replicó este.

Evan le conocía desde toda la vida y sabía que aunque Malcom fuera un hombre parco en palabras con esa pregunta estaba manifestando una genuina preocupación por la joven.

—Me alegro. Será una McGregor, pero tiene la fuerza de los McAlister. Se puso delante de ti a sabiendas que eso podría matarla. Te salvó la vida. Es algo que ninguno de nosotros olvidaremos jamás. Yo lo tendría claro si tuviese que hacer una elección.

Después de esas palabras, Malcolm salió de la estancia dejando a Andrew con una sonrisa en los labios.

—Sabio consejo, hermano. Aunque imagino que no lo necesitas. A tenor de cómo os miráis, y de lo que he podido ver entre los dos, no puede decirse que el vuestro vaya a ser un matrimonio aburrido.

Evan miró a Andrew con una cara que hizo que Andrew levantara las manos en señal de paz.

—Sé que no soy Kerr y que él era el único de los tres con tendencia a hablar de sus sentimientos, pero..

Evan miró a Andrew con mayor intensidad.

—Pero soy tu hermano. Si necesitas hablar o Cualquiera cosa... —
continuó Andrew con cierta dificultad.

Tanto a Evan como a Andrew les costaba expresar sus emociones. Cada uno de ellos los enmascaraba de forma diferente, pero igual de efectiva. Aunque si alguno de los dos era más hermético que el otro ese sin duda era Andrew, por eso Evan valoró ese gesto.

—Lo sé —dijo Evan mientras le daba un toque con la mano en el hombro.

—Bien, porque pensé que me ibas a dejar terminar, y eso hubiese sido algo incómodo para los dos —aseveró Andrew con su eterna sonrisa mientras se encaminaba a la puerta y salía por ella, dejando a Evan solo.

Meg estaba recostada sobre cuatro almohadones. Su hermana y después Helen se habían turnado para hacerle la convalecencia lo más cómoda posible, y lo que estaban consiguiendo era volverla loca. Si le volvían a poner o a quitar un almohadón más se tomaba veneno. Y no era broma.

Había convencido a su hermana y a su padre de que fueran a descansar. Después de varios días de viaje estaban agotados. Y la charla que había mantenido con su padre había sido complicada. En más de una ocasión, Dune McGregor había elevado la voz al recordar lo que sintió al saber que estaba con el clan McAlister. Meg estuvo escuchando durante más de quince minutos

todos los apelativos nada cariñosos con los que su padre se refirió a su temerario plan.

Ahora que estaba sola, intentó descansar, intentó no pensar, intentó cerrar los ojos y olvidar dónde se encontraba y todo lo que había pasado, pero no lo consiguió.

Así que cuando escuchó abrirse la puerta creyendo que era Aili de nuevo se alegró de ello. La sonrisa se le desdibujó de los labios al ver que no era su hermana la que la miraba desde la puerta como si el tiempo se hubiese detenido y solo existiese ese momento.

Meg se tensó por entero al ver a Evan entornar la puerta y acercarse a ella. Se sentó en la silla que había junto a la cabecera de la cama antes de hablar.

—Por fin te veo despierta —dijo él con una pequeña sonrisa que hizo que el estómago de Meg se contrajera, como si estuviese lleno de mariposas—. ¿Cómo te encuentras?

Meg desvió la mirada hacia sus manos, que sostenían con demasiada fuerza las sábanas, antes de contestar. Debía relajarse y aparentar tranquilidad.

—Mucho mejor. Ya no parece que me estoy consumiendo por el fuego de forma lenta e inexorable.

Evan sonrió un poco más y Meg desvió la mirada. Si seguía mirándola de esa manera sus propósitos iban a ser mucho más difíciles de llevar a cabo.

Él cogió la mano de ella entre las suyas. Se moría por tocarla. No habían estado a solas desde la noche anterior a que su familia llegase.

Meg dio un pequeño respingo al sentir el contacto de Evan y, de forma suave, retiró su mano. Necesitaba poner distancia, no podía pensar cuando la tocaba.

Evan frunció ligeramente el entrecejo cuando vio la reacción de Meg ante su contacto.

—¿Qué pasa? ¿Seguro que estas bien? —preguntó el hombre. Meg estaba diferente. Al principio lo había achacado a la confusión de recobrar el conocimiento después de tres días de letargo y encontrarse con su familia allí y asimilar todo lo que había pasado. Había estado a punto de morir. Pero ahora no sabía que pensar. Meg no le miraba a los ojos como lo había hecho siempre, si no que esquivaba su mirada, al igual que había alejado su mano de la suya cuando él la tomó con cuidado.

—He estado hablando con tu padre. Todo está bien. A pesar del pasado de nuestros dos clanes, hemos conseguido mantener más de una conversación civilizada sin que llegemos a matarnos. Andrew me dijo que eso te preocupaba.

Meg le miró por primera vez a los ojos aunque solo fueron unos breves instantes antes de contestar.

—Mi padre es más un hombre de acción que de palabras. Temía que

desenvainara la espada y quisiera hablar después. Sin embargo me alegra haberme equivocado.

Evan asintió antes de sacar el tema que sabía que sería delicado pero necesario hablar entre los dos.

—Hablé con tu padre sobre el decreto real y ambos hemos llegado a la conclusión de que en estos momentos es la solución perfecta para crear una verdadera alianza entre nuestros clanes y acabar con todos estos años de rencillas y odio que apenas tienen sentido hoy en día.

Meg se adelantó a las siguientes palabras de Evan, dejándole con la palabra en la boca.

—Yo también he hablado con mi hermana. Cuando vine aquí lo hice solo con el propósito de saber qué clase de hombre eras, totalmente convencida de que eras el diablo en persona. No podía permitir que Aili se casara contigo si eso era cierto, y quería cerciorarme de ello. Sin embargo, eres alguien completamente diferente a como me había imaginado. De hecho, eres opuesto a lo que había creído. Creo que Aili no podría tener mejor marido. Así se lo he hecho saber.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Evan que no esperaba las palabras de Meg. Si había entendido bien, ella daba por hecho que se casaría con Aili.

Meg puso cara de inocencia. Sus ojos miraron directamente a Evan.

—A que yo creo también que esta alianza sería positiva para ambos clanes y para Aili. Es mi hermana y una segunda madre para mí, aunque solo nos separen dos años, pero ella se merece ser feliz, y creo que tú la harás feliz.

Evan endureció la mandíbula. La conversación estaba tomando un rumbo inesperado y absurdo que no le gustaba nada. Si lo estaba entendiendo bien, a Meg le daba igual que se casara con su hermana. De hecho parecía totalmente convencida en propiciar tal unión.

—El decreto real decía una de las hijas del jefe del clan McGregor. Eso os incluye a las dos —dijo Evan mirándola también directamente a los ojos.

Meg se hizo la sorprendida segundos después de hacer como si hubiese entendido de repente lo que Evan quería decirle.

—Pero no creerías que yo me casaría contigo, ¿verdad? No pienso casarme con nadie. Eso lo tengo clarísimo, aunque lo decrete el rey o el mismísimo Papa. Yo solo vine aquí procurando en todo momento la felicidad de mi hermana. Ella es la mayor y se sobreentiende que es a la que le corresponde contraer matrimonio primero. Y además, como te he dicho, mi deseo es no casarme nunca.

Evan endureció su mirada hasta un punto en el que Meg pensó que le estallaría una de las venas del cuello.

—¿De qué va esto, Meg? ¿Qué me estoy perdiendo? Porque eso no es lo

que decían tus ojos, ni tus manos, ni tu cuerpo ni toda tú todas estas semanas atrás... Sé que sientes algo por mí, no lo niegues.

Meg no podía negar eso así que dijo aquello que podía ser más creíble.

—Eres un hombre que atraería a cualquier mujer. Eres guapo, inteligente, fuerte, pero es solo eso, no despertaste en mí ningún tipo de sentimiento. Lo que pasó entre nosotros, mi respuesta a tus avances, eran la curiosidad innata de una muchacha inocente que nada sabe de esos temas y que siente curiosidad.

Meg no sabía de donde habían salido toda aquella sarta de mentiras y medias verdades, pero el resultado fue efectivo. El eco de sus palabras todavía resonaba en sus oídos y sabía que había sonado convincente, carente de emoción. Su expresión había sido igual de anodina, y aburrida que si hubiese estado hablando del tiempo o de la cosecha en los campos. No le había resultado fácil, pero por Aili era capaz de mentir como si le fuese la vida en ello.

Evan no podía creer lo que acababa de escuchar de los labios de Meg. La observó, intentando ver algún resquicio, alguna grieta en su discurso y en su expresión. Algo no le cuadraba. La Meg que estaba viendo y escuchando en ese mismo instante parecía ser una persona totalmente diferente a la que él había conocido durante las últimas semanas.

Solo cabían dos explicaciones posibles. O le estaba engañando y lo

hacía francamente bien, o por el contrario esa era la auténtica Meg y había estado fingiendo todo ese tiempo a fin de saber si le convenía a Aili en realidad.

Llevado por un impulso casi salvaje, conteniendo la furia por la actitud de Meg y con la necesidad de comprobar algo por sí mismo, se sentó en la cama y antes de que Meg pudiese protestar la cogió entre sus brazos y la besó. No fue un beso tierno ni pausado. Fue uno visceral, salvaje y primitivo que le arrancó un gemido de sus labios. Esa propia reacción le enfureció aún más porque estaba claro que Meg le afectaba a un nivel que no podía ni quería ocultar.

Meg intentó contenerse, intentó negarse, pero fue todo en vano. Era sentir su tacto, su sabor en su boca y volverse loca; sin embargo, a pesar de que todo su cuerpo respondió los primeros segundos de aquel asalto, una fuerza que desconocía en ella acudió en su ayuda. Apretó los puños de unas manos que como extensión de sus brazos rodeaban ya el cuello de Evan mientras sus labios bebían ansiosos de su boca.

Unos labios que de pronto dejó laxos y fríos mientras el corazón, que ya galopaba como un potro salvaje dentro de su pecho, aumentaba aún más su ritmo dejándola sin poder respirar con normalidad. Sintió el mismo momento en que Evan se percataba de su falta de respuesta y, como si de otra persona se tratase endureció la mirada tras sus párpados todavía cerrados porque sabía

que su mirada sería lo más difícil de sortear.

Evan se separó levemente de ella y la miró a los ojos. Lo que vio en ellos antes de que se volvieran también fríos y cortantes la hizo flaquear hasta un punto en que pensó que se pondría a gritar. Pero aguantó, más de lo que imaginó posible.

—De acuerdo, Meg. Eres toda una McGregor.

Aquellas palabras destilaban furia, determinación, un tono amargo cercano al odio.

Meg apretó los dientes para contener las lágrimas que amenazaban sus ojos. No había vuelta atrás y por supuesto que era toda una McGregor. Y los McGregor daban la vida por quienes amaban. Que así fuera, porque al decirle aquellas cosas a Evan parte de su alma, de su corazón y de su vida habían muerto con ellas.

Evan salió de la habitación dejándola abierta. La furia que corroía en un primer momento sus entrañas había sido sustituida por un sentimiento distinto, algo que no podía manejar en ese preciso instante. Esa última mirada que había cruzado con Meg lo había cambiado todo.

Cuando se encontró a Aili en el pasillo, se interpuso en su camino a fin de tener unas palabras con ella.

—Laird McAlister, ¿pasa algo?— preguntó Aili algo preocupada al ver

el semblante de Evan.

Evan relajó su postura negando con la cabeza antes de contestar.

—Solo quería saludarte y pedirte si luego podrías concederme unos minutos para hablar de nuestro inminente enlace.

La expresión de sorpresa de Aili y su posible respuesta, que quedó atascada en su garganta, la hicieron reaccionar más por inercia que por voluntad. Asintió con la cabeza, mientras veía cómo Evan se alejaba de allí con paso firme.

CAPÍTULO XXVI

Aquella misma tarde llegó Logan McGregor a las tierras de los McAlister. Evan tenía que reconocer que no esperaba que el hermano de Meg fuera así. Cuando le avisaron de que había entrado en las tierras McAlister, solo, sin que ningún otro guerrero McGregor lo acompañase, pensó que o era muy valiente o un suicida. Imaginó que llegaría como lo hizo su padre, llevado por la rabia, furioso y a la defensiva. Sin embargo, el hombre que tenía frente a él daba muestras de una templanza y una contención que no esperaba en un McGregor. En el físico se parecía muchísimo a Aili. Era moreno con ojos azules, sin embargo su pelo era ligeramente ondulado, más parecido al de Meg, y su mirada, penetrante y aguda era la misma que la de la pequeña del clan McGregor. Sabía que, con solo una ojeada, Logan había captado hasta el más mínimo detalle de aquella sala.

—Recibí el mensaje de mi padre hace unos días. ¿Cómo esta Meg? — preguntó Logan manteniendo la postura alerta.

Era alto, casi tanto como él, y su complexión atlética y fuerte. El hecho de que lo primero por lo que preguntase fuese por el estado de su hermana agradó a Evan más de lo que quería reconocer.

Había oído decir que el hijo de Dune McGregor era un hombre distinto a

su padre. Un gran guerrero, pero también un embajador nato, de hecho pasaba cortas temporadas en la corte. Al rey le gustaba rodearse de hombres con valía no solo con la espada sino también inteligentes y con don de palabra.

—Logan, ya has llegado.

La voz de Dune McGregor retumbó por todo el salón haciendo que Evan volviera ligeramente la cabeza al escucharlo entrar. El breve abrazo que dio Dune a su hijo evidenciaba que entre ellos había una buena relación.

—Salí en cuanto recibí tu carta. Solo he parado para cambiar de montura. ¿Cómo esta Meg? ¿Puedo verla? —preguntó Logan con gesto serio.

—Está bien. Ya sabes cómo es tu hermana.

Andrew entró en la habitación en ese preciso instante. Miró al desconocido y luego a Evan. No había mucho que deducir. Por el parecido estaba claro que era el hermano de Aili y Meg.

Dune McGregor procedió a las presentaciones. Apenas habían cruzado las palabras de rigor cuando Logan no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Alguien podría explicarme cómo ha acabado Meg en tierras McAlister y herida?

Dune McGregor enarcó una ceja cuando miró a su hijo. Evan procedió escuetamente a relatar lo sucedido con Meg desde su llegada al clan.

—Incluso para Meg me parece excesivo —dijo Logan con marcada seriedad. Sin embargo la media sonrisa que apenas se había dibujado en sus

labios antes de decir esas palabras hacía pensar a Evan que Logan conocía muy bien a su hermana. A la mujer fuerte, rebelde y decidida que albergaba en su interior, junto con esa otra mujer cabezota, temeraria y confusa que personalmente lo volvía loco.

Malcolm y Colin entraron también en el salón. La cara de ambos hizo que Evan frunciera ligeramente el entrecejo. Habían descubierto algo, de eso no había duda y lo que fuese no era nada bueno.

—¿Qué pasa? —preguntó Evan en voz baja, dejando que Dune McGregor siguiera hablando con su hijo, mientras él se separaba un poco para poder hablar con Malcolm.

Andrew se acercó también.

—¿Te acuerdas que te dije que nadie había visto nada el día en que te dispararon? —preguntó Malcom con un tono de voz que Evan conocía demasiado bien. Malcolm intentaba contener sus emociones pero la furia que fluía bajo sus palabras dejaba ver que su hombre de confianza estaba más cercano a la ira que a otra emoción.

—Sí, me acuerdo. ¿Por qué? —preguntó Evan.

Malcolm cogió la mano de Evan y depositó algo en ella.

La cara de Evan cambió en un instante. Era un pequeño caballo tallado en madera y sabía quién era su dueño.

—Esto lo encontró Brigitte al día siguiente del ataque, mientras

limpiaba la planta superior. Estaba justo en la zona donde quien fuese que te disparó se posicionó aquella noche. No había dicho nada porque no le había parecido importante. Estaba preguntando si alguien sabía de quien era para devolvérselo, imaginando que lo había perdido y quería recuperarlo. Si no fuese porque estaba en ese sitio y fue encontrado solo horas después yo tampoco le habría dado la mayor importancia. Incluso en sí mismo carecería de importancia si no fuese porque la persona a la que pertenece esto es la misma que casualmente encontró el cuerpo de Ferbus con el trozo de tela McGregor en sus manos. Es mucha casualidad que esa persona se encontrase en ambos sitios. Es un guerrero mayor, pero que todavía puede empuñar una espada. Que fue un gran luchador y que los dos sabemos odia con toda su alma a los McGregor. Al principio no quería, no podía creerlo, pero todo encaja Evan.

—Pero..., estar dispuesto a matar a Evan... No puedo creerlo —dijo Andrew adelantándose a Evan, a quien le costaba pensar en que lo que le había dicho Malcolm fuese verdad.

Sin embargo, a pesar de todo, sabía que Malcolm tenía razón. Todo encajaba, y todas las señales conducían hasta él, aunque eso no amortiguara en forma alguna el dolor de saberse traicionado por uno de los suyos. Las consecuencias de los actos de ese traidor podían haber sido catastróficas para su propio clan. Podían haber conducido a una guerra y a la muerte de muchos

de los suyos.

¿Qué hombre hacía algo así? Uno lleno de odio y de rencor. Uno lo suficientemente amargado y enfadado con la vida como para llevarse por delante a cualquiera que pusiera en peligro su tan ansiada venganza. Una represalia que llevaba planificando durante demasiados años.

Dune McGregor junto a Logan se acercaron a donde ellos se encontraban.

—¿Pasa algo, McAlister? —preguntó el jefe del clan McGregor con una ceja enarcada y gesto serio.

—Malcolm ha averiguado algo que puede llevarnos hasta el hombre que intentó matarme y que hirió a Meg.

La expresión de McGregor cambió. Una mirada cargada de furia contenida se centró en Malcolm, que en ese momento miraba a Dune McGregor con seriedad.

—No hay nada definitivo que nos confirme que el hombre que intentó matar a Evan sea la persona a la que nos referimos, pero hay muchas posibilidades de que así sea.

—¿Y quién es ese hombre? —exigió saber Dune McGregor.

Evan miró a McGregor sabiendo que lo que le iba a decir a continuación no le iba a hacer ninguna gracia al jefe.

—En cuanto sepamos con seguridad quién es, será el primero en

saberlo, pero hasta que no sea definitivo no puedo decir más. Veo en sus ojos lo que desea hacerle al hombre que hirió a Meg, y créame que le entiendo, pero no puedo dejar que lastime a nadie y menos a un miembro de mi clan sin estar completamente seguro. Si fuese al final este hombre el culpable, le juro que no quedará sin castigo.

—¡Ese maldito bastardo, sea quien sea, ha estado a punto de matar a mi hija! ¡No creas que voy a echarme a un lado mientras tú decides qué castigo será el apropiado!

La especie de rugido que salió de la garganta de McGregor al final de sus palabras evidenciaba que el jefe del clan McGregor no iba a conformarse con ver cómo él se hacía cargo del traidor.

—Es un miembro de mi clan. Me corresponde a mí encargarme de que reciba el castigo adecuado —dijo Evan con un tono de voz igual de duro que el que había empleado Dune McGregor.

Este dio un paso al frente acercándose más a Evan.

—Y es mi hija la que casi muere por acción de ese hombre. McAlister o no, tengo derecho a matarlo con mis propias manos.

—Padre —dijo Logan poniéndose a su lado—, creo que antes de decidir quién tiene derecho a matar a quién, sería importante saber si realmente es el culpable.

Dune se calmó un poco, lo suficiente para dar un paso atrás. Y en ese

momento se desató el caos. Todo ocurrió demasiado deprisa para poder reaccionar.

CAPÍTULO XXVII

Evan vio a un hombre atravesando el salón y al reconocerlo todo su cuerpo se puso alerta. Este levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Fueron solo unos segundos pero bastó para que el guerrero se diese cuenta de que lo habían descubierto.

Se paró en seco y antes de que Evan pudiese decir en alto su nombre y dirigirse hacia él, Aili entró en el salón justo por el lateral que se encontraba más cerca de la posición de aquel traidor.

El hecho es que antes de que todos se volvieran al ver la expresión de Evan y la fiereza que adquirió en un instante su mirada, Gawen tenía a Aili cogida entre sus brazos y con un cuchillo en su garganta. La afilada hoja brillaba contra la piel de porcelana de la hermana de Meg, que contuvo un gemido al tomar conciencia de su situación.

Un rugido de ira salió de los labios de Dune McGregor cuando vio a su hija en manos de un McAlister que, por lo que sabían, había matado ya antes a uno de los suyos. Si era capaz de matar a un miembro de su propio clan, qué no haría a Aili, una McGregor a la que odiaba.

—¡Deja en paz a mi hija de inmediato! ¡No te atrevas a hacerla daño o sufrirás más allá de lo que jamás has creído posible —sentenció Dune

McGregor con un tono de voz que helaría hasta el propio infierno.

Evan dio un paso al frente cuando vio la sonrisa malévola y la mirada rayando la locura que despedía los ojos de Gawen.

—Libera a la muchacha, Gawen. No tienes escapatoria y el hacerle daño no va a solucionar nada — dijo Evan con las manos en alto a la altura del pecho, parándose en seco cuando vio cómo Gawen apretaba un poco la punta del cuchillo sobre la piel de Aili y de esta brotaba una pequeña gota de sangre que un segundo más tarde se deslizaba sobre su cuello, dejando una huella fina a su paso.

Evan sintió un siseo a su lado y miró por inercia. Jamás había visto en su hermano una mirada como aquella. Sin duda mataría a Gawen en aquel preciso instante si pudiese. La ira y el fuego que había en sus ojos combinado con algo parecido a la agonía hacían que Andrew respirase con agitación, como si estuviese haciendo un esfuerzo al contenerse, demasiado importante como para mantenerlo por mucho tiempo.

—Ten por seguro que si no sueltas a mi hermana, bastardo, tu muerte será lo que menos temas.

La voz fría y templada de Logan resonó en el salón que de repente, casi de forma espectral, se había silenciado.

Un chillido y el golpe de varios platos al caerse interrumpió dicho silencio como un trueno desgarró la noche.

Era Helen que, ajena a la situación que se vivía, había entrado en la estancia para los preparativos de la cena. Brigitte estaba a su lado, blanca como la leche.

Malcolm y Colin también tenían sus manos sobre la empuñadura de sus espadas y se mantenían inmóviles a la espera de una señal para acabar con la amenaza.

—Podéis amenazar y maldecir todo lo que queráis pero la única verdad es que tengo entre mis manos la preciosa vida de la hija de Dune McGregor. —El odio y la furia con la que pronunció el nombre del Laird hicieron que Evan se convenciera de una cosa, y fue que el instinto le decía que Gawen no soltaría con vida a Aili—. Vosotros los McGregor habéis derramado tanto sufrimiento sobre las personas de este clan durante generaciones y siempre habéis salido impunes de tales actos. Matasteis a lo que más amaba, a mi hijo, así que aunque ese no era el plan inicial, hay cierta venganza poética en esta situación. Llevarme la vida de tu hija, Dune McGregor, no lo compensará, pero ver la agonía en tus ojos y saber que sufrirás por el resto de tus días sí aliviará en cierta medida mi derrota.

—Tú no quieres hacer esto, Gawen. Si lo haces estarás manchando no solo la memoria de tu hijo, sino también la de todos los McAlister. Nosotros no somos unos asesinos, y menos de mujeres y niños indefensos —declaró Evan con los dientes apretados al saber que se le acababa el tiempo para

salvar a Aili. El fino reguero de sangre que descendía por el cuello de Aili hasta su busto creció un poco más cuando Gawen ahondó el corte, acercando peligrosamente a la hija de McGregor hacia una muerte segura.

—¡Maldito bastardo, cógeme a mí! ¡Mátame a mí, y deja a mi hija tranquila! — espetó Dune McGregor desesperado.

—No —respondió con regocijo Gawen, mientras una sonrisa torcida y grotesca se adueñaba de sus labios.

—Suelta a mi hermana, bastardo.

La voz de una mujer resonó desde el fondo del salón, dejando a todos clavados en sus posiciones.

De las sombras emergió Meg, con paso calmado. Entre sus manos mantenía un arco bien sujeto, en posición de disparo. La flecha colocada en posición, se mantenía tensa, rozando su mejilla derecha suavemente, como si estuviese acunándola.

Toda ella estaba en tensión y su caminar, lento y decidido, hicieron que Evan admirara cada centímetro de ella. Con un camisón largo y blanco que la hacía parecer más joven e inocente, y el pelo rizado y suelto hasta la cintura, la imagen que desprendía eran dos diametralmente opuestas, casi imposibles de conciliar. Por un lado parecía una niña inocente y dulce, casi etérea, y por otro una guerrera, con fuego en las entrañas y la fría determinación de la muerte en sus ojos.

Evan fue a dar un paso hacia ella cuando algo frente a él llamó su atención así como la de Andrew.

Dune McGregor, que se había sorprendido igual que el resto al ver a su hija aparecer allí, les hizo un gesto negativo con la cabeza, mientras daba un paso atrás, al igual que Logan, haciendo que un pasillo entre Meg y Gawen se agrandara en el centro de aquella habitación, dejando así libre de obstáculos el objetivo de Meg.

Aquel hombre estaba loco o desesperado si pensaba por un solo instante que Meg podría realizar un disparo en aquellas condiciones, y rozar ni siquiera a Gawen, que con el cuerpo de Aili se protegía en su totalidad. Solo una porción pequeña de su cabeza era visible.

Evan volvió a mirar a los McGregor. Se habían vuelto locos. Sin embargo, la pequeña sonrisa de satisfacción que se dibujó en los labios de Logan le hicieron plantearse qué era lo que se le escapaba de aquella situación absurda y desesperada.

—No volveré a repetirlo una vez más, Gawen. O sueltas a mi hermana ya o eres hombre muerto.

Gawen soltó una carcajada ante la amenaza de Meg.

—¿Crees que me vas a asustar con ese arco y esa flecha? La fiebre sin duda te ha vuelto loca, zorra estúpida. Tu hermana va a morir delante de todos vosotros. Se va a desangrar cuando le desgarre el cuello y...

—Aili —el nombre salió con determinación de los labios de Meg. Parecía una clave entre las dos más que un grito desesperado o un susurro de lamento.

Lo único cierto es que ese nombre dicho por Meg interrumpió a Gawen que sujetó el cuchillo con más fuerza en lo que parecía la ejecución final de su venganza.

Al mismo tiempo, Aili, al escuchar a su hermana giró levemente la cabeza dejando una pequeña porción de rostro de Gawen visible al resto de los presentes.

Dos segundos después y antes de que ni Gawen ni ninguno de ellos pudiese hacer nada, una flecha impactaba en el ojo izquierdo de Gawen, introduciéndose en su cabeza y matándolo en el acto. El jadeo de algunos y la contención en la respiración de otros pareció romper el halo de incredulidad que se adueñó de aquel instante. Ese no había sido un disparo magnífico sino uno prácticamente imposible. Nadie que él conociese hubiese sido capaz de realizar tal hazaña.

Gawen cayó hacia atrás no sin que antes Andrew, le quitara a Aili de los brazos. Evan no pudo sino percatarse de que Andrew la sujetaba con fuerza contra sí, y la miraba con intensidad intentando cerciorarse que estaba bien.

Evan volvió su mirada a Meg. Ahora entendía el gesto que le hicieron los McGregor cuando la vieron con el arco en la mano, apuntando a Gawen.

Eso significaba que ellos confiaban ciegamente en la habilidad de Meg, por lo que Evan dedujo que el disparo de aquel día no había sido producto de la suerte. Meg era excepcional con el arco. Nunca había visto nada parecido.

Evan frunció el entrecejo cuando vio la palidez en el rostro de Meg, antes de que se tambaleara un poco.

—Aili, ¿estás bien? —preguntó Meg costándole de repente mantenerse en pie.

Había tenido que hacer un tremendo esfuerzo al levantarse cuando escuchó voces en el pasillo. Cuando oyó a una de las muchachas decir con voz angustiada a uno de los hombres McAlister que Gawen tenía retenida a Aili en el salón y amenazaba con matarla, casi pensó que no llegaría a recorrer el pasillo y bajar las escaleras. Al salir pidió a la muchacha que le trajera con presteza el arco y las flechas de los aposentos de Andrew. La miró como si se hubiese vuelto loca, e intentó que volviese a la habitación, pero ante su mirada dura y cargada de fuego, fue a por el arco sin ninguna reticencia más. No había tenido ningún plan, solo había bajado concentrándose en llegar hasta donde estaba Aili, y cuando vio la imagen de su hermana con un cuchillo en su garganta y la sangre deslizándose por su cuello, sintió que nuevas fuerzas la recorrían, haciendo que tensara el arco y que su pulso fuera igual de firme que en su mejor momento. Supo por la mirada de Gawen que iba a matar a su hermana. Después de eso, todo lo demás fue inevitable. No iba a dejar que

nadie hiciera daño a los suyos.

Meg vio como los rostros de los que había presentes se volvían borrosos de repente. Quizás después de todo, el esfuerzo que había hecho era demasiado para su cuerpo, y supo a ciencia cierta que iba a desmayarse. No pudo sentir la respuesta de su hermana a la pregunta que le había hecho, porque antes de que un pensamiento más pudiese cruzar su mente, la oscuridad la engulló.

Evan y Logan, corrieron hacia ella cuando vieron que Meg iba a desmayarse. Su tez blanquecina y el pequeño tambaleo que acompañó a sus palabras algo erráticas fueron signos inequívocos de ello. Evan llegó primero, sujetándola a tiempo. Se quedó laxa contra su cuerpo antes de que Evan la tomara entre sus brazos.

Logan llegó hasta ellos. Su expresión lo decía todo. Tenía la mandíbula endurecida y sus ojos reflejaban el sufrimiento de los últimos minutos.

—Está bien. Solo se ha desmayado por el esfuerzo. Ha estado demasiado enferma para hacer lo que ha hecho. Ha sido excepcional. Jamás había visto nada igual —dijo Evan mirándole con media sonrisa a fin de tranquilizarlo. A pesar de la templanza que aparentaba, Evan podía ver su inquietud.

—Así es mi hermana. Única —dijo Logan mirándole directamente a los ojos.

Aili, todavía acompañada por Andrew y Dune McGregor que ya había inspeccionado a su hija y la había abrazado para cerciorarse que estaba bien, se acercaron hasta donde ellos estaban.

—Meg está a salvo. Solo le hace falta descanso —dijo Logan asintiendo con la cabeza, mientras Evan ya se encaminaba con ella en brazos hasta las escaleras. La mirada de incredulidad y admiración de Malcolm y Colin cuando pasó junto a ellos así como la de Helen, llenaron de orgullo a Evan. Aquella pequeña mujer que llevaba entre sus brazos era, como su hermano le había dicho y sin ningún lugar a dudas, única.

CAPITULO XXVIII

Meg no sabía cómo había llegado hasta ese punto. Después de varios días de permanecer descansando por fin se había levantado y había empezado a dar pequeños paseos por el castillo e incluso había salido al exterior. Las miradas, las sonrisas, los gestos de asentimiento que veía a su paso y el exquisito trato que le dispensaban los McAlister la emocionaron más allá de las palabras. Su padre y Logan, que seguían allí bajo la hospitalidad de los McAlister asombrosamente habían empezado a llevarse bien con Evan y Andrew. En más de una ocasión los había descubierto hablando distendidamente sobre diversos temas, e incluso alguna carcajada se había escuchado en dichas conversaciones que ya carecían de la tensión de antaño.

Meg no sabía cómo asumir todo aquello y su propia situación. Al parecer, Evan habló con Aili, y la boda se celebraría en dos días, antes de que su padre y su hermano junto a ella volvieran a casa.

Meg sintió un dolor agudo y lacerante en el pecho de solo pensarlo.

No había vuelto a estar a solas con Evan desde el incidente en el que mató a Gawen para salvar a su hermana, y aunque eso pudiese parecer que hacía las cosas más fáciles, la verdad es que la estaba matando de forma más lenta y eficaz que la flecha que le clavaron en el costado.

Amaba a su hermana al igual que al resto de su familia, más que a nada en el mundo y por ellos daría la vida sin pensar. Sacrificaría lo que hiciese falta, incluso su corazón, pero jamás pensó que dolería tanto, y que la agonía de saber que lo perdería para siempre se clavaba como un puñal en las entrañas, retorciendo su afilada hoja cada vez que le veía o algo le recordaba a él.

—Estás muy pálida, mocosa. ¿Todo va bien?

Meg levantó la mirada para ver a su hermano Logan, que tomó asiento cerca de ella. Estaban próximos a la entrada del castillo, donde unas escaleras que daban a la parte posterior servían para apoyarse y ver el maravilloso paisaje que les rodeaba.

—Todo bien —dijo Meg intentando esbozar una pequeña sonrisa.

Logan cogió un mechón de pelo de su hermana que se había escapado hacia delante y le ocultaba parcialmente el rostro. Con delicadeza, lo dejó de nuevo sobre su hombro mientras la miraba atentamente.

—Sabes que eso no es verdad. Puedo verlo. Si no quieres confiar en mí y contarme qué te pasa lo respeto. Siempre has acudido a Aili para confiarle tus cosas, pero sabes que puedes hablar conmigo cuando quieras. El hecho de que no le hayas contado nada a Aili me hace pensar que lo que te ocurre es algo que no puedes confesarle a nuestra hermana. ¿Quizás algo relacionado con lo que sientes por su futuro marido?

La cara de Meg no pudo ser más expresiva. Su hermano la había sorprendido de tal manera que no había podido controlar su reacción.

—¿Qué estás diciendo, Logan? Yo no albergo ningún tipo de sentimiento hacia Laird McAlister —contestó Meg intentando salvar una situación delicada.

Logan esbozó una sonrisa. A Meg le sorprendió ver la sombra de la tristeza en sus ojos.

—Disimulas muy bien, Meg, pero olvidas que soy tu hermano y que te conozco. Más de lo que piensas. He visto cómo le miras, y también cómo te mira él a ti. Ese tipo de mirada no es producto del capricho. La conozco demasiado bien como para no reconocerla. ¿Por qué, Meg? ¿Por qué te haces esto?

Meg miró hacia otro lado intentando pensar en qué decirle a su hermano para que este la dejara tranquila, para poder volver a tener el control de sus emociones que en ese momento se estaban rebelando y no atendían a razones ni a lealtades.

Logan no le permitió rehuir la conversación ni la mirada. Le cogió suavemente la cara con los dedos y la hizo volver el rostro hacia él.

Cuando vio en la mirada de su hermano la comprensión, la absoluta resolución de no dejarla sola en esos momentos, Meg hizo algo que no había hecho en mucho tiempo. Se rindió a sus emociones, se lanzó a los brazos de su

hermano y lloró. Un quejido apenas audible salió de sus labios y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas casi en absoluto silencio mientras temblaba por los sollozos que intentaba acallar. Logan la abrazó fuerte y le dio un beso en la cabeza mientras dejaba que ella terminara de desbordar el río emocional que salía a borbotones de su interior.

—Lo amo, Logan —dijo Meg casi en un susurro.

—Lo sé, pecosa —le dijo Logan separándose un poco de ella , lo suficiente para que Meg lo mirase—. Ahora lo que quiero saber es qué vas a hacer al respecto.

—No puedo hacer nada —dijo Meg estremeciéndose al decir esas palabras—. No puedo dejar que Aili se sacrifique una y otra vez por nosotros. Se merece ser feliz y Evan es el mejor hombre que conozco. Además, ¿qué derecho tengo yo? Quizás él no sienta lo mismo por mí. Accedió demasiado deprisa a casarse con Aili. Quizás prefiera a nuestra hermana antes que a mí. Sería lo lógico. Aili es la mejor persona que existe en este mundo. No es un completo desastre como yo, y además es muy hermosa.

Las últimas palabras estaban dichas con el orgullo y el amor que se profesa cuando se quiere de verdad, de corazón, a otra persona. No había en ellas palabras ni una pizca de envidia ni de rencor. Por eso Logan quería tanto a sus hermanas. Eran nobles y generosas y lo daban todo por los que amaban. Era cierto que él tenía mucha confianza con Aili, y su hermana también con él.

Se lo solían contar todo, mientras que Meg siempre había acudido a Aili, pero eso no significaba que él no estuviese ahí para ella.

—Siempre se puede hacer algo, Meg. Todavía no están casados. Y Aili lo entenderá perfectamente. Además, das por hecho que ella quiere casarse con él. Tú has pensado que Evan es lo mejor para Aili, pero eso tiene que decidirlo ella.

Meg levantó la mirada y la fijó en su hermano. Su relación con Logan siempre había sido la de hermano mayor. Protector con ella, siempre se estaban metiendo el uno con el otro, hasta que normalmente ella lo sacaba de quicio. Aquella faceta de Logan que le estaba mostrando ahora, cuando tanto necesitaba consuelo y consejo, no era lo habitual entre ellos, pero sabía que le tenía cuando le necesitase, cuando las cosas se pusiesen realmente serias, como en aquel momento.

—Gracias, Logan —dijo Meg con sentimiento.

Logan esbozó una sonrisa que le dio ese aspecto canalla que tanto deslumbraba a las damas, sobre todo a las de la corte.

—¿Para qué están los hermanos mayores? —dijo soltándola mientras le borraba con los dedos las huellas de las lágrimas sobre la mejilla—. Para eso y para que los dejen en ridículo con el arco.

Eso hizo que Meg soltara una pequeña carcajada. Logan era excepcional en la lucha, y con el arco era muy bueno, sin embargo siempre que competían,

Meg le ganaba. Logan se metía con ella, llamándola pecosa y pequeñaja, pero debajo de esas palabras y en sus ojos siempre había visto un destello de orgullo por lo que era capaz de hacer Meg. Eso había sido un regalo que siempre había atesorado en el corazón. A diferencia de otras amigas cuyas habilidades u opiniones apenas contaban, su hermano siempre la había valorado, siempre la había escuchado.

—¿Podrías ayudarme? —preguntó Meg ahora decidida.

Logan la miró, y guiñándole un ojo le dijo lo que esperaba.

—Siempre, pecosa.

CAPÍTULO XXIX

Estaba todo preparado para la boda. En solo unos instantes entraría la novia y el padre Lean oficiaría la ceremonia, quedando Evan y Aili legalmente casados para siempre.

Meg inspiró y expiró el aire de sus pulmones en un intento de controlar los nervios por lo que iba a hacer. Sabía que en la sala contigua estaban Evan y el padre Lean con Andrew y algunos miembros del clan McAlister. Solo faltaba la novia y Logan. Dune McGregor, así como los hombres de confianza del jefe McGregor que lo acompañaron a este y a Aili cuando llegaron allí, ya estaban también dentro de la sala contigua.

Logan la miró y un brillo de admiración recorrió el azul de sus ojos.

—Estas preciosa —le dijo guiñándole un ojo.

—Esto es una locura. ¿A quién se le ocurrió? —preguntó Meg en un momento cercano al pánico.

—A ti —dijo Aili con una deslumbrante sonrisa—. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa.

—¿Por suicidarme en público? ¿Porque el hombre al que amo me rechace delante de todos los McAlister y algunos McGregor que después no tendrán reparo en contar la historia cuando vuelvan a casa? ¿Por que la

enemistad que ha separado a estos dos clanes durante años y el odio que existía entre ambos no será nada comparado al ridículo ejecutado por la hija de Dune McGregor en el día de hoy y que dará lugar a miles de historias que conocerán las próximas generaciones de McGregor durante cientos de años? Seré recordada como Meg «la loca». No Meg «la astuta», ni «la bondadosa», ni «la generosa», sino Meg la Loca —dijo señalando con un dedo a su hermana mayor.

Aili le colocó hacia atrás unos rizos dorados que habían sorteado su hombro y ahora descansaban sobre el busto de su hermana. La miró apreciativamente. Un vestido de color verde musgo con el escote bordado con hojas en hilo color dorado ensalzaba la figura de Meg que con el pelo suelto y una pequeña corona de flores estaba absolutamente preciosa. Las pecas se le señalaban más ahora que el rubor de sus mejillas se había extendido.

— ¿Preparada? —le preguntó Aili dando por zanjado el tema y no haciendo caso al ataque de pánico que estaba exteriorizando Meg en aquel momento.

—¿Habéis escuchado algo de lo que he dicho? ¿No deberíais actuar como buenos hermanos y evitar que haga el ridículo más grande en la historia de los McGregor? —preguntó Meg mirando a Logan y Aili repetidamente.

—Después de que la tía Mary se emborrachara por error y se colgara boca abajo de un árbol con todas las faldas tapando su cabeza y dejando al

descubierto parte de lo que a la naturaleza le pareció bien otorgarle, creo que ese puesto ya está bien cubierto. Piensa que es bastante difícil superar eso — dijo Logan sonriendo nuevamente mientras un brillo pícaro destellaba en sus ojos.

—Tienes razón. Es difícil competir con eso. Preparada —contestó Meg con entereza. Era imposible razonar con sus hermanos en ese momento. Su locura se había extendido a ellos y los había seducido. Ya no había vuelta atrás. Así que tenía que recobrar la compostura y rezar para que todo acabase lo mejor posible.

Logan se colocó en medio de sus hermanas y cada una de ellas tomó el brazo que le ofreció.

A Meg empezaron a sudarle las manos, le temblaba todo el cuerpo.

Tras lo que pareció una eternidad, abrieron la puerta que los separaba del salón y la atravesaron. Meg tragó saliva en cuanto vio a todos los asistentes. El clan McAlister parecía estar al completo.

Vio a Evan al final del pasillo y algo en su interior pareció fragmentarse en mil pedazos. La respiración se le aceleró, así como el corazón que martilleaba contra su pecho de forma agónica.

Evan miró hacia el pasillo y se quedó sin aire. Aquella preciosa mujer,

casi etérea y provocadoramente terrenal, estaba a escasos metros de él, y sin embargo la lejanía que ella había impuesto entre los dos le estaba matando.

Logan avanzó junto a sus hermanas y cuando llegaron junto a los McGregor, Aili se deshizo del brazo de su hermano y ocupó su lugar junto a los de su clan. Un leve murmullo seguido de un entusiasta clamor retumbó en la sala. Los McAlister eufóricos no ocultaron la satisfacción de lo que aquel gesto significaba. Porque la que seguía del brazo de Logan camino al altar era Meg.

Cuando supieron que Evan se casaría con Aili y no con Meg, se turnaron para ver a Evan y hacerle saber que estaban profundamente dolidos y decepcionados. Ellos querían a Meg, decían que ya era una McAlister de los pies a la cabeza y que no podía dejar que se escapara. Y hasta los más reacios, después de lo del disparo de Meg, le juraron su más absoluta lealtad. Meg era ya una leyenda entre los suyos. Un jefe McAlister no podía tener mejor compañera en la vida que una mujer capaz de realizar tal hazaña sin alterarse. Era magnífica, según los ancianos del clan.

Sin embargo aquel no era el plan. Evan miró a Aili en busca de alguna explicación.

Cuando habló con ella del enlace, le contó cuáles eran sus sentimientos hacia Meg y la conversación que había tenido con ella. Que no sabía por qué Meg había cambiado su actitud de forma tan drástica. Quería saber la verdad.

Quería saber si ella realmente sentía lo mismo por él o si había sido todo un engaño.

Aili le había dicho que había intentado hablar con su hermana pero que esta se había cerrado a mantener cualquier conversación sobre él, y eso le dio esperanza. Aili le dijo que Meg solo se encerraba en sí misma cuando algo le importaba muchísimo. Así que idearon un alocado y arriesgado plan. Anunciarían la boda entre los dos, con el fin de que Meg reaccionara ante ello. Sin embargo aquel era el día de la boda y Meg no había reaccionado. Evan iba a acabar con aquella farsa cuando el hecho de que Meg se encaminara hacia el altar del brazo de Logan le golpeó con tal fuerza que las piernas le temblaron.

Cuando llegaron a su altura, Logan dejó a su hermana junto a él.

Evan vio la mirada nerviosa de Meg y la determinación en sus ojos ¿Qué significaba aquello?

—Padre Lean, si nos disculpa... He de hablar con la que parece ser la novia definitiva para aclarar algunas cosas —dijo Evan entre dientes cogiendo delicadamente pero con firmeza a Meg del brazo y saliendo con ella por el lateral que daba a un pequeño cuarto contiguo.

—Por supuesto. Tomaos vuestro tiempo...

El padre Lean no pudo terminar porque la puerta se cerró de un portazo.

CAPITULO XXX

—No sé a qué estáis jugando, pero ¿me puedes decir qué demonios significa esto? Se supone que la flamante novia iba a ser Aili y no tú —dijo Evan conteniendo el enfado que iba incrementándose por momentos.

Meg miró a los ojos a Evan con gesto serio. La determinación que sintiera momentos antes se estaba esfumando a pasos agigantados. Sin embargo levantó la barbilla y sacó la fuerza y el genio McGregor que decían que estaba arraigado en ella como la mala hierba y se encaró con Evan.

—Perdona que no te avisáramos con más antelación pero la verdad es que si te vas a casar con alguna McGregor, esa soy yo. Aili queda totalmente descartada. Es lo que hay.

Evan apretó la mandíbula ante tal respuesta. Esperaba a una Meg sosegada y arrepentida que le explicara el porqué de su cambio de opinión. Pero en cambio tenía a una guerrera McGregor frente a él con las pecas doradas remarcando el puente de su nariz y sus mejillas, que estaban rojas por el genio que desbordaba en aquellos instantes. Estaba magnífica.

—No me vale «es lo que hay». Aili se comprometió a ser mi esposa. Tú me dijiste que no te casarías nunca. Fuiste tajante y no dejaste opción. ¿Y el mismo día de la boda esperas cambiarte por ella y que me parezca bien? ¿Tan

mezquino me consideras? No pienso casarme en estas circunstancias.—dijo Evan haciendo el gesto de dirigirse a la puerta para salir y poner fin a aquella farsa.

Meg fue más rápida y se interpuso en su camino. Se apoyó sobre la puerta y puso una mano al frente, sobre su pecho parándole en seco.

—Creí que eras lo mejor para Aili. Mi hermana siempre se ha sacrificado por todos los demás. Esta vez se merecía lo mejor. Se merecía al mejor hombre —dijo Meg rehuyendo la mirada de Evan. Le estaba costando muchísimo pronunciar aquel alegato—. Y además tuve miedo —continuó Meg. La agonía con la que había dicho las últimas palabras removió el interior de Evan.

Evan puso una mano sobre la mano que Meg aún mantenía apoyada sobre su pecho. Estaba seguro que ella ni siquiera se había dado cuenta de que seguía apoyándose en él, pero Evan era plenamente consciente de ese hecho. Él y cada pequeña parte de su ser, que la deseaban con desesperación. Lo que le hacía esa mujer, cómo le hacía perder el control y su buen juicio, era algo que no había experimentado jamás.

—¿De qué tienes miedo, Meg? —preguntó Evan instando suavemente con sus dedos a levantar el mentón de la mujer que amaba y poder ver la expresión de sus ojos.

Jamás pensó que el rostro de Meg pudiese adquirir un tono carmesí más

subido, pero no cabía duda de que lo había conseguido.

—No lo entiendes. No... no puedo —dijo Meg angustiada.

—Inténtalo —insistió Evan con intensidad.

Meg apretó la mano que tenía sobre el pecho de Evan, haciendo que este tuviese que controlar el deseo abrasador que se apoderó de él.

—Me da miedo lo que siento por ti. Es un sentimiento tan fuerte que estuve dispuesta a morir por ti. Me aterra.

Meg solo pudo levantar la mirada para ver la expresión de Evan antes de que este se apoderara de su boca con ansia, con furia, con determinación, con un deseo abrasador que caló hasta los huesos e hizo que Meg sintiera las piernas volvérselle mantequilla. Toda ella empezó a temblar ante ese asalto a sus sentidos con una maestría que la tenía totalmente subyugada.

Evan saqueó la boca de Meg con desesperación, tan abrumado por lo que había escuchado que su propia reacción le asustó.

Sin saber cómo puso fin a ese beso y apoyó su frente contra la de ella mientras sus alientos, sus respiraciones agitadas, reclamaban más de ese intercambio demasiado efímero para saciar sus necesidades.

—¿Y crees que yo no tengo miedo, Meg? Llegaste aquí y lo cambiaste todo. Con tu inteligencia, tu generosidad, tu orgullo, tu pasión, tu belleza, tu seguridad... Me volviste loco. Jamás había sentido nada parecido. Nunca pensé que pudiese enamorarme de esta manera, pero me falta el aire cuando no

estás. Me duelen las manos cuando no te toco y me duele el alma cuando no me miras de esa forma desafiante y cautivadora que me encadena a ti de forma inexorable. Te quiero, Meg, más de lo que puedas imaginar. Te deseo tanto que me duele el mirarte y solo quiero pasar el resto de mi vida contigo. Así que, sí. Te entiendo, porque ten pon seguro que daría mi vida por ti, sin pensarlo, sin dudar. Me condenaría al infierno si me lo pidieras.

Meg sintió cómo las lágrimas se desbordaban de sus ojos dando rienda suelta a toda la emoción y tensión de los últimos días. Evan la amaba, la quería y la deseaba igual que ella a él. Le parecía mentira, un precioso sueño del que temía despertar.

—¿Y qué haces para que ese miedo desaparezca? —preguntó Meg mirándole con tanta pasión que Evan temió perder el juicio, tumbarla allí mismo y hacerla suya.

—Pensar en ti, pensar en nosotros jurándome una y otra vez que no dejaré que nada ni nadie me aleje de tu lado.

—¿Ibas a casarte de verdad con Aili? —preguntó Meg con la confianza adquirida después de las palabras de Evan pero todavía con la suficiente fragilidad como para temer que todo se viniese abajo.

—¿Tu qué crees? —contestó con voz ronca Evan—. Hablé con ella y pensamos en llevar al límite esta farsa, a ver si eso provocaba alguna reacción en ti, pero, no sé por qué, creo que Aili también ha estado conspirando a mis

espaldas contigo y con Logan. En cierta manera me siento derrotado por el ingenio de los hermanos McGregor. No se lo digas a nadie, pero si este es el resultado, por primera vez en mi vida no me importa saberme vencido —dijo Evan tocando el pelo de Meg casi de manera reverencial.

—Creo que deberíamos salir y decirles que al final la boda tendrá lugar —continuó Evan con una sonrisa pícaro que a Meg le aceleró el corazón—. Más que nada porque el padre Lean tiene ya una cierta edad y la espera puede que lo acerque aún más al Creador. No quiero ser el responsable de tal acción.

Meg sonrió a su vez mientras Evan la cogía de la mano. Cuando salieron al salón y los presentes vieron sus manos y la sonrisa que no podían ocultar ni en sus labios ni en su mirada, los vítores y los clamores por parte del clan McAlister no se hicieron esperar.

Dune McGregor miró a Meg, y la miró con orgullo. Su pequeña, rebelde, testaruda hija, había conseguido ella sola algo que siglos de odio y rencillas entre los dos clanes habían hecho casi imposible de imaginar. Había unido a los dos clanes y había sanado el corazón de sus miembros.

EPÍLOGO

Meg volvió a la cama de la que llevaban sin salir más de 48 horas.

Debía sentir vergüenza ante lo que pensarían los miembros del clan McAlister de ellos, pero las preciosas horas pasadas entre los brazos de Evan y el recién descubierto poder del amor físico la tenían totalmente seducida, desinhibida de tal forma que ella misma no se reconocía. Evan le había dicho repetidamente durante las últimas horas que estaba sorprendido y más que agradecido por esa faceta de ella que lo estaba matando sin piedad, aunque sí con mucho placer. Meg se ruborizaba más de lo que hubiese creído posible ante sus palabras pero no lo suficiente como para no volver a sus brazos y abandonarse a las sabias manos de Evan con un ansia desbordada.

Si seguían así tendrían que sacarlos de la habitación para que no cayeran enfermos. Esa idea hizo que una sonrisa se extendiera por sus labios.

Menos mal que su padre y sus hermanos habían partido nada más celebrarse la boda. Habían estado demasiados días fuera como estar más tiempo allí.

Meg se había levantado a mirar por la ventana cuando creyó que Evan estaba dormido, y ahora que pensaba en lo afortunada que era, volvía a sentir el temor de que esa felicidad le fuese arrebatada.

Unas manos fuertes y seductoras tiraron de ella hacia atrás hasta que Meg cayó sobre las sábanas de la cama, que se enredaron entre sus piernas al quedar exquisitamente aprisionada debajo del musculoso cuerpo de Evan.

—Te he echado de menos —le dijo Evan mirándola a los ojos con tal intensidad que Meg sintió la humedad extenderse en el mismo centro de su femineidad.

Evan le quitó la manta con la que ella se había tapado al levantarse, dejando al descubierto su cuerpo. Meg no tuvo tiempo de sonrojarse porque Evan no le dio tregua para ello. Bajó su boca y acogió en sus labios su pezón derecho, que chupó y succionó como si fuese un manjar exquisito. Meg sintió que perdía el control de su cuerpo. De forma instintiva se abrió para él y Evan se encajó entre sus piernas, posicionando su duro miembro a la entrada de su cuerpo, rozando su sexo de forma agónica, casi como si fuese una tortura, sin llegar a culminar el anhelo más profundo de Meg que necesitaba sentirlo dentro, ahora, sin más esperas ni impedimentos.

—Evan, por favor —dijo Meg casi suplicando que él le diese la liberación que tanto ansiaba.

—No quiero hacerte daño. Tienes que estar dolorida, Meg —dijo Evan mirándola a los ojos. Ella pudo ver en su mirada la agonía que le estaba provocando el controlarse en ese instante y eso la hizo sentirse poderosa.

—No vas hacerme daño, y si no quieres que yo te lo haga a ti, hazme

tuya ahora —le dijo dando énfasis a la amenaza con un tono de voz duro y algo ronco que hizo que Evan endureciese sus músculos bajo el contacto de sus manos.

Evan se introdujo en su esposa de forma lenta, provocadora, produciéndoles a ambos la más dulce de las torturas. Cuando comprobó que Meg estaba bien, volvió la atención hacia su pecho izquierdo, cuyo pezón se introdujo en la boca con la misma necesidad que la de un sediento en mitad del desierto. Meg se arqueó y aquel movimiento hizo que un gemido de placer, casi un rugido, surgiera de los labios de Evan.

Meg sintió que aquel movimiento también le había producido un exquisito placer y volvió a repetirlo. Al principio de forma más tímida y suave, pero a medida que Evan gemía y parecía volverse loco de deseo, Meg se desató del todo. Las embestidas de Evan que se hicieron más urgentes, fuertes y certeras, casi hicieron que Meg perdiera el juicio. Arqueó de nuevo la espalda y movió las caderas como antes había hecho, haciendo que las embestidas de Evan le provocaran un doloroso placer tan intenso, tan hondo, que pareció partirla en dos.

Cuando creyó que no podría soportarlo más, Evan la besó en los labios mientras bebía de ellos los gemidos de Meg que fracturándose en mil pedazos fue presa de un orgasmo devastador. Momentos después, él se unió a ella y con un rugido alcanzó el placer más intenso que había experimentado jamás.

Ella acabaría matándolo si seguían así. Su esposa era una mujer apasionada e increíblemente generosa e intuitiva en la cama. Si seguía así, no llegaría hasta su primer aniversario.

La acunó entre sus brazos mientras enredaba sus dedos en aquel cabello que lo había enamorado desde el primer día que lo vio. El día en que se le cayó del pelo aquel pañuelo que escondía en su interior un tesoro. Y pensar que parte de su vida siempre se había sentido con el hielo bajo sus pies... Un paso en falso y todo se hundiría en las frías aguas.

Ahora, en cambio, sentía que tenía los pies bien plantados en el suelo, unido a una mujer que le hacía sentirse capaz de volar.

Abrazó un poco más a Meg, cuya respiración le indicó que estaba profundamente dormida. Dándole un suave beso en los labios, Evan se entregó también al sueño, sintiendo que con ella a su lado, todo era posible. Todo.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre por ser mi lectora cero siempre.

Y a Vicenta por su apoyo .

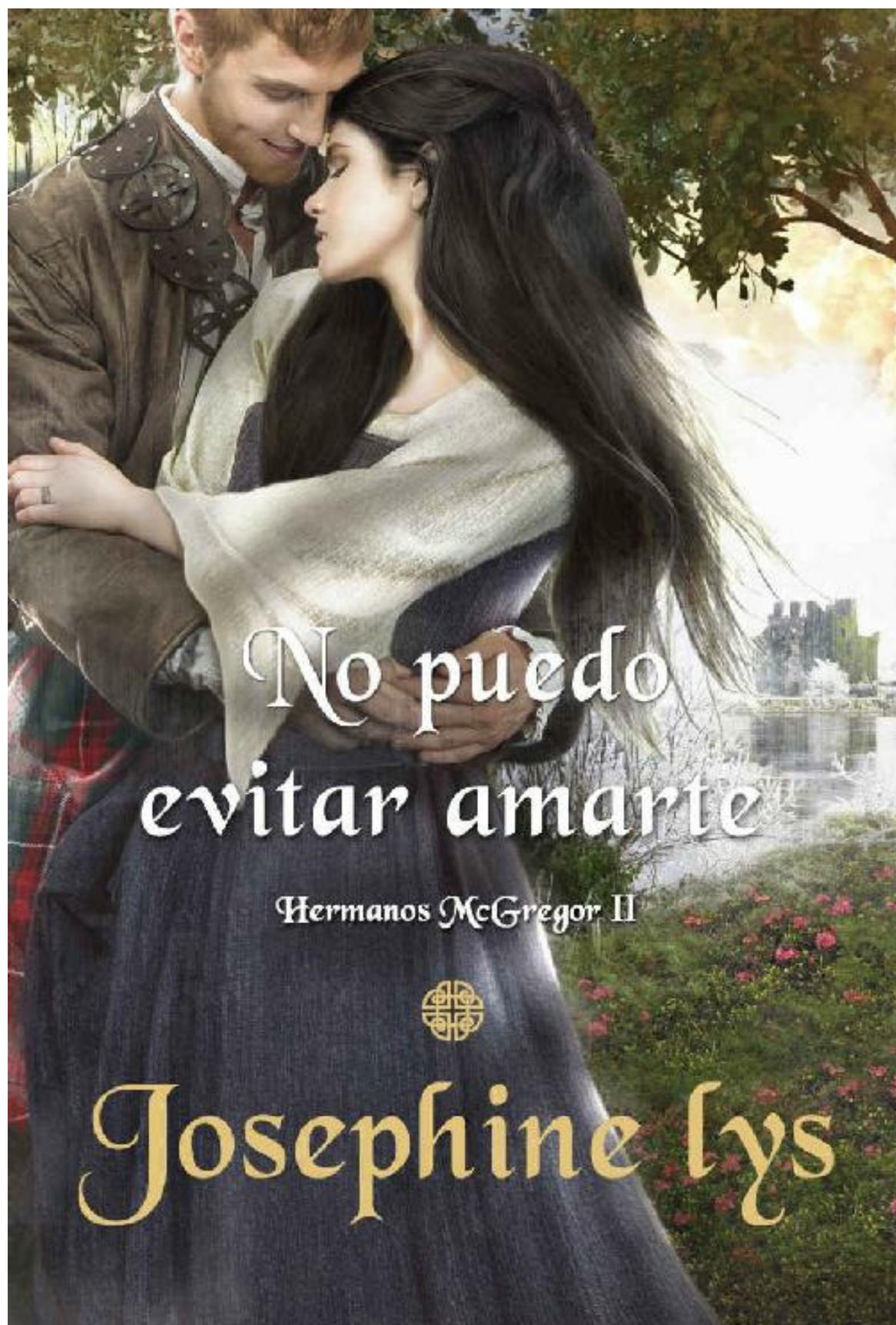
A Nune , por la portada tan maravillosa que has creado para esta novela , y a Violeta por el excepcional trabajo realizado en la corrección. Es un lujo y un placer trabajar con las dos. Gracias.

SOBRE JOSEPHINE LYS

Josephine Lys se graduó en Derecho y se desempeña profesionalmente como abogada; sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día, ya un clásico. Su segunda novela, Atentamente tuyo (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, El guante y la espada (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela histórica. Su novela Corazones de plata ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica.

PRÓXIMA PUBLICACIÓN
HERMANOS McGREGOR II



No puedo
evitar amarte

Hermanos McGregor II



Josephine Lys

